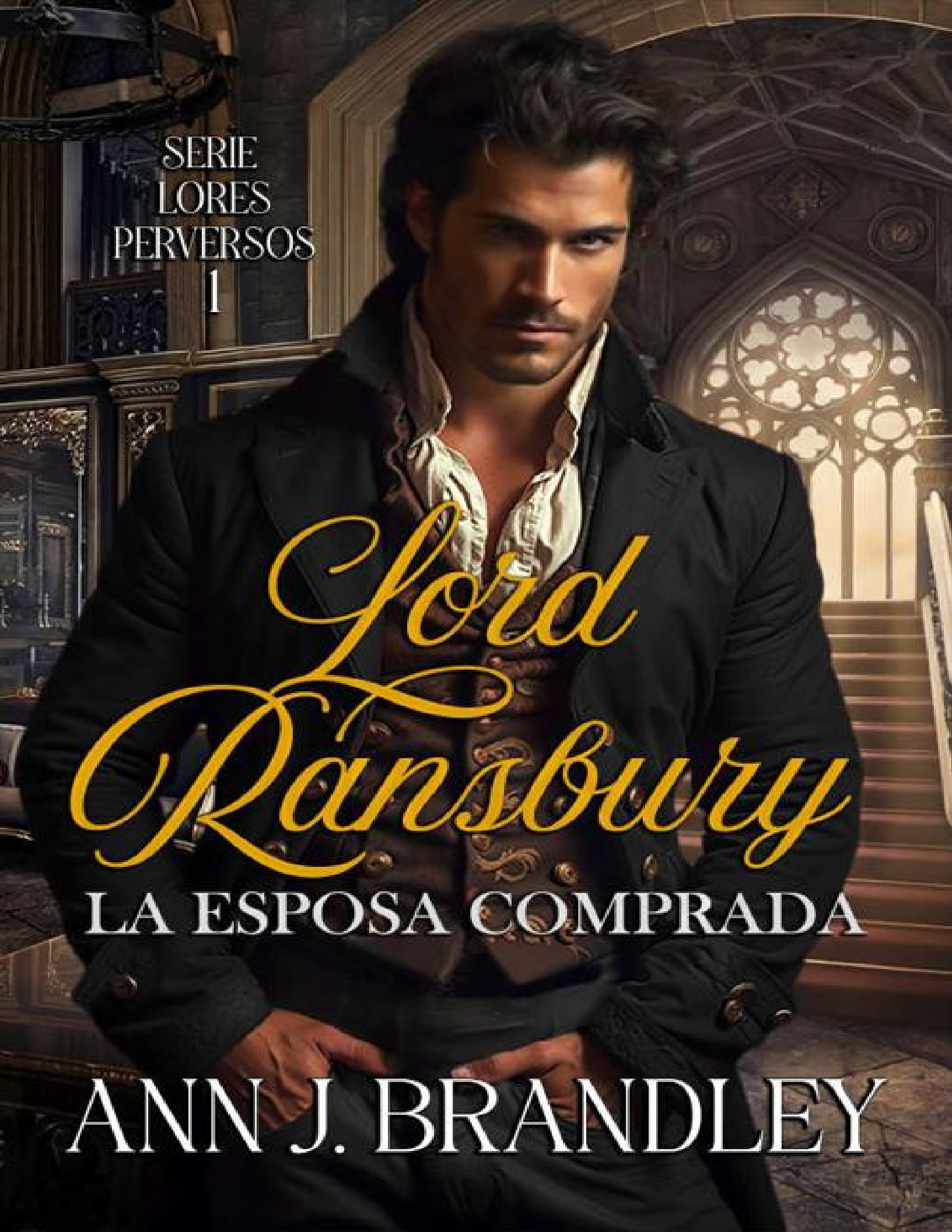

SERIE
LORES
PERVERSOS
1
Lord
Ransbury
LA ESPOSA COMPRADA
ANN J. BRANDLEY

Lord Ransbury

LA ESPOSA COMPRADA

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2024 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Sinopsis

Una huida, una búsqueda desesperada y un malentendido, marcarán el inicio de una apasionada aventura donde nada es lo que parece.

La vida de **Lady Margaret Hartford** se convierte en una pesadilla cuando le anuncian su compromiso con un hombre al que desprecia. Desesperada huye, para caer en las manos de Madame Budoin. Una mujer sin escrúpulos que la vende al mejor postor.

Tras meses de búsqueda el frío y distante **Lord Ransbury** está desesperado. Debe encontrar una mujer que finja ser su esposa lo antes posible, pero ninguna dama que se precie aceptaría su acuerdo, por lo que acude a la casa del placer de Madame Budoin.

Es entonces cuando la vida de **Lady Margaret y Lord Ransbury se cruzan y sus destinos cambian para siempre.**

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Siguiente libro de la serie
Notas

Capítulo

1

—No discutas con tu padre. Por favor, Margaret, aunque sólo sea por esta vez, haz lo que él te ordene.

Margaret sonrió a su madre pero, con la habilidad de una larga práctica, evitó una respuesta directa. —¿Tengo el pelo arreglado? —fue todo lo que dijo.

—No, —dijo lady Hartford. —Hay un rizo junto a tu oreja izquierda. Si vienes aquí, te lo colocaré.

Margaret se arrodilló junto a la silla de su madre. No había espejo en el aula y confiaba en que su madre le advirtiera si algún rizo había conseguido soltarse de la torsión apretada de su pelo. Sintió que lady Hartford sacaba un pasador de acero del pesado moño y volvía a colocar los rizos rebeldes en su sitio.

—No me has contestado, Margaret. Esta semana ha sido muy tranquila. ¿No podrías intentar hacer lo que desea tu padre?

—Desde luego que puedo intentarlo. —Margaret dio a su madre un rápido y afectuoso abrazo. —Desgraciadamente, incluso mis mejores esfuerzos de obediencia rara vez parecen satisfacer a papá.

Lady Hartford enrojeció. —Es tu padre, Margaret. Es tu deber esforzarte por obedecerle en todo.

Margaret hizo una mueca. —Es tan fácil para ti decir eso, mamá, y tan difícil para mí hacerlo. ¡Oh, mamá! ¡A veces me vuelve casi loca el aburrimiento de vivir aquí!

—Eso es porque eres muy inteligente, —dijo lady Hartford tristemente. —Es una carga terrible para una mujer tener un intelecto tan vivo. Te hace muy inadecuada para la vida que debe llevar una mujer virtuosa.

Margaret lanzó una rápida exclamación de negación, pero las interrumpió un golpe en la puerta antes de que pudiera hablar. En el acto oyeron la voz asustada de una de las criadas del salón.

—¡Señorita Hartford, venga rápido si es tan amable! Su padre os está esperando.

No hubo necesidad de que la criada se explayara sobre la necesidad de darse prisa. Era el segundo mensaje que subía del estudio y ambas podían oír la nota de pánico en su voz.

Margaret corrió hacia la puerta del aula, alisando los pliegues de su vestido negro mientras avanzaba. El duro luto de su atuendo no se veía aliviado ni siquiera por un toque de blanco, pero en esta ocasión se alegró de no llevar cuello o puños blancos que pudieran atraer el polvo. Bajó corriendo las escaleras y golpeó ligeramente la puerta del estudio, sintiendo latir su corazón con la mezcla de susto y desafío que marcaba todos sus encuentros con su padre.

—Pase. —La orden fue pronunciada en voz baja. Sir Leopold Hartford no había conseguido su tiránico control sobre su casa levantando la voz o perdiendo los estribos.

Empujó la puerta, teniendo cuidado de cerrarla silenciosamente tras ella. Mantuvo los ojos dócilmente bajos mientras doblaba las rodillas en la infantil reverencia que su padre aún esperaba de su hija.

—¿Deseabas hablar conmigo, papá? —preguntó.

Él no respondió directamente a su pregunta, aunque la más leve de las sonrisas rozó sus finos labios.

—Te he mandado llamar porque deseo comunicarte el resultado de una reciente conversación que he mantenido con el vicario.

Margaret buscó apresuradamente en su mente cualquier posible falta que hubiera cometido recientemente.

Se le ocurrieron varias, pero ninguna que pudiera imaginar que llegara a conocimiento del señor Lytton, ya que ella evitaba al vicario en la medida de lo posible. Además, su padre había hablado con un matiz de satisfacción que era su equivalente a la excitación salvaje de cualquier otro hombre.

Sir Leopold parecía estar esperando alguna expresión de interés por su parte, así que ella dijo obedientemente: —¿Sí, papá?

—Tienes diecinueve años, Margaret, y he decidido que es hora de que te prepares para establecer tu propio hogar. Siempre he lamentado el hecho de que tu carácter sea tan inadecuadamente obstinado para una mujer y siempre he dudado en el pasado en considerar cualquier arreglo para tu futuro que te alejara de mi supervisión. Sin embargo, el señor Lytton me ha sugerido ahora una oportunidad muy adecuada para establecerte respetablemente en el mundo. Me ha dicho que estaría dispuesto a ofrecerte el honor de compartir su vida de servicio cristiano a la gente de esta parroquia, y le he dado permiso para venir esta tarde y exponerte su oferta.

Margaret estaba demasiado asombrada para saber inmediatamente si le agradaba o no esta oportunidad de escapar de la casa de su padre.

—¿Una oferta? —preguntó. —¿El señor Lytton desea emplearme? ¿Necesita otra nueva institutriz para sus hijos? —El señor Lytton tenía cuatro niños traviesos, que siempre parecían necesitar una institutriz. La perspectiva de enseñar a unos niños así no resultaba atractiva, pero

Margaret sospechaba que nadie podría hacerle la vida tan sombría como su padre, ni siquiera el señor Lytton.

La boca de su padre se afinó en una apretada línea de ira.

—No me plantearía permitir que una hija mía sirviera de institutriz a los hijos de otro hombre. Dios nos ha designado a todos a nuestra posición apropiada y tu posición no es ciertamente la de una doncella en otro hogar, por muy piadoso que sea tu jefe.

—Sí, papá. Quiero decir que no, claro que no, papá. —Margaret volvió a mirar hacia la alfombra.

La voz de su padre cayó con dureza sobre sus oídos.

—Te estás acercando a la madurez, Margaret, y deberías haberte dado cuenta de que hablaba de tu matrimonio. Como mujer bien educada y virtuosa, sabes que es tu deber proporcionar consuelo y solaz al hombre que tu familia elija como esposo. Has tenido muchos años para aprender a admirar y respetar las nobles cualidades del carácter del señor Lytton. Sin duda te sentirás gratificada de que un hombre así haya decidido honrarte con la propuesta de que te conviertas en su esposa. Cuando nos visite esta tarde, confío en que expresarás tu alegría por la oportunidad que te ofrece.

—¡El señor Lytton no puede querer casarse conmigo! ¡No es posible que piense que podamos ser compatibles!

Sir Leopold ignoró la nota de angustia en la voz de su hija, o bien no la oyó.

—La modestia de doncella es un atributo apropiado en una joven, Margaret. Sin embargo, tu posición en la vida te da derecho a esperar un hombre digno como tu futuro esposo.

—¡No! —La impulsiva negación se le escapó antes de que pudiera contenerla. —No, no me casaré con él.

—No creo haberte entendido, Margaret. —Podía oír la peligrosa tranquilidad de la voz de

su padre, pero la perspectiva de una vida atada al señor Lytton era suficiente para superar todos sus otros temores.

—No me casaré con el señor Lytton, —dijo desafiante. —No puede obligarme.

Tan pronto como hubo hablado, reconoció su error. El desafío abierto simplemente hacía a su padre más testarudo. Ahora era demasiado tarde para escapar de la ira de Sir Leopold y del inevitable castigo. Los ojos de su padre ya se habían endurecido en un brillo gris glacial.

—No se ha pedido tu opinión en este asunto, Margaret, sólo tu obediencia. Recibirás al señor Lytton esta tarde. Aceptarás la halagadora oferta que piensa hacerte. Anticipo que la ceremonia matrimonial tendrá lugar en unos dos meses.

Se interrumpió para mirarla fijamente durante un minuto, con el rostro delineado por la desaprobación. Siempre le habían parecido los extravagantes rizos de Margaret y sus ojos chispeantes una afrenta a su sentido del decoro.

—No nos acompañarás a cenar esta noche para que puedas pasar la hora de la cena sola en la biblioteca, —le dijo. —Confío en que pedirás perdón por tu comportamiento poco natural y de mala hija.

Las lágrimas brillaron en las pestañas de Margaret, pero las contuvo. Desesperada, aventuró una última súplica.

—El señor Lytton es casi tan viejo como tú, papá. Tiene edad suficiente para ser mi padre. —Se preguntó si debía señalar que el matrimonio con el señor Lytton la convertiría en madrastra de cuatro hijos apenas más jóvenes que ella.

Una vez más Sir Leopold ignoró la nota de súplica en la voz de Margaret. —Nada en tu comportamiento me ha sugerido que seas capaz de disciplinarte. El señor Lytton es lo bastante mayor, y lo bastante sabio, para proporcionarte la sobria orientación que necesitas. Sólo puedo agradecer a Dios que Él, en su sabiduría, te haya proporcionado un marido tan adecuado. No hay

nada más que discutir.

Le dio la espalda, sin molestarse siquiera en asegurarse de que su hija ejecutaba una reverencia adecuada, normalmente uno de sus temas favoritos de queja. No obstante, ella hizo la obligada reverencia antes de salir a toda prisa del estudio de Sir Leopold.

Se encerró en la pequeña biblioteca familiar. Era una habitación fría y sombría, que sólo contenía los muebles que habían dejado las generaciones precedentes de Hartford. No se había añadido ningún volumen a las estanterías en vida de Margaret y, tan absoluta era la propia falta de interés de sir Leopold por el mundo de los libros, que al parecer nunca se le había ocurrido que el frecuente destierro de Margaret a la biblioteca era en realidad una de sus mayores fuentes de diversión. Los antepasados de los Hartford, a juzgar por su gusto por la literatura, no habrían encontrado mucho en común con el actual propietario de la mansión Hartford.

Margaret, cuando fue encerrada por primera vez en la biblioteca a la edad de diez años, había aprendido a pasar las horas de confinamiento sumergiéndose en aquellos libros cuyas ilustraciones o encuadernaciones de cuero brillante ofrecían esperanzas de entretenimiento. A los doce años, había abandonado ese frívolo paseo por las estanterías y había iniciado una metódica devoración de todos los títulos que ofrecía la biblioteca. Empezó por el estante más bajo, en el extremo izquierdo de la habitación, y ya había progresado hasta el estante más alto, encima de la chimenea. Sus oportunidades para leer eran demasiado frecuentes, ya que sus periodos de reclusión aumentaban con el paso de cada año.

Como nunca podía discutir lo que leía, muchos de sus estudios planteaban más preguntas que respuestas, un hecho que la impacientaba cada vez más con la estrecha vida en Hartford Manor. Sin embargo, a pesar de la frustración ocasional, hacía tiempo que había decidido que sólo la biblioteca evitaba que se volviera medio loca de aburrimiento.

Mientras se acomodaba en la única silla cómoda de la habitación y sacaba un volumen de poesía de Blake de la estantería, se preguntó sombríamente si el señor Lytton tendría una

biblioteca, o incluso una sola novela en su vasta vicaría de piedra gris. Empezó a sentir hambre a medida que avanzaba la tarde, pero estaba bien acostumbrada a perderse la cena y se había acostumbrado a vivir con una sensación temporal de vacío.

Afortunadamente, su hambre solía durar poco. Hacía tiempo que su madre y las criadas se habían confabulado para proporcionar a Margaret alimentos que sustituyeran a las comidas que se veía obligada a perderse. No sabía cómo no se daba cuenta el ama de llaves de las provisiones que le faltaban y pensó que era mejor no preguntar. Lady Hartford ya se debatía entre la simpatía por la difícil situación de su hija y la culpabilidad por desobedecer a su marido. Margaret no deseaba molestar más la conciencia de su madre.

A menudo intentó convencer a lady Hartford de que no consideraba un castigo las largas horas de aislamiento, pero su madre, que rehuía la soledad, no se dejaba convencer. Sufría cuando su hija estaba encerrada en la fría biblioteca y, luchando con sus lealtades divididas, seguía llevándole comida.

Margaret había reflexionado con frecuencia que parecía haber cierta falta de justicia en un sistema divino que hacía que la virtuosa lady Hartford sufriera punzadas de remordimiento, mientras que ella escapaba de los intentos de castigo de su padre con el estómago lleno y el intelecto estimulado.

Cerró el libro de poesía de Blake con un golpe furioso. Era imposible concentrarse en sus escritos, e igualmente imposible volver su mente hacia pensamientos útiles de obediencia. No había sabido lo ferozmente que se aferraba a la esperanza de la libertad hasta hoy, cuando esa esperanza había sido barrida. Se dio cuenta, ahora que el matrimonio con el señor Lytton se cernía como una espantosa realidad, de que siempre había alimentado el sueño de escapar de su padre mediante el matrimonio. Se suponía que algún galante pretendiente se materializaría en el horizonte y la arrastraría a las delicias del matrimonio y la alegría. Londres, los bailes, los teatros y los vestidos bonitos habían ocupado un lugar destacado en estas ensoñaciones secretas. Sacó

los deseos ocultos de su mente y los desechó con desdén. ¡Qué niña tan tonta había sido!

No se dio cuenta del paso del tiempo, ni oyó los tenues sonidos de la familia preparándose para la cena, por lo que se sobresaltó cuando un silencioso golpe en la puerta de la biblioteca fue seguido por la voz acallada de una de las criadas. Se levantó de la silla, aliviando los músculos que había dejado acalambrarse durante las horas de inactividad. Caminó hasta la puerta y apoyó la oreja contra sus sólidos paneles. Sir Leopold no permitía voces alzadas, así que ésta era una estrategia necesaria si deseaba oír lo que la criada tenía que decir.

—¡Señorita Hartford! —La voz de la criada era aún más tenue que de costumbre. —¡Señorita Hartford! Sir Leopold vendrá en cinco minutos para abrir la puerta de la biblioteca. Dice que suba y se ponga su vestido negro de seda. Puede añadir un cuello y puños de encaje blanco. Dice que puede mirarse en el espejo, señorita, para arreglarse el pelo.

Gracias, Meg. —Margaret no vio nada extraño en recibir esta larga lista de instrucciones de la criada a través de una puerta cerrada. —¿Estás segura de que puedo usar el espejo? —preguntó.

—Sí, señorita. Puede quitarle la tapa.

Margaret tenía un pequeño espejo colgado en la pared de su habitación, pero para desalentar el pecado de vanidad estaba cubierto por una cortina de terciopelo. La regla de la casa era que la cortina podía quitarse a primera hora de la mañana para asegurar una apariencia pulcra durante el día. Todos los demás preparativos debían hacerse sólo con el tacto, incluso vestirse para la cena. El permiso de su padre para que utilizara el espejo y añadiera toques de encaje blanco al traje de luto que aún llevaba en recuerdo de su joven hermano, demostraba la importancia que concedía a la propuesta del señor Lytton. Margaret reconoció en silencio que bien podía aceptar la idea de casarse con el señor Lytton. El matrimonio estaba como solemnizado ahora que su padre se había decidido.

Oyó girar la llave en la puerta de la biblioteca unos minutos después, aunque Sir Leopold

no se dignó a hablar. Esperó a que sus pasos mesurados se desvanecieran en la distancia y luego subió tranquilamente las escaleras hasta su habitación. Apartó la tapa de su espejo, pero no necesitó mirarse en él para ver que su rostro estaba mortalmente pálido y sus ojos apagados por la resignación. Tenía diecinueve años, ya no era una niña, y comprendía las realidades de su vida. Se dio cuenta de que una cosa era desafiar a su padre en las escapadas secretas de la infancia y otra muy distinta oponerse a sus deseos en un asunto tan serio como su matrimonio.

Frunció el ceño ante su infeliz reflejo en el pequeño espejo. No estaba segura de si quería gritar en voz alta o reírse de las sutiles ironías del destino. Durante años había anhelado abandonar la mansión Hartford. Pero ahora su deseo estaba a punto de cumplirse de una forma que la dejaba preguntándose si la cura no resultaría más dolorosa que la enfermedad original.

Capítulo

2

Sus padres ya estaban en el salón cuando Margaret bajó las escaleras, con su vestido de seda negra crujiendo sobre unas enaguas de lino rígidamente almidonadas. Sir Leopold estaba de pie en una posición dominante junto a la chimenea. Lady Hartford estaba sentada en silencio, como siempre, con el rostro protegido de la línea de visión de su marido por las alas altas y tapizadas de su silla.

Margaret aguardaba sumisa justo en la entrada del salón, aunque sabía que sir Leopold debía ser consciente de su presencia. Finalmente habló.

—¿Y bien, Margaret?

—Siento, papá, que mi comportamiento de esta tarde te haya dado motivo de enfado. Me esforzaré en el futuro por pensar más cuidadosamente antes de hablar, para no causar a mi madre un dolor innecesario.

Sir Leopold aceptó la disculpa con un gesto ritual de reconocimiento. Rara vez escuchaba lo que los demás decían en realidad, por lo que Margaret dudaba que se hubiera dado cuenta de las frases ambiguas. Lady Hartford, sin embargo, era más aguda que su marido y miró a Margaret con una expresión mezcla de advertencia y afecto.

—Puedes pedirle a tu madre un poco de té, Margaret, —dijo Sir Leopold. Ella sintió que su padre la observaba mientras cruzaba la habitación hacia el lado de lady Hartford. Aceptó la pequeña taza de té con una sonrisa de agradecimiento al ver que su madre deslizaba un gran terrón de azúcar y un generoso chorro de leche.

El té era flojo, pero aun así estaba bien caliente y le pareció refrescante después de las largas y frías horas en la biblioteca. Se sintió aliviada de que su aspecto hubiera contado con la aprobación de su padre, simplemente porque así la velada sería más alegre para el resto de la casa. Esperaba que sus rizos rebeldes se mantuvieran en su sitio, para que su pulcra apariencia sobreviviera a la propuesta del señor Lytton sin verse manchada por la frivolidad de ningún tirabuzón prohibido.

Margaret se sentó en el sofá y empezó a trabajar en su bordado. Siempre le complacía coser tranquilamente mientras su padre leía en voz alta a la familia. Como a estas alturas ya había oído la Sagrada Biblia en su totalidad al menos diez veces, era capaz de escuchar con menos de la mitad de su atención, mientras sus pensamientos vagaban libres y sus dedos añadían puntadas exquisitamente pequeñas con sorprendente rapidez.

De vez en cuando, Sir Leopold variaba sus lecturas y se sumergía en un volumen de sermones recopilados. Una vez había empezado a leer “El progreso del peregrino”, hasta que decidió que detectaba un tono inaceptable, no conformista, en los escritos del señor Bunyan. El progreso de Christian se detuvo bruscamente, justo a las afueras del desánimo.

Esta noche Sir Leopold eligió leer el conocido cuento de José y los faraones del Antiguo Egipto. A Margaret la historia de la peste y el hambre le pareció demasiado breve. Mucho antes de lo que ella hubiera deseado, oyeron los pasos arrastrados de su anciano mayordomo y el señor Lytton fue anunciado.

Entró alegremente en el centro de la sala, frotándose las manos para quitarse parte del frío del viento de marzo. Era una noche clara y la luna estaba alta, pero el paseo nocturno le había

dejado la nariz y las mejillas rojas por el frío.

No cometió el error de permitir que la naturaleza trascendental de su llamada le desviara de ninguna de las cortesías necesarias. Hizo una larga y baja reverencia sobre las manos de lady Hartford, aparentemente embargado por la alegría de verla restablecida tras sus semanas de luto. Pero sus reverencias más profusas y sus cumplidos más untuosos estaban reservados para Sir Leopold. Después de todo, su vida estaba en manos del terrateniente.

—¡Mi querido Sir Leopold! ¡Qué gratificante es observar una escena tan espléndida de felicidad y tranquilidad familiar! Si tan sólo los demás miembros de mi parroquia pudieran ver la verdadera satisfacción que reina en este hogar feliz, tal vez podría persuadirles para que se apartaran de las falsas atracciones de la vanidad mundana. Verdaderamente, sólo tengo que cruzar el umbral de esta casa para saber que estoy en un hogar donde cada corazón se aligera al saber que aquí se cumple al máximo el deber cristiano.

Margaret conocía desde hacía tiempo al señor Lytton y su fulgurante manera de hablar. Normalmente disimulaba el aburrimiento de sus visitas contando cuántas mentiras descaradas y cuántas pequeñas evasivas de la verdad era capaz de detectar en el curso de su conversación.

Esta noche no estaba de humor para contar, y desde luego tampoco para reírse de la hipocresía de sus palabras. Por primera vez en su vida, fue consciente de sentirse irritada por su madre. ¿Cómo podía lady Hartford sentarse cómodamente en su silla, sonriendo serenamente, con una expresión genuinamente imperturbable ante lo absurdo de los cumplidos del señor Lytton? Y lo que era más importante, ¿cómo iba a tolerar ella misma toda una vida de días y noches llenos de discursos tan vacíos?

Volvió los ojos a su bordado, cosiendo con feroz concentración, como si de algún modo esperara que haciendo sus puntadas absolutamente perfectas pudiera crear un talismán que desviara al señor Lytton de su decisión de declararse.

Fue inútil, por supuesto. Él se acercó a su lado y ella sintió que sus ojos se posaban en su

rostro con una expresión como nunca antes había visto en ningún hombre. No reconoció la ardiente impaciencia que acechaba en el fondo de sus ojos azul pálido, ni comprendió por qué sus ojos se posaron de repente en la seda negra de su vestido, tensada sobre su pecho. No sabía por qué, pero sabía que se retorcía, sintiendo un impulso irresistible de protegerse de su mirada.

Sir Leopold se aclaró la garganta y luego estiró los labios en la imitación más cercana a una sonrisa que le era posible lograr.

—Creo, señor Lytton, que nos ha convocado esta noche con un propósito especial. Un propósito que cuenta con mi feliz aprobación, debo decir.

El señor Lytton se levantó de un salto del sofá donde había estado sentado junto a Margaret. —¡Sí, sí! Sí, desde luego.

Sus facultades para la adulación parecían haberle abandonado temporalmente y esbozó torpes reverencias inclinándose primero en dirección a Sir Leopold y luego hacia Margaret. Evidentemente, temiendo que lady Hartford pudiera sentirse desatendida, hizo una tercera reverencia en su dirección añadiendo otro "¡Sí, desde luego!" por si su buena voluntad general aún no había quedado del todo patente.

Sir Leopold, al ver que los asuntos requerían su ayuda para llegar a la conclusión deseada, habló con tono desafiante.

—¡Puedes dejar tu bordado, Margaret! Mantenerte ocupada está muy bien, pero hay momentos en los que a todos se nos puede permitir dejar a un lado nuestros esfuerzos. Ven y ponte junto a la chimenea.

—Sí, papá. —Caminó obedientemente hacia el hogar de piedra, preguntándose si estaba permitido recibir propuestas de matrimonio con los ojos cerrados. Alternativamente, quizás podría simplemente mirar por encima del hombro del señor Lytton -él era apenas tan alto como ella- y evitar así cualquier atisbo desconcertante de sus ojos vagabundos.

El señor Lytton recuperó su aplomo y le cogió las manos entre las suyas. Sus dedos se sentían secos, los huesos tan quebradizos que ella pensó que podrían romperse si los apretaba con demasiada fuerza. Ella no hizo nada tan poco propio de una dama, por supuesto, sino que se limitó a permanecer rígidamente inmóvil, con las manos inertes entre las garras del señor Lytton. Intentó fijar la vista más allá del rostro del señor Lytton y, al mismo tiempo, evitar mirar a su madre. No pudo reprimir un estremecimiento cuando el pulgar seco y arrugado del señor Lytton le acarició la muñeca, y supo que su madre la había visto temblar. Se obligó a permanecer una vez más rígidamente quieta.

—Mi querida señorita Hartford, su padre, Sir Leopold en persona, me ha dado permiso para hablarle de un tema muy querido para mí. A lo largo de los años, señorita Hartford, he observado atentamente su evolución. Creo que puedo decir que ni siquiera su padre ha dedicado más horas de amorosa preocupación a cultivar sus virtudes juveniles. En mi humilde misión con la gente de esta parroquia necesito una ayudante, señorita Hartford, y me he preguntado quién podría ser más adecuada como compañera para toda la vida que la mujer cuyo carácter yo mismo he contribuido a moldear. En resumen, señorita Hartford, arrojo mis esperanzas a sus pies y le pido que me haga el honor de convertirse en mi esposa.

—Me siento honrada, señor Lytton, por su propuesta. —Margaret consiguió llegar así de lejos en su discurso de aceptación antes de que las palabras se le atascaran en la garganta. Para su horror, sintió que la parte posterior de su laringe se cerraba con fuerza de un modo que la hizo jadear para respirar. —Seré feliz... —Luchó contra las oleadas de náuseas que amenazaban con vencerla. Le era imposible hablar.

—Estamos esperando tu respuesta, Margaret. —Las sosas palabras de Sir Leopold ocultaban un hilo de acerada determinación que su hija reconoció fácilmente. Ella intentó una vez más pronunciar las palabras necesarias.

—Será un honor aceptar su halagadora oferta, —susurró.

—¡Mi querida señorita Hartford! ¿Puedo decir Margaret con su permiso? —No esperó el anticipado asentimiento de consentimiento. —Pido permiso, Sir Leopold, para besar a mi futura esposa.

Sir Leopold parecía menos que complacido por este inesperado alejamiento de la formalidad de la propuesta, pero se las arregló para dar un austero asentimiento de permiso. —Es, supongo, aceptable ahora que están prometidos.

Margaret sintió los labios presionando contra su mejilla y cerró los ojos para acallar la repulsión que la recorría. Sentía la mejilla húmeda por la huella de la boca del señor Lytton y tuvo que resistir el impulso de coger un pañuelo para restregar los restos de su saliva. Se preguntó con qué frecuencia se besaban los casados. Seguramente no podía ser más de una vez al día. Para su horror, se dio cuenta de que el señor Lytton se inclinaba para besarle la otra mejilla y ella se echó hacia atrás, apartando las manos de él.

—¡No! —jadeó. —No. No puedo soportarlo. ¡No puedo casarme con usted!

Para su asombro, el señor Lytton rio satisfecho. —Qué refrescante encontrar a una joven que conserva todo el encogimiento inocente que uno debe esperar de una flor delicadamente nutrida como usted.

Sir Leopold, cuyas experiencias con Margaret le habían llevado a una interpretación diferente de su negativa, se dirigió rápidamente a su hija. —Las excitaciones de esta noche han alterado tu compostura, como es natural, Margaret. Tienes mi permiso para retirarte. Querrás darle las buenas noches al señor Lytton. Haré los arreglos necesarios para que se reúna con nosotros y sus hijos después del servicio matutino del domingo. Así tendrás el placer de compartir el almuerzo con tu prometido, y tus futuros hijastros. Buenas noches, Margaret.

Por una vez no tuvo el menor deseo de desobedecer las instrucciones de su padre. Apenas podía esperar a llegar al santuario de su propia habitación. Dio las buenas noches formalmente al señor Lytton -la idea de llamarle Harold fue casi suficiente para que su estado de ánimo se

aligerara-, hizo una reverencia a su padre y cruzó la habitación con paso tranquilo para besar a su madre. Cumplidas las formalidades, subió lentamente las escaleras, con la cabeza mansamente inclinada, y en cuanto se cerró la puerta de su habitación se arrojó sobre la cama en una tormenta de llanto.

El recuerdo de los dedos secos y los besos lascivos del señor Lytton rondaba su imaginación. Se preguntaba cómo podría resignarse a vivir en la misma casa que el señor Lytton, sabiendo que no habría ningún lugar donde esconderse de sus atenciones. El matrimonio con el señor Lytton parecía insoportable, pero era imposible imaginarse a sí misma desafiando a Sir Leopold. Nunca nadie había desafiado a Sir Leopold con éxito, al menos que ella recordara.

Llegó a preguntarse brevemente si podría conseguir la ayuda de su madre, y rechazó la idea de inmediato. Lady Hartford estaría dispuesta a ofrecer ayuda a su hija, pero su salud y su fortaleza mental nunca le permitirían desafiar a Sir Leopold en un asunto tan importante. En toda su vida, Margaret nunca se había sentido tan cerca de la desesperación más absoluta.

De algún modo, entre sollozos, creció en su mente la idea de que tendría que huir. Si desafiar era imposible, podría refugiarse en la huida. La idea de la libertad se apoderó de su corazón, calentándola con excitación hasta que todas las dificultades prácticas empezaron a ocurrírsele. ¿Adónde huiría? ¿Con qué dinero? Nunca en su vida había poseído más que los pocos chelines destinados al plato de la colecta de la Iglesia. Pero sobre todo, ¿tendría la fuerza -o el egoísmo- para abandonar a su madre?

Las dificultades de la huida no lograron disuadirla. Se paseó por el suelo de su habitación, devanándose los sesos para pensar cuál sería la mejor manera de evitar ser descubierta por su padre. Si iba a huir, tenía que estar segura de tener éxito en su huida, pues nunca le permitirían volver a entrar en la mansión Hartford. Sabía que sus posibilidades de escapar serían mayores esta noche de lo que lo serían nunca más. La vigilancia de su padre seguramente aumentaría a medida que se acercara el día de la boda.

Con un brusco movimiento de cabeza, Margaret se decidió, y ahora, que la decisión estaba tomada y los primeros pasos mentales dados, ahora -esta noche-, era el momento de irse.

No tenía que perder el tiempo preguntándose a dónde huiría, pues ya lo sabía. Londres, la fabulosa ciudad, maravilla de visitantes de todo el mundo, la llamaba. Le resultaba imposible visualizar Londres, si no era como el exótico centro de todo lo excitante y prohibido. La idea de buscar empleo en una metrópolis tan vasta debería haberle asustado, pero no tenía ningún marco de referencia en el que situar sus temores. El entorno de Hartford Manor era tan estrecho que un fin de semana pasado en la ciudad mercado local de Reading, ya le habría parecido tan fuera de lo común como su decisión de encontrar trabajo y vivir sola en la ciudad más grande del mundo.

Incluso la simple tarea de empaquetar algo de ropa le planteó problemas. No tenía ni valija ni bolso de viaje, ni siquiera una anticuada maleta de paja en la que empaquetar sus pertenencias. Sin duda había cajas en los áticos, pero no tendría ninguna posibilidad de ir a buscar una sin ser observada. Quitó las fundas de almohada de su cama, complacida al ver que la ropa de cama era nueva y estaba fuertemente cosida. Dobló tanta ropa interior limpia como la que cabía en una de las fundas de lino, y en la otra metió un corpiño negro limpio, un chal negro de punto, un cepillo de pelo, un peine y su cepillo de dientes. Como no tenía ni idea de lo que se proporcionaba y lo que no en las casas de hospedaje, no se le ocurrió pensar que sus preparativos carecían de varios elementos esenciales. Ató sus dos bultos en paquetes ordenados y pensó que había superado bastante bien el problema del equipaje.

Ni siquiera su ignorancia podía ignorar la necesidad de dinero. ¿Cuánto costaba, se preguntó, vivir en un alojamiento respetable durante una semana? ¿Sería capaz de encontrar trabajo en tan poco tiempo? Sabía que las señoritas respetables y empobrecidas podían convertirse en institutrices, pero no tenía ni idea de qué otras profesiones podría seguir.

Por mucho que se paseara arriba y abajo por la habitación no iba a conseguir ninguna reserva de monedas, y con una punzada de arrepentimiento metió finalmente la mano en un

pequeño cofre que había en su mesilla de noche. Introdujo en su retícula el collar de oro de su abuela y un bonito broche de marfil. No había forma de superar el hecho de que éstas, sus dos únicas joyas, tendrían que ser vendidas.

Esperó a que las manecillas de su pequeño reloj pasaran de medianoche y se echó encima su pesada capa de invierno, abrochando los cierres del cuello con dedos temblorosos. Se calzó sus guantes negros de piel de ante, normalmente reservados para la iglesia los domingos, y caminó con cautela hacia el oscuro pasillo.

Todas las luces estaban apagadas y ningún sonido subía por las escaleras traseras desde las dependencias de la cocina. Margaret se deslizó suavemente por la escalera de servicio, con el cuerpo pegado a la pared y los bultos apretados entre los brazos. Sentía que sus respiraciones superficiales eran tan ruidosas que seguramente acabarían despertando a toda la casa y cuando crujió una de las escaleras le pareció que el sonido reverberaba por todo el pasillo. Se apretó más contra las sombras de la pared. Si pudiera salir por la puerta de la cocina, podría atajar a través de los campos hasta la estación de tren local. Los pocos chelines que poseía le pagarían el billete hasta Reading, y en Reading vendería sus joyas. Esperó, temiendo haber sido descubierta, pero el chirrido de la escalera pasó inadvertido. La casa permaneció tan silenciosa como siempre.

Fue un alivio tan grande subir las escaleras sin ser descubierta que se arrastró hasta la cocina ya anticipando el éxito. Por eso se quedó muda de decepción cuando cerró suavemente la puerta de la cocina tras de sí y levantó la vista para encontrarse cara a cara con su madre. Se miraron fijamente en silencio.

Fue lady Hartford quien habló primero. Dejó la pluma y apartó a un lado el libro de cuentas de la casa.

—Te estás escapando, —dijo rotundamente. —Imaginé lo que planeabas hacer, así que te esperé levantada.

A Margaret se le hizo un nudo en la garganta por la desesperación y su respuesta surgió

como un áspero susurro. —No debes detenerme, —suplicó. —¡Por favor, no lo hagas! No podría soportar casarme con el señor Lytton.

Lady Hartford no respondió inmediatamente. Sus dedos jugueteaban distraídamente con el pequeño montón de monedas de la casa que había sobre la mesa de la cocina. —¿A dónde vas? —preguntó al fin.

—Planeaba ir a Londres, —dijo Margaret. —Parece el lugar más probable en el que encontrar un empleo adecuado y escapar de ser descubierta por papá.

Lady Hartford cerró los ojos y se llevó las manos a las sienes como si quisiera calmar un dolor de cabeza palpitante.

—Hay tantas cosas que podrían salir mal, —murmuró. —Tantos peligros acechando a alguien tan inocente del mundo como tú, pero no es justo obligarte a casarte con el señor Lytton.

Miraba distraídamente las cuentas de la casa, aunque Margaret estaba segura de que sus ojos no veían nada de lo que había en las páginas que tenía delante.

Con un repentino y decidido gesto, lady Hartford metió la mano en el bolsillo lateral de su pesada falda negra y sacó una pequeña bolsita de cuero.

Recogió los escasos montones de monedas que había sobre la mesa y los introdujo en el monedero.

—Llévate esto para poder pagar un alojamiento respetable. Sin duda lo necesitarás. —Cogió uno de los bolígrafos y garabateó unas cuantas líneas apresuradas en un trozo de papel. —Aquí, —dijo. —Aquí es donde mi criada fue a vivir cuando me casé con tu padre. Ella regentaba una casa de huéspedes, y sé que el vecindario de allí es respetable. Ahora vete rápido, Margaret, antes de que te descubran. —Casi para sí misma añadió: —Haga lo que haga Sir Leopold, valdrá la pena.

Margaret corrió hacia su madre, más asustada por la complicidad de lady Hartford en su

huida que por las amenazas de castigo.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó. —Nunca lo habías hecho antes, no si eso significaba desafiar a papá.

Lady Hartford respondió en voz baja, pero no pudo ocultar la ira que sacudía su delgado cuerpo. —Permití que tu padre enviara a mi único hijo lejos a la escuela, aunque todos sabíamos que era demasiado débil para asistir a un internado tan duro. Tuve miedo de desafiar a Sir Leopold, y mi cobardía mató a mi hijo. No puedo permitir que Sir Leopold te destruya también a ti. Ya no creo que el primer deber de una mujer sea siempre someterse a su marido. Sólo desearía que hubiera alguna forma más positiva en la que pudiera ayudarte, pero llevo demasiado tiempo enclaustrada en la mansión Hartford. Adiós, querida, y cuídate. —Salió rápidamente de la cocina casi como si temiera continuar la conversación con su hija.

Margaret cogió la bolsa, apenas capaz de creer su buena suerte al oír el tintineo de una moneda contra otra y ver el brillo rojo de un soberano de oro. Empujó la pesada barra de hierro que cerraba la puerta exterior y salió al aire frío de la noche. El viento secó sus lágrimas al caer sobre sus mejillas y apenas sabía si lloraba de pena por dejar a su madre o de alivio por escapar de Sir Leopold y el señor Lytton.

En cuanto estuvo fuera del huerto sus lágrimas cesaron y respiró hondo, deleitándose en la sensación de libertad, pero rápidamente recobró el sentido común. No estaría a salvo hasta que se escondiera en Londres. Salió con confianza por el pequeño huerto, caminando hacia los campos abiertos de la finca Hartford. Había más de cinco millas hasta la estación más cercana, diez millas si hubiera viajado por carretera, y tenía que estar ya esperando en el andén cuando llegara el tren de primera hora de la mañana.

Se arrebujó las faldas en la cintura y trepó por el travesaño, luchando contra un impulso de prorrumpir en una canción desafiante. “Londres”, pensó, y una sonrisa enjugó el último rastro de lágrimas.

—¡Londres! ¡Pronto estaré allí!

Capítulo 3

Era de madrugada cuando el tren procedente de Reading llegó por fin a la estación de Paddington. La novedad del viaje, la velocidad a la que la ruidosa locomotora atravesaba campos, rodeaba pueblos y atravesaba estrechos cortados, habían mantenido a Margaret embelesada. Había viajado sola en un compartimento reservado para señoras y había conseguido mantener a raya todos los pensamientos preocupantes sobre lo que haría una vez llegara a Londres.

Al bajar al andén lleno de hollín, con sus bultos llevados cuidadosamente bajo cada brazo y su preciada bolsa de monedas metida en el bolsillo de su enagua más interior, ya no le fue posible mantener su fachada de confianza. Nunca había visto a tanta gente reunida en una multitud ruidosa. Su imaginación, limitada por la vida en una pequeña aldea, nunca había visualizado una masa tan grande de humanidad bulliciosa. Se quedó de pie en el centro del andén, empujada por la multitud, zarandeada por los atareados porteadores y hasta los niños pequeños, pero incapaz de decidir qué camino tomar.

Finalmente caminó en dirección a la salida de la estación, no tanto por una decisión consciente, sino porque el movimiento de las demás personas la arrastró inexorablemente hacia las imponentes puertas de la estación. Esperó en la acera, segura de haber llegado a su mágico

destino, sin la menor idea de lo que debía hacer a continuación.

Un niño harapiento, de unos siete u ocho años, con la ropa hecha jirones hasta la indecencia, se acercó y tiró de su gorra.

—¿Le traigo un hackney[1], señorita?

A sus oídos, acostumbrados al suave rebuzno del habla de Berkshire, les pareció que decía "consígame una jaca, señorita", y pasó un segundo más o menos antes de que ella entendiera lo que le estaba diciendo.

Ella le miró dubitativa. Su educación le había inculcado que las damas nunca conversaban con extraños, sobre todo con extraños del sexo opuesto. Además, los indigentes, al menos según el señor Lytton, eran invariablemente pícaros y vagabundos cuya condición casi famélica se debía a la indolencia y a la negativa a realizar un trabajo honrado. La oferta del vagabundo, por tanto, debía ser claramente rechazada.

Por otra parte, Margaret no tenía ni idea de dónde encontrar un carruaje que la llevara a su destino. Mandó mentalmente al diablo al señor Lytton y sus críticas, y sonrió al niño con tal resplandor amistoso que su pequeño corazón mercenario se ablandó una fracción de segundo, y decidió que le encontraría el hackney más limpio que pudiera.

Margaret le tendió dos peniques. No se le ocurrió que sería más prudente esperar a que el chico hubiera conseguido un transporte antes de ofrecerle dinero.

—Me gustaría un hackney, —dijo, aún sonriendo al muchacho. —¿Podría encontrarme a un conductor amable que me lleve a Drake Street? Creo que está cerca de King's Place. —Se había tomado el tiempo necesario para aprenderse de memoria las indicaciones de su madre.

El pilluelo luchó contra sus propios años de formación profesional. Aquí había una pueblerina tan evidente que casi iba en contra de su código de honor personal permitirle que escapara sin ser mancillada. Frunció el ceño hacia sus brillantes ojos azules y experimentó un

dolor totalmente desconocido en algún lugar de la región del estómago. —Malditas ostras, —se dijo a sí mismo con fiereza. —No debería haberlas comido nunca. —Cogió los dos peniques y corrió a la vuelta de la esquina hacia una fila de hackneys que esperaban. Miró furtivamente a su alrededor para asegurarse de que ninguno de sus compinches estaba observando esta transacción tan humildemente honesta. Divisó al viejo Jacob, que esperaba con su yegua castaña. El viejo Jacob no era mal tipo y su caballo estaba bien alimentado, aunque hacía tiempo que había pasado la edad de tirar de un pesado carruaje por la ciudad. El pilluelo subió de un salto a la percha junto al cochero.

—La señora quiere un hackney, —dijo brevemente. —Un delicado pajarillo. Recién llegada de los páramos, supongo. Llévala donde te pida, para que esté a salvo, o no sé qué le va a pasar.

El viejo Jacob azuzó servicialmente a la yegua y la hizo trotar hasta la esquina. Divisó a su cliente casi de inmediato, y comprendió por qué el chico se había ablandado con ella. El estilo de su ropa negra la marcaba como una dama, y el corte dolorosamente pasado de moda de su sombrío atuendo proclamaba sus orígenes provincianos. Destacaba entre los pequeños grupos de personas que la rodeaban no sólo por su ropa desaliñada, sino también por sus impresionantes atractivos personales. Tenía el pelo castaño más magnífico que el viejo Jacob había visto nunca. Una enorme y pulida masa del mismo estaba recogida en un nudo bajo en la nuca, pero un revuelo de rizos se había escapado de sus pasadores y se agrupaba alrededor del borde de su rostro en forma de corazón. El viejo Jacob se sorprendió al descubrirse a sí mismo perdido en una ensoñación de cómo sería ella con todas las horquillas quitadas y los rizos cayendo en cascada sobre sus hombros desnudos.

Se sacudió severamente. No tenía tiempo para ese tipo de fantasías. Justo en ese momento, Margaret levantó la vista y divisó el hackney. Sonrió al reconocer a “su” muchacho en cuclillas en la rampa. —Gracias, —le dijo y luego dirigió la misma sonrisa deslumbrante al viejo Jacob. —¿Puede llevarme a esta dirección? —le preguntó y, desconfiada, bajó la voz. —Me temo que

todavía no conozco bien Londres.

—Suba, —dijo bruscamente el viejo Jacob. Era un hombre de pocas palabras, poco dado a traducir sus emociones en pensamientos explícitos, pero se permitió un breve estremecimiento al visualizar lo que probablemente le ocurriría a esta mujer en particular mientras vagaba por la ciudad haciendo confesiones tan poco ingeniosas.

Pero no podía perder el tiempo preocupándose por perfectos desconocidos. Empezaba a lloviznar y en lo que iba de día apenas había ganado lo suficiente para pagar el pienso del caballo, por no hablar de lo suficiente para sus otros gastos. Azuzó a la yegua con una agresividad desacostumbrada y dirigió el carruaje velozmente a través de la ciudad.

Margaret, sin importarle la ligera lluvia, bajó la ventanilla del carruaje y se despidió del muchacho con una sonrisa de agradecimiento. Este frunció el ceño, se metió las manos en los bolsillos y procedió a robar tres magdalenas de la bandeja de Flash Fred, lo que, restaurado su orgullo profesional, le hizo sentirse infinitamente mejor.

—Probablemente no tenía ninguna tontería que valiera la pena robar, —se tranquilizó a sí mismo, y apartó con decisión todo recuerdo de aquella encantadora sonrisa.

El viejo Jacob empujó su cansada yegua a través de la aglomeración del tráfico londinense, deteniendo el hackney frente a una hilera de casas bien cuidadas. Bajó de la percha y se dio la vuelta para abrir la puerta del carruaje a su pasajera.

—El número veinte que busca, —dijo, y añadió afable. —Este es un barrio bastante respetable.

—Gracias. —Margaret pudo ver que las casas estaban bien cuidadas y recién pintadas, aunque a sus ojos de campesina le parecieron estrechas y sombrías. —¿Cuánto le debo?

—Media corona, —dijo aprovechándose el viejo Jacob. La había llevado sana y salva a una casa de huéspedes respetable cuando podría haber sacado mucho más provecho llevándola a

otro lugar. Pensó que no era irrazonable cobrarle el doble de la tarifa plana por el viaje.

Ella le dio el dinero con una sonrisa, tendiéndole algunos peniques de más. —¿Es esa la cantidad correcta para una propina? —preguntó. —Nunca antes había cogido un carruaje.

El viejo Jacob aceptó el dinero con un sombrío movimiento de cabeza. Si esta chica no acababa asesinada antes de que terminara la semana sería un maldito milagro. —No deberías ir por Londres diciendo a todo el mundo que nunca has estado aquí antes, —dijo. —No se sabe quién se puede aprovechar de una jovencita como tú.

—Usted no lo ha hecho, —dijo Margaret con lo que le pareció una lógica irrefutable. —Además, cualquiera puede ver que nunca he estado en una gran ciudad, así que ¿de qué sirve fingir?

El viejo Jacob, reconociendo la verdad irrefutable de esta afirmación, dio un último meneo de cabeza. —Tengo que irme, señorita, —dijo. —Ve y da un buen golpe en la puerta del número veinte. He estado aquí antes, y la señorita de allí la recibirá bien. —Se subió de un salto a su percha y apresuró al caballo para salir de la calle. Cuanto antes se alejara de aquel cliente en particular, más satisfecho estaría.

Margaret, asombrada por la facilidad con la que parecía superar los obstáculos de su camino, subió lentamente el tramo de escaleras que conducía a la puerta del número veinte. La aldaba de latón estaba muy pulida y las cortinas de encaje de la ventana eran blancas y estaban crujientemente almidonadas. Llamó enérgicamente a la puerta, sin molestarse en aplacar su ánimo de autocomplacencia. Sobrevivir en Londres estaba resultando mucho más fácil de lo que había temido. Se palpó las enaguas, sintiendo la pesada bolsa a través de la servicial sarga de su falda negra. Aún tenía su dinero, las fundas de sus almohadas seguían bien atadas y, una vez que se hubiera lavado la cara y arreglado el pelo, podría emprender la tarea de procurarse algún empleo.

Abrió la puerta una criada regordeta con un enorme delantal de lona. —¿Qué buscas? —

preguntó agresivamente.

Otra persona que hubiera llamado podría haberse sentido desconcertada por la falta de amabilidad. Margaret, cuya exposición a la amistad y a la buena naturaleza era estrictamente limitada, simplemente aceptó las palabras de la criada al pie de la letra. Sonrió alegremente a la criada. —Busco una habitación para alquilar, —dijo, —acabo de llegar a Londres y me han recomendado especialmente esta casa de huéspedes.

Las facciones de la criada seguían siendo inflexiblemente adustas, pero su voz moderó su dureza. —Lo siento, señorita. No tiene suerte. Todas nuestras habitaciones están ocupadas.

—Oh. —Margaret lucía tan decepcionada como se sentía. —Oh querida. No había pensado en esa posibilidad. Mi madre quería que viniera aquí porque la propietaria fue su criada. Eso fue hace mucho tiempo, por supuesto.

—Este lugar ha cambiado de manos dos veces en los últimos diez años, señorita. Su madre obviamente no sabe mucho de las costumbres londinenses, esperando encontrar todo igual que hace veinte o treinta años. Tiene suerte de que la casa siga en pie.

Margaret parecía tan cabizbaja que la expresión severa de la criada se disolvió en un rápido suspiro. —Pruebe a la vuelta de la esquina, en Ladbroke Grove, —dijo ella. —Puede preguntar en el número quince. —Cerró la puerta sin molestarse en oír la reacción de Margaret a este consejo.

Margaret volvió a bajar las escaleras. Sus pies, que habían corrido tan dispuestos hacia la puerta principal sólo unos minutos antes, ahora se arrastraban pesadamente de peldaño en peldaño. Ya había caminado ocho kilómetros por los campos, y de repente sintió los dedos de los pies acalambrados y doloridos dentro de los confines de sus botas negras abotonadas. Su estómago también le enviaba feroces recordatorios de que ayer no había cenado, y esta mañana sólo había consumido una taza de leche comprada apresuradamente en la estación de Reading. Ladbroke Square empezaba a parecerle muy lejos.

Avanzó por la calle, sin estar segura de por dónde debía caminar. Pasaron dos o tres carruajes, pero no había nadie caminando por la calle a quien pudiera pedir indicaciones. La perspectiva de andar todo el camino hasta el final de esta calle, y luego todo el camino de vuelta si Ladbroke Gardens resultaba estar en la dirección opuesta, no era atractiva. Se sintió aliviada, por tanto, cuando se encontró con una plaza agradable, de aspecto más próspero que la calle que acababa de abandonar. Vio el letrero “Ladbroke Square” colocado en lo alto del lateral de una de las casas de la esquina. Éste debía de ser el lugar. Le habían dicho que buscara el número quince. Caminó a paso ligero por la acera, sus agotadas energías revivieron al fijarse en la elegante fachada de las casas y en las atractivas ventanas de estilo sobrio. Era agradable pensar que su alojamiento podría estar en una plaza tan bonita, y ofreció un silencioso mensaje de agradecimiento a su madre, cuyo monedero hacía económicamente posible un alojamiento así. Incluso escatimó un momento de agradecimiento para su muchacho, su cochero y la regordeta criada, que habían contribuido a poner sus pies en la dirección adecuada.

El número quince parecía, en todo caso, aún más elegante que las casas de alrededor. Su puerta principal era del mismo sobrio negro que la de todas las demás casas de la plaza, pero su porche brillaba positivamente con colgaduras de latón, aldabas, lámparas, tiradores de campana e incluso una urna de latón que contenía una floreciente cala conservada bajo cristal. Los ánimos de Margaret volvieron a su antiguo nivel de optimismo. Levantó la aldaba de latón y golpeó sonoramente la puerta.

La abrió un corpulento mayordomo vestido con brillante librea escarlata. Llevaba el pelo empolvado y rizado con un estilo que Margaret nunca había visto fuera de los retratos descoloridos de la mansión Hartford. Se quedó mirando insegura a aquel magnífico personaje. El monedero de mamá no podía contener dinero suficiente para comprar muchos días de alojamiento en una pensión que empleaba a un sirviente tan resplandeciente.

Mientras tanto, el mayordomo había completado, bastante sobresaltado, su propio inventario del aspecto de la visitante, y cuando ella continuó de pie en silencio en el umbral de la

puerta, habló cortésmente.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—Vengo por una habitación, —dijo Margaret vacilante. —Estoy buscando trabajo. —Se mordió el labio nerviosamente, molesta consigo misma por revelar una información tan personal. Las señoritas no hablaban de su vida privada con el servicio doméstico, ni siquiera aunque vistieran elegantes libreas de terciopelo.

El mayordomo la sometió a un segundo escrutinio, aún más sobresaltado. —¿Ha venido aquí por una habitación, señorita? ¿Quién la ha enviado?

—Fue la doncella del número veinte, —dijo Margaret, lo suficientemente turbada por los modales del mayordomo como para olvidarse de añadir el nombre de la calle. —Me dijo que probablemente esta casa tendría una vacante para mí.

—¿Ha trabajado antes? —preguntó el mayordomo, sin molestarse en enmascarar su curiosidad.

Margaret se incorporó con toda la dignidad que pudo, teniendo en cuenta los dos paquetes de lino que llevaba bajo los brazos y el dolor en los dedos de sus pies por los zapatos nuevos. Las convenciones sociales de Londres podían diferir de las del campo, pero seguro que los mayordomos no solían interrogar a las damas visitantes.

—Creo que sería más apropiado si discutiera mis planes con los propietarios de este establecimiento, —dijo con altivez. —No tengo ninguna duda de que podré proporcionar referencias adecuadas si es que fueran necesarias.

El mayordomo sonrió. —Esa es una forma de describirlo, supongo. Será mejor que entre. Llamaré a la señora Duboin a ver qué tiene que decir. Puede esperar en el salón delantero mientras voy a buscarla.

Margaret siguió al mayordomo hasta la habitación que le indicó. Sus modales, decidió ella,

ciertamente no estaban a la altura del esplendor de su uniforme. De hecho, parecía deficiente en la mayoría de las habilidades que normalmente requiere un mayordomo. Incluso las camareras de la mansión Hartford habrían sabido que no debían mantener una conversación en la puerta principal. Tal vez pudiera permitirse el quedarse aquí después de todo. Un mayordomo tan mal entrenado no podía exigir salarios muy altos, y las habitaciones podrían tener un precio bastante razonable.

Aclarado este asunto, se sentó con cautela en el borde de la silla que le indicó el mayordomo y observó el salón. Evidentemente, la casera sentía pasión por el escarlata. Pesadas cortinas de terciopelo rojo cubrían las ventanas y se cerraban con borlas de seda dorada. Las mesas estaban cubiertas con largos paños de chenilla roja e incluso las sillas estaban tapizadas con un brillante material escarlata que casi hacía juego con la librea del mayordomo.

Acostumbrada al sobrio cuero marrón de la mansión Hartford y al descolorido tejido casero y la crin de caballo del salón de la Vicaría, Margaret encontró el salón rojo asombrosamente alegre. Nunca había visto el interior de un teatro, pero siempre se había imaginado que un teatro tendría precisamente este tipo de opulenta y reluciente magnificencia. Un ramalazo de excitación aceleró los latidos de su corazón. Sería divertido quedarse en esta casa, al menos por un tiempo, y explorar las atracciones históricas de la capital.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por la llegada de la casera. La señora Duboin, sobriamente ataviada con un miriñaque púrpura de modesta talla, entró en el salón con brío, pero se detuvo en seco al ver a Margaret.

—¿Qué es esto, Mortimer? —preguntó al mayordomo. —No tengo tiempo para bromas pesadas.

El mayordomo contestó impasible. —Dice que quiere trabajar aquí. Dice que Maisie, la del número veinte, la ha enviado.

—¿Es cierto? —Madame Duboin volvió sus fulgurantes ojos negros en dirección a

Margaret. —¿Estás buscando trabajo en mi Casa?

—No necesariamente aquí, —dijo Margaret, preguntándose si todos los londinenses eran tan extraños como estos dos. —De hecho, no sabía que aquí hubiera oportunidades reales de empleo. Simplemente buscaba una habitación.

—Si coge una habitación aquí, trabajará para mí. ¿Qué cree que es este lugar? Somos la mejor casa de Londres, y no lo olvides, niña. ¡Rose Flecher en persona no tiene chicas más listas que yo!

—Siento si le he ofendido, —dijo Margaret. —Siempre he vivido en el campo hasta ahora, y por eso no conozco mucho las costumbres londinenses. Esperaba que alguien pudiera enseñarme. —Nunca antes había buscado una habitación en una casa de huéspedes, por supuesto, pero sin embargo no pudo evitar sentir que el curso de esta conversación era un poco extraño. Se levantó de la silla e intentó de nuevo reunir los jirones de su dignidad.

—Quizás sería tan amable de mostrarme la habitación que tiene disponible, y entonces podríamos discutir los términos.

Un pequeño resquicio en las cortinas de terciopelo rojo permitió que un único rayo de sol entrara en el acogedor salón, y al levantarse, el rostro y la figura de Margaret quedaron iluminados por el haz de luz solar. Madame Duboin ahogó un suave jadeo, convirtiéndolo rápidamente en una fuerte tos.

—¿Por qué llevas esa ropa? —preguntó bruscamente. —Si estuvieras vestida adecuadamente, podrías poner tu propio precio. Y no hago tales comentarios a muchas de mis muchachas.

—¿Poner mi propio precio? —repitió Margaret desconcertada. —¿Poner mi propio precio a qué? —Miró a madame Duboin y al mayordomo, creciendo en ella la convicción de que había entrado en la casa de dos lunáticos.

Madame Duboin se volvió furiosa hacia el mayordomo. —¡Te dije que había habido un error, Mortimer! Usted, jovencita, como quiera que se llame, ¿qué cree que es este establecimiento, por el amor de Dios?

—Me dieron a entender que era una casa de huéspedes, —dijo Margaret con rigidez. —Busco un alojamiento respetable, pero siento haberla molestado si ha habido algún malentendido.

El mayordomo no consiguió disimular su resoplido de risa, pero madame Duboin se quedó mirando a Margaret con intenso cálculo. —Esto no es una casa de huéspedes, —dijo. —Pero creo, no obstante, que podría proporcionarte justo el trabajo que estás buscando. ¿Dijiste que buscabas trabajo?

Margaret asintió, pero no volvió a sentarse. Por muy cansados que sintiera los pies, estaba ansiosa por escapar de aquella gente tan peculiar.

—¡Mortimer! —Madame Duboin habló con repentina decisión. —Tráiganos una botella de… Es decir, prepáranos un poco de té, y quizás unas rebanadas de pan con mantequilla. Tenemos cosas que discutir la señorita…¿Cómo te llamas, querida?

—Señorita Hartford, —dijo Margaret, y luego se preguntó si no habría sido más prudente inventar un nombre diferente.

—Por favor, tome asiento, mi querida señorita Hartford. Ha habido un pequeño malentendido entre nosotras, ¿no? Pero Mortimer nos traerá unos refrescos y le explicaré mi muy buena idea para su futuro empleo. Luego le enseñaré una habitación que tengo disponible. —Madame Duboin sonrió amablemente. —Estaré encantada de cederle esta habitación, sin cargo alguno, a cambio de sus servicios a mi… em… mi establecimiento.

Margaret se sentó. Lunática o no, la perspectiva de un té con pan y mantequilla era sin duda tentadora, más aún si tenía que marcharse y empezar a buscar por las calles otra casa de huéspedes. Se posó cautelosamente en el borde de una de las sillas acolchadas. —Si esto no es una casa de hospedaje, señora, entonces ¿qué es? ¿Y qué tipo de trabajo tiene en mente? —Hizo

todo lo posible por parecer altiva e inteligente, algo que sus mechones de rizos siempre hacían muy difícil. —Pensaba buscar empleo como institutriz, —dijo.

Madame Duboin no se molestó en comentar la improbabilidad de que alguna madre contratara a una institutriz que parecía un cruce entre la diosa Venus y Helena de Troya. —Encontrará mi trabajo más agradable, —dijo convencida. —¡Ah, Mortimer! Lleve la bandeja a la señorita Hartford, por favor. —Madame Duboin sonrió confiada a Margaret. —Se me han agarrotado un poco las manos, —dijo con sublime desprecio a la verdad. —Le agradecería que tuviera la amabilidad de servirnos el té.

Margaret obedeció de buen grado y la señora Duboin observó con gran satisfacción los frágiles huesos de la muñeca de la señorita Hartford, los dedos largos y afilados y la seguridad propia de una dama que realizaba el ritual social de servir el té con asiduidad. Su plan, concebido en un destello de genialidad, iba a ser sin duda un éxito.

Margaret mordisqueó una fina rebanada de pan fresco y anheló servirse otro trozo. Decidida a evitar semejante falta a los buenos modales, esperó esperanzada a que madame Duboin le sugiriera una segunda ración. Sin embargo, su anfitriona parecía preocupada, y de pronto esbozó una sonrisa radiante.

—Le diré qué trabajo tengo en mente para usted, señorita Hartford. —Los afilados ojos negros de madame Duboin escrutaron el rostro de Margaret. —Soy la propietaria aquí de un club. Es de lo más exclusivo, y los caballeros vienen aquí a relajarse con una copa de vino y una partida de cartas antes de volver a casa con sus familias.

—Oh, —dijo Margaret, incapaz de pensar en un comentario más inteligente. Había leído un poco sobre los clubes londinenses para caballeros y sabía que su padre no los aprobaba. Su bisabuelo había sido socio del Watier's[2] y Sir Leopold había sugerido en una ocasión que gran parte de la fortuna de la familia Hartford se había apostado en las mesas del Watier's. Miró con cautela alrededor del salón vacío y escuchó la tranquilidad de la casa. —No parece que haya

muchos miembros presentes en este momento, —se aventuró a decir.

Madame Duboin sonrió tranquilizadora. A Margaret le pareció que madame Duboin sonreía bastante. —Mis clientes, es decir, los socios de este club prefieren venir aquí por la tarde. Durante el día deben atender las necesidades de sus familias y los asuntos de sus haciendas, ¿no? Incluso en el campo, estoy segura de que se da cuenta de que los caballeros se mantienen ocupados durante el día.

—Supongo que sí. —Margaret apenas podía confesar que su experiencia de lo que hacían los caballeros se limitaba a dos ejemplos. —Deseo un empleo porque no hay nadie más que me mantenga, pero no creo que pudiera ser de mucha utilidad en su club, señora Duboin. Me temo que nunca he jugado a las cartas y no sabría cómo comportarme en un establecimiento de juego.

Madame Duboin hizo todo lo posible por disimular su satisfacción al saber que la señorita Hartford estaba sola en el mundo. Desde luego, no quería que unos padres iracundos descendieran sobre ella exigiendo una restitución. —Eso no tiene importancia, mi querida señorita Hartford. —Madame Duboin barrió la ignorancia de Margaret con un gesto de la mano. —No deseo que juegue a las cartas. Sólo quiero que salude a mis invitados cuando lleguen y que esté a su disposición para servirles el té y otros refrescos si lo necesitan. Pequeñas tareas de esa naturaleza, ya me entiende.

—No parece una ocupación muy exigente, —dijo Margaret dubitativa. —¿Por qué cree que soy especialmente adecuada para ese trabajo?

Por una vez, madame Duboin pudo responder con sinceridad. —Es usted muy hermosa, —dijo. —Naturalmente prefiero que mis clientes tengan algo bonito que mirar. Es lo justo después de que hayan gastado sus energías durante el día, luchando por cuidar de sus familias, ¿no está de acuerdo?

La experiencia personal de Margaret no sugería que los caballeros gastaran sus energías durante el día en una lucha incesante por mantener a sus familias, pero sonrió amablemente, con

la mente ocupada en otros pensamientos. ¿Quizás podría aceptar un trabajo con madame Duboin mientras buscaba otro empleo más adecuado?

—¡Venga! —dijo madame Duboin con repentina determinación. —Le mostraré su habitación y podrá decidir si desea o no aceptar mi oferta. —Salió regiamente del salón y condujo a Margaret junto a una escalera de mármol, bordeada de barandillas pintadas de dorado. Margaret pensó que no había visto nada ni la mitad de espléndido en toda su vida. La señora Duboin se detuvo ante un segundo tramo de escaleras, bastante más modesto que el primero, pero pulido y alfombrado, de modo que Margaret supo que debía de haber un tercer tramo de escaleras para el servicio.

—Ésta casa es muy grande, —dijo Margaret, incapaz de disimular una nota de asombro en su voz.

—Sí, —dijo madame Duboin, acompañándola apresuradamente escaleras arriba. —Y aquí está la habitación que sería la suya.

Margaret no pudo contener un jadeo de asombro poco propio de una dama. La habitación era bastante pequeña, pero el suelo estaba cubierto de gruesas y ricas alfombras, y la enorme cama estaba envuelta en un acolchado de brillante satén rosa. Sin embargo, no eran los muebles lo que había provocado el jadeo de Margaret. Era el hecho de que dos paredes de la habitación estaban cubiertas de espejos, de modo que la habitación y sus ocupantes se reflejaban una y otra vez en una serie aparentemente interminable de copias. Margaret se quedó mirando sus brillantes reflejos. Era la primera vez que se veía de cuerpo entero, y quedó maravillada ante la visión de su propia persona vestida de negro. Olvidándose por completo de madame Duboin, se acercó al espejo y se miró con silencioso asombro. No tenía ni idea de que su cuerpo se curvara de una forma tan extraordinaria. Se sonrojó al pensarlo. Las damas no pensaban en las curvas de sus cuerpos y mucho menos se miraban en espejos dobles.

—Es una habitación muy… agradable, —dijo insegura, preguntándose cómo conseguiría

dormirse bajo tantas capas de colgaduras de satén.

—Y será suya, —dijo rápidamente madame Duboin. —Recuerde, es gratis y le pagaré dos libras al mes además.

—¿Veinticuatro libras al año? —Margaret sabía que eso era más de lo que cualquier institutriz podía esperar ganar, y se sobresaltó ante la esplendidez de madame Duboin.

—Los salarios son más altos en Londres, —dijo madame Duboin rápidamente, y sonrió de nuevo. —Supongo que estamos de acuerdo y usted empezará a trabajar esta noche, ¿no?

—Sí, —dijo Margaret y se preguntó por qué se sentía tan asustada. —¿Pero no hay otros empleados que puedan ayudar a explicar mis funciones?

—Conocerá a algunas de mis chicas esta noche, —dijo madame Duboin. —Es decir, tengo una familia numerosa, y muchos de mis parientes envían a sus hijas y sobrinas para que ayuden en mi pequeño establecimiento. Algunas de ellas aún hablan inglés con un acento extraño, porque yo vengo de Francia, ¿sabe?

—Ya veo, —dijo Margaret. Se había preguntado si madame Duboin era extranjera, o si su extraña forma de hablar era simplemente un ejemplo más de las peculiaridades de Londres. Tal vez, puesto que madame Duboin era extranjera, eso explicara parte de la extrañeza de sus maneras.

—Sólo hay una cosa más, —dijo madame Duboin, deteniéndose en el umbral de la puerta. —Haré subir a una de las criadas con un poco de agua para que pueda tomar un baño. También le proporcionará un vestido para que se lo ponga esta noche. —Levantó la mano cuando Margaret empezó a protestar. —No, mi querida señorita Hartford, no diga nada. Me hará un favor si acepta ponérselo. Lo compré para mi querida sobrinita y me temo que nunca vivió para llevarlo. —Madame Duboin se pasó una mano por los ojos y su voz se ahogó en un pequeño sollozo. —Las nieblas del invierno londinense fueron muy duras para una niña acostumbrada al sol. ¡Pobrecita Cloe!

—Está bien, si es su deseo que me lo ponga, señora Duboin. —Margaret no pudo evitar sentirse bastante excitada. Durante los últimos nueve meses había estado vistiendo ropas de luto por su hermano, recortadas de trozos de tela comprados muchos años antes por su abuela. Decidió que estaba haciendo tantas cosas que escandalizarían y horrorizarían a su familia que aceptar un vestido nuevo de su patrona le parecía poco significativo.

—La criada le traerá el vestido nuevo y algo de comer. Será mejor que baje sobre las nueve. Eso le dará tiempo para conocer a mis otras chicas. —Madame Duboin esbozó otra de sus rápidas sonrisas. Con una última mirada aguda de sus penetrantes ojos negros, madame Duboin salió de la habitación.

Margaret se hundió en el sillón junto a la chimenea. Ropa nueva, espejos enormes, colchas de satén rosa y veinticuatro libras suyas al año. No era de extrañar que su padre se quejara de que todos sus jornaleros agrícolas no dejaban de marcharse a Londres.

Capítulo



Madame Duboin había esperado una transformación en el aspecto de la señorita Hartford. En sus esfuerzos por reclutar sólo a las mejores chicas para su establecimiento, hacía tiempo que había aprendido a escoger la rara pieza de oro entre los poco prometedores terrones de arcilla que se ofrecían constantemente para su selección. Aun así, apenas pudo ocultar su satisfacción cuando vio a su más reciente recluta flotar delicadamente por la escalera dorada.

La señorita Hartford llevaba un vestido de organdí blanco puro, de corte modesto y adornado con rosas blancas de seda alrededor del dobladillo. Su cuello, libre de cualquier joya, estaba adornado por mechones de tirabuzones oscuros que caían de los suaves giros de su moño. Sus ojos azules brillaban bajo unas cejas delicadamente arqueadas y su tez, sin pintar, carecía de imperfecciones.

Madame Duboin, que creía en estar siempre bien preparada, había comprado el vestido para la próxima vez que tuviera a mano una virgen, pero en realidad nunca había esperado conseguir una combinación tan maravillosa de inocencia, belleza deslumbrante y -lo mejor de todo- evidente gentileza. Durante unos instantes, mientras la señorita Hartford bajaba las escaleras, se permitió entregarse a deliciosas ensoñaciones financieras. Una vez que Margaret hubiera sido vista por todos los clientes más adinerados, madame Duboin llevaría a cabo una

discreta subasta. No le cabía la menor duda de que cada uno de sus clientes competiría por el privilegio de llevarse a la virginal señorita Hartford a la cama. Por la cabeza de madame Duboin danzaban cifras sugerentes. ¿Quizás mil libras no serían pocas?

La perspectiva era tan agradable que madame Duboin saludó a Margaret con una sonrisa de amistad inconfundible y radiante.

—¡Querida, estás encantadora! Serás una graciosa incorporación a mi pequeño club.

—Gracias, —dijo Margaret dubitativa. Se sentía indecentemente expuesta con su nuevo vestido. El escote, que madame Duboin consideraba tan modesto, a Margaret le pareció que rayaba en lo escandaloso. Sin embargo, no sabía muy bien cómo decirle a su patrona que se sentía incómoda, así que se arrastró un poco torpemente con sus nuevos zapatos de raso. —¿Qué se espera exactamente que haga? —preguntó.

—Venga. —Madame Duboin la condujo rápidamente al familiar salón rojo. —Me gustaría que conocieras a algunas de mis otras chicas… Es decir, mis queridas primitas y sobrinas. —Se dirigió al centro del salón y dijo con severidad: —¡Niñas! Aquí está nuestra nueva compañera, de la que os hablé. Pearl, debes tomar bajo tu protección a la señorita Hartford.

Una joven de curvas generosas y mejillas encantadoramente mullidas se separó del grupo y se acercó al lado de Margaret.

—Bien, señorita Hartford, ¿estás preparada para enfrentarte a los leones? Supongo que hay algunos hambrientos esperando en el comedor.

Las chicas se rieron y madame Duboin lanzó una mirada de furiosa advertencia a Pearl. —Recordarás lo que te dije sobre la señorita Hartford, mi querida prima, y la ayudarás a servir a nuestros amables miembros igual que lo haría con su propio querido padre.

—No se preocupe, —dijo Pearl. —Nos comportaremos como monjas en una cena de la Iglesia.

Margaret no prestó atención a los comentarios de Pearl. La mera mención de la palabra “padre” había bastado para anular todos sus poderes de concentración. Consciente de un pequeño silencio, intentó apartar la mirada de los esplendores del vestido de Pearl. La crinolina de satén azul real estaba envuelta en hileras de encaje rubio y el escote extenso de una forma que hizo que Margaret mirara con hipnotizada fascinación, ruborizándose al hacerlo. ¿Quizá la señorita Pearl no se daba cuenta exactamente de hasta qué punto su anatomía era visible para cualquier persona más alta que ella?

Ahora que había llegado el momento de empezar a trabajar, a Margaret le asaltaron las dudas, pero madame Duboin le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo, aún sonriendo con toda apariencia de amistad. Sus chicas contemplaron la sonrisa con diversos grados de cínica diversión. Estaba claro que la vieja bruja esperaba obtener un suculento beneficio de esta desprevenida paloma.

—Sólo recuerde, señorita Hartford, que debe permanecer cerca del lado de mi prima Pearl. Ella se encargará de que haga todo lo que deba y nada de lo que no deba. Nada podría ser más fácil, ya lo verá. —Los agudos ojillos de madame Duboin se dirigieron hacia Pearl. —¡Cuidado con la bebida, muchacha! Es decir, ¡asegúrate de que nuestros caballeros no animan a la señorita Hartford a beber nada más fuerte que el té!

Los ojos marrones de Pearl estaban teñidos de desprecio. —No se preocupe, prima. Su inversión estará a salvo conmigo. —Condujo a Margaret fuera de la habitación.

—Habla usted un inglés excelente, —dijo Margaret, deseosa de mostrarse amistosa con su supervisora. —¿Ha vivido mucho tiempo en Inglaterra?

—Oh... em... un par de años, ya sabe, —contestó Pearl, a quien nunca antes habían confundido sus tonos Cockney[3] con un acento extranjero. —Este es el comedor, —anunció con cierto alivio. —Prepárese para sonreír porque espero que esté lleno de los viejos verd… nuestros caballeros amigos.

Abrió de un empujón la puerta a una espaciosa sala que contenía varias mesas vestidas de blanco y un aparador que gemía bajo un imponente despliegue de soperas de plata. Grupos de caballeros se sentaban alrededor de las mesas y a los desconcertados ojos de Margaret les pareció que sus servicios apenas podían ser necesarios. Ya había cuatro o cinco chicas revoloteando alrededor de las mesas, ofreciéndose a llenar copas o repartiendo de vez en cuando platos de comida.

La llegada de Pearl fue recibida con un grito general de placer. Al menos tres de los hombres saltaron de sus asientos y depositaron sonoros besos en su mejilla. Los hombres que no la besaron permanecieron recostados en sus sillas, un hecho que a Margaret le pareció casi más chocante que los besos casuales de saludo. Los hombres parecían como caballeros, así que seguramente sabían que tenían que levantarse cuando las damas entraban en la sala.

Un joven de aspecto agradable, con el pelo color arena y un monóculo que agrandaba grotescamente el tamaño de su ojo izquierdo, levantó la vista de su copa de vino y miró fijamente a Margaret. Él le sonrió con una admiración tan abierta que ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Se puso en pie de un salto y se acercó a su lado.

—Eres nueva aquí, —comentó amablemente. —¿De dónde vienes? Soy Justin, y si hubiera sabido que te habías unido a la selección de bellezas de madame Duboin, ¡habría venido a visitarte antes!

—¿Cómo está usted, señor Justin? —Margaret agradeció la presentación. —Soy la señorita Hartford y acabo de llegar hoy.

Una carcajada estalló entre los compañeros de mesa de Justin cuando éste se encontró estrechando la mano enguantada con recato de la señorita Hartford. Pearl gritó alegremente: —¡Cuidado con lo que dices, Justin! La señorita Hartford no está disponible para los servicios habituales, así que será mejor que vigiles tu lengua. Ella te traerá el té y la cena, pero cualquier otra cosa que desees será mejor que la busques en otra parte. No puedes permitirte lo que la

“vieja bruja” pedirá por ella.

Justin parecía cabizbajo, pero suspiró resignado. —Cuanto antes estire la pata el tío Harry y me deje algo de sus mal habidas ganancias, más contento estaré. Al menos véngase y siéntese con nosotros, señorita Hartford, y dígame qué hace aquí.

Margaret se sentó. Se sentía embotada por los constantes asaltos a su entendimiento. ¿Nadie en Londres se comportaba de la manera que ella había aprendido a esperar en Berkshire? Había sabido que su propio círculo era particularmente estrecho, pero ¿era el resto del mundo como este extraño establecimiento regentado por madame Duboin? Quizá, después de todo, su padre tenía razón al afirmar que Londres era el sumidero del vicio y el enemigo natural de toda virtud. A ella le habían enseñado a equiparar la virtud con la solemnidad, por lo que sólo podía concluir que toda aquella gente estaba muy hundida en la depravación. Se les veía demasiado alegres como para estar agobiados por conciencias culpables.

Un hombre mayor, enormemente gordo, detuvo su consumo de pastel de ternera y jamón el tiempo suficiente para mirar a Margaret con un guiño alegre y ella le devolvió la sonrisa antes de darse cuenta de que no habían sido presentados. Cogió una servilleta y dio un suspiro exagerado. —Bueno, yo tengo el dinero suficiente, pero dudo que tenga energía para aprovechar mi compra. —Sonrió con pesar mientras Pearl le traía una enorme ración de faisán cortado en rodajas. —Ah, muchacha, me tendrás dormido antes de llegar a subir. Juro que la vieja Duboin proporciona las mejores cenas de Londres.

Margaret le sonrió cortésmente, aunque no entendía de qué hablaba. La conversación en torno a la mesa se generalizó y ella respondió cortésmente a las muchas preguntas que le formularon, teniendo cuidado de ocultar la ubicación de su casa familiar y la identidad de sus padres. No tenía ni idea de por qué muchas de sus respuestas parecían provocar tanta algarabía alrededor de la mesa, pero se sintió aliviada al comprobar que podía mantener entretenidos a los invitados de madame Duboin con tan poco gasto de esfuerzo.

Los ocupantes del comedor cambiaban con cierta regularidad. Algunos de los caballeros desaparecían y también lo hacían algunas de las chicas. Sin embargo, las chicas parecían regresar, mientras que los caballeros no. Pearl permaneció cerca de Margaret y, aunque empezaba a sentirse cansada, no podía decir que su trabajo le resultara desagradable.

Madame Duboin entró en el comedor cuando Margaret llevaba casi tres horas entreteniendo a los invitados. Parecía satisfecha con la marcha de los acontecimientos y le dio a Margaret una palmada aprobatoria en el brazo. —Lo está haciendo bien, señorita Hartford. Estoy encantada con usted. —Sus palabras de elogio fueron interrumpidas por uno de los criados, que se dirigió en voz baja a la señora Duboin.

—Hay un hombre que desea hablar con usted en privado, madame.

—¿Quién es? —Madame Duboin estaba demasiado ocupada para perder momentos preciosos con cualquiera que no fueran sus clientes más importantes.

El criado tosió discretamente. —Es lord Ransbury, madame. No creo que esté dispuesto a esperar mucho.

—¡Lord Ransbury! —exclamó madame Duboin. —Señorita Hartford, busque al mayordomo y dígale que traiga unos refrescos a mi salón privado. —Salió de la habitación antes de que Margaret pudiera acusar recibo de la orden.

Margaret se sintió bastante aliviada, aunque sólo fuera por unos momentos, al escapar de la bulliciosa atmósfera del comedor. No le resultó difícil encontrar al mayordomo, ya que estaba apostado en un lugar prominente del vestíbulo, le pareció una figura aún más impresionante esta noche de lo que había sido antes. Su librea escarlata estaba adornada con un suntuoso conjunto de trenzas de oro y borlas doradas. Margaret pensó que ningún otro mayordomo podría estar tan magníficamente ataviado. Se acercó a él con timidez.

—Madame Duboin desea que le lleve unos refrescos a su salón privado.

El mayordomo esbozó una sonrisa socarrona. —Pensé que se alegraría cuando supiera que lord Ransbury está aquí. Él nunca había puesto un pie en este lugar, pero después del accidente… —Vio la expresión perpleja de Margaret y cortó bruscamente su flujo de confidencias. —Llevaré ahora una bandeja de refrescos, señorita.

Ella se hundió en una silla del vestíbulo y cerró los ojos durante un minuto, agradecida por la relativa tranquilidad del pasillo. Estaba tan sumida en sus confusos pensamientos que dio un visible respingo cuando Mortimer regresó del salón y le habló.

—¡Señorita Hartford! El viejo Duboin quiere hablar con usted en el salón. —Sonrió con alguna broma secreta. —Parece ser que lord Ransbury podría tener un trabajo para usted, aunque si me pregunta a mí, sería un desperdicio de su deslumbrante aspecto. —Se cortó de nuevo. —Rápido, señorita. Dese prisa.

Margaret llamó a la puerta de madame Duboin, esperando nerviosa a que le dieran permiso para entrar. Cuando entró, vio a su patrona de pie junto al fuego, su rostro todo amabilidad y sonrisas aunque Margaret era consciente de cierta tensión tácita que se extendía por la habitación.

—¡Señorita Hartford! ¡Pase, pase! —La voz de madame Duboin sonaba menos segura que sus palabras y Margaret avanzó vacilante hacia el centro del salón.

—¿Quizás, milord, le apetecería un poco de oporto? Y creo que también hay un brandy excelente en la bandeja, —dijo madame Duboin.

—Un poco de brandy sería agradable. —La cabeza de Margaret se levantó consternada al oír la voz de lord Ransbury. Sonaba fría como el hielo, a pesar de la cortesía superficial de sus palabras. Esa frialdad le recordó a su padre y se estremeció involuntariamente, mirando al visitante a través de las pestañas. Era un hombre alto con el pelo oscuro, pero su silla estaba situada entre las sombras proyectadas por la anticuada pieza de la chimenea y a ella le resultaba difícil formarse una impresión clara de su rostro y su figura.

—Por favor, sírvale a lord Ransbury un poco de brandy, señorita Hartford. —La brusca petición de madame Duboin la devolvió a la conciencia de sus deberes. Hizo lo que le decían y se acercó a la silla de lord Ransbury, tendiéndole la copa de brandy. Cuando él no hizo ademán de coger la copa, ella le dijo en voz baja: —¿Desea tomar este brandy, milord?

Ella sintió que él se ponía ligeramente rígido al oír su voz, pero se limitó a hacer un gesto cortante mientras le indicaba donde dejar la copa.

Una vez más, Margaret hizo lo que se le pedía y volvió al centro de la sala. Innatamente cortés, se dirigió educadamente a su patrona. —¿Le apetece algo señora Duboin? Hay unos pasteles en la bandeja si le apetecen.

—No, no. No me apetece nada. Ya he comido esta noche. —Madame Duboin se volvió hacia lord Ransbury, con una curiosa mezcla de duda y triunfo.

—¿Y bien, milord? Ya la ha oído hablar y puede empezar a adivinar el tesoro que es. Hágale las preguntas que desee. Comprobará que no he estado exagerando su valor.

Lord Ransbury ni siquiera miró a Margaret. Habló con indiferencia, como si ella no estuviera presente. —¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

—Hermosa, —dijo madame Duboin secamente. —Y toda una dama, que es lo que usted requiere.

—Le agradecería algunos detalles más. Se dará cuenta de que la palabra bella puede -y suele- abarcar una multitud de rasgos diferentes.

—Cabello oscuro, naturalmente rizado, ojos violetas, tez de una pureza asombrosa, cintura diminuta y dedos esbeltos.

Lord Ransbury no pareció encontrar la descripción lo suficientemente interesante como para hacer el esfuerzo de volver la cabeza.

—¿Cómo te llamas, jovencita? —preguntó.

Ella estaba casi lo bastante enfadada como para no contestar. —Margaret Anna Hartford, —dijo al fin, hirviendo de furia por el insultante catálogo de sus atractivos hecho por madame Duboin. Tanto que no pudo contener del todo su resentimiento. —No puedo pensar, milord, que sea propio de un caballero discutir la apariencia personal de una dama como si fuera un caballo cuyos puntos más finos deben ser analizados.

—Eso es posiblemente cierto, señorita Hartford. Aunque se puede disculpar mucho a un caballero que es ciego, ¿no cree?

Margaret dio un pequeño grito ahogado. —Le ruego me disculpe... No me había dado cuenta, milord... No era posible discernir…

—¿Tal vez se esté esforzando en decir que no había observado mi deformidad, señorita Hartford?

—No considero la ceguera una deformidad, milord, —dijo Margaret con rigidez. —Una aflicción, ciertamente, pero no una que excuse a quien la padece, de todas las cortesías normales.

Lord Ransbury soltó una carcajada repentina y cuando volvió a hablar su voz era ligeramente más cálida. —Su situación actual aún no le ha enseñado la necesidad de la humildad, señorita Hartford.

—¿Por qué habría de hacerlo, milord? Aquí soy independiente, me gano la vida. Considero la situación un asunto de orgullo más que de humildad.

—Un punto de vista original, —dijo secamente lord Ransbury. —Venga y arrodíllese ante mí, deseo tocar su rostro.

Margaret cruzó la sala a regañadientes y se arrodilló frente a la silla de lord Ransbury. Ahora que estaba tan cerca de él pudo ver que era más joven de lo que había imaginado, no más de treinta y cinco años. Sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de cristales oscuros que enmascaraban con éxito su mirada. Tembló cuando sintió que sus manos se extendían para tocar

su frente y luego trazar el delicado contorno de sus mejillas y su barbilla. Sus dedos firmes eran fríos y su tacto suave. Recordó la sensación de los dedos quebradizos del señor Lytton sobre su muñeca y el roce de sus labios húmedos contra su mejilla. Entonces había sentido repulsión. ¿Era también repugnancia esta extraña sensación que le oprimía los miembros y aceleraba sus pulsaciones?

Por un breve instante, las manos de lord Ransbury se entretuvieron enrollando uno de sus rizos alrededor de su dedo. —¿De qué color? —murmuró.

—Como ya le he dicho, milord, su cabello es castaño oscuro, —respondió madame Duboin con evidente orgullo.

Lord Ransbury apoyó las manos en el brazo de su silla.

—Puede hacer las maletas, señorita Hartford, me la llevo conmigo esta noche. He decidido ofrecerle empleo en mi casa.

Margaret empezó a protestar porque no deseaba en absoluto trabajar en la casa de lord Ransbury. Sin embargo, no pudo expresar su desacuerdo porque madame Duboin estalló en un estridente grito de ira. —¡No estábamos de acuerdo en que se fuera de aquí! —exclamó, pero recordando las enormes sumas de dinero que ya se habían mencionado, añadió apresuradamente: —Milord, esperaba que se quedara en mi casa.

—Ciertamente puede tenerla de vuelta eventualmente, —dijo lord Ransbury con indiferencia. —Dudo que requiera de sus servicios por mucho tiempo.

Madame Duboin frunció los labios con enojo. Ella había esperado mantener a la señorita Hartford bajo su control, y estaba más que disgustada de dejar ir a tan deliciosa pieza de mercancía. —Bien, milord, no sé si deseo concluir la venta. Estamos hablando de una propiedad muy valiosa.

Lord Ransbury hizo un gesto de impaciencia. —Mi criado ha venido preparado con un giro

bancario. Estará encantado de discutir los términos de la transacción con usted, y de renegociar algunos de los detalles si le parece necesario. —No esperó la respuesta de la señora Duboin, sino que simplemente dio por sentado su acuerdo. —Necesitamos una criada para empaquetar las pertenencias de la señorita Hartford, —dijo. —Creo que sería la forma más eficaz de acelerar nuestra partida.

Madame Duboin tomó una rápida decisión. Lord Ransbury podría ser ciego, pero no parecía fácil de engañar. Su capitulación fue inesperadamente completa. Con quinientas libras en juego no tenía ningún deseo real de discutir sobre el lugar de residencia temporal de Margaret. Sonrió a lord Ransbury como si su pequeño desacuerdo nunca se hubiera producido. —Buscaré a una criada para que empaquete las pertenencias de la señorita Hartford y luego hablaré con su criado, —dijo dulcemente y partió en la búsqueda.

Margaret se quedó mirando furiosa a lord Ransbury. Apenas sabía por dónde empezar sus protestas porque no podía entender la extraña transacción financiera que acababa de producirse.

Dejando a un lado tales enigmas, no tenía ningún deseo de acompañar a un hombre que le parecía frío e insensible. Se irguió mucho para poder mirar directamente a lord Ransbury, aunque sabía que él no podía verla.

—No busco un empleo permanente, milord, —dijo. —No tengo ningún deseo de dejar a la señora Duboin. Acabo de llegar a Londres y no esperaba mudarme tan pronto.

—Está usted siendo irracional, —dijo lord Ransbury con impaciencia. —Puede que sea ciego, pero no puedo ser menos aceptable para usted que algunos de los otros clientes de la vieja bruja, además que me encargaré de que esté bien provista cuando le despida.

—¿Qué trabajo tiene en mente, milord, que ya está tan seguro de que me despedirán? He sido tolerablemente bien educada y podría resultar más que satisfactoria en el desempeño de mis tareas.

Lord Ransbury soltó una breve carcajada, carente por completo de jovialidad. —Prefiero

no revelar la naturaleza precisa de sus funciones hasta que haya tenido más tiempo para considerar el asunto, —dijo. —Su voz y su comportamiento parecen aceptables, y me atrevo a decir que ha sido bien entrenada para imitar los modales de una dama. Pero necesito explorar más a fondo las ramificaciones antes de tomar una decisión definitiva. No tiene por qué preocuparse. Decida lo que decida al final, no sufrirá por venir conmigo.

—Pero no es respetable que una joven acepte un trabajo sin averiguar antes la naturaleza exacta de sus obligaciones, —dijo Margaret. —¿Seguramente sería más apropiado que lady Ransbury, su esposa, decidiera si soy o no adecuada para el trabajo que tiene en mente?

Lord Ransbury tenía toda la apariencia de alguien estupefacto por el asombro. Cuando finalmente habló, su rostro estaba envuelto en diversión. —Su broma es… divertida… Srta. Hartford, pero se sentirá aliviada al saber que no tengo esposa.

—¡Ninguna esposa! —Margaret se horrorizó al descubrir que lord Ransbury esperaba que se fuera a vivir a un hogar de solteros. —¡No tiene ninguna esposa! —repitió. —Pero… yo no puedo trabajar en una casa que no tiene ama, —dijo. —¡Debe decirme qué espera que haga, milord!

Madame Duboin volvió a entrar en la habitación antes de que lord Ransbury pudiera responder a sus protestas. Su radiante sonrisa estaba de nuevo firmemente marcada en sus labios y Margaret no necesitó una segunda mirada para ver que no recibiría ningún apoyo de su actual empleadora. Había pensado desde el primer momento que las sonrisas de la señora Duboin guardaban poca relación con la calidez del corazón de ésta. Era demasiado perspicaz para negar la verdad evidente que tenía delante: El cheque de lord Ransbury había sido lo suficientemente grande como para comprar para él todas las sonrisas que antes se habían prodigado a Margaret.

Un hombre de aspecto voluminoso, presumiblemente el criado de lord Ransbury, se acercó a la silla de su señor. —Todo se ha arreglado de acuerdo con sus instrucciones, milord. Las pertenencias de la muchacha han sido llevadas al carruaje. ¿Puedo acompañarla a la puerta?

—Se nota su desaprobación, Sam, —dijo lord Ransbury, y Margaret se asombró al oír el calor de una risa afectuosa que burbujeaba en el fondo de su voz. Lord Ransbury se levantó e inclinó la cabeza en dirección a madame Duboin. A pesar de su ceguera, parecía tener una asombrosa capacidad para percibir dónde se encontraba la gente. —Gracias por su ayuda. ¿Puede ocuparse de que la señorita Hartford cuente con una escolta fiable hasta mi carruaje?

—Mortimer la llevará, —dijo madame Duboin. —No se preocupe, milord, ella no tendrá oportunidad de huir. —Se volvió hacia Margaret, de nuevo toda sonrisas. —Adiós, querida. Estoy segura de que serás muy feliz con milord, y espero poder darte la bienvenida de nuevo a mi pequeño establecimiento en algún momento del futuro.

—¡Pero no puedo irme así! ¡Es plena noche! —El pánico invadió por completo a Margaret. —Es decir... No tengo un abrigo, ni una capa de noche para ponerme con este vestido. —No era lo que había pretendido decir, pero su cerebro estaba entumecido por la conmoción.

—Mortimer le regalará una preciosa capa nueva de terciopelo que mandé hacer. —El criado de lord Ransbury había pagado a madame Duboin cien libras por encima de la cifra acordada y ella estaba dispuesta a ser generosa. Después de todo, la muchacha sólo poseía dos patéticos fardos de ropa raída aparte del vestido de noche blanco que llevaba puesto. Madame Duboin dio unas palmaditas a Margaret en el brazo. —Me atrevo a decir que lord Ransbury te comprará tantos vestidos bonitos como desees. —Ella tiró de los cordones de seda dorada del tirador de campana y Mortimer llegó casi de inmediato.

—Cuando haya acompañado a lord Ransbury y a su criado hasta la puerta, por favor, vaya a mis habitaciones y coja la capa de terciopelo azul que cuelga en el armario junto a la ventana. —Madame Duboin esbozó otra sonrisa aún más amplia. —Dele la capa a la señorita Hartford, que ya nos está dejando después de tan corta estancia. —Su mirada estaba repentinamente llena de advertencia. —Asegúrese de que ella vaya directamente al carruaje de lord Ransbury una vez que tenga la capa.

—Sí señora. —Mortimer se inclinó con firmeza, aunque su cerebro bullía mientras escoltaba a lord Ransbury hasta la puerta principal. Era obvio que la “vieja bruja” había vendido a la muchacha por un precio mejor del que esperaba. Parecía un gato hambriento que acabara de tragarse un plato de la mejor nata. Esperaba que Ransbury resultara ser un amante amable, ya que Mortimer no podía evitar sentir simpatía por la encantadora Margaret Hartford. ¿Tenía ella idea de en lo que se había metido? Mortimer suspiró mientras se inclinaba ante lord Ransbury y se apresuraba a ir a buscar la capa. Tenía tres hijas propias a las que casar respetablemente y no tenía tiempo para permitir que el sentimentalismo se interpusiera en el camino del beneficio empresarial. Había salido a duras penas de los barrios bajos para llegar a esta posición tan rentable y no iba a tirar por la borda el futuro de sus hijas por una joven sin nada que la recomendara excepto una dulce sonrisa y una voz suave.

—Aquí tiene, señorita, —dijo bruscamente al entrar en el salón de madame Duboin. —Aquí tiene su nueva capa.

Pudo ver que los ojos violetas de Margaret estaban llenos de miedo, así que se dio la vuelta, pero madame Duboin le habló bruscamente.

—Date prisa, Mortimer. Lleva a la señorita Hartford al carruaje de lord Ransbury. Sus caballos ya llevan demasiado esperando.

Mortimer no habló hasta que Margaret estuvo en la puerta del carruaje. —Buena suerte, señorita, —dijo aún sin mirarla a los ojos. —Siempre he oído que es un buen tipo.

Subió tranquilamente las escaleras y la puerta del club de madame Duboin se cerró de golpe, dejando al carruaje y a sus ocupantes sumidos en la oscuridad.

Capítulo



Margaret se acurrucó lo más profundamente que pudo en un rincón de la calesa. Esperaba que lord Ransbury no empezara a interrogarla, aunque por el momento parecía perdido en sus pensamientos y era poco probable que siquiera hablara. Si no hubiera sabido que tal cosa era imposible, habría dicho que él se había olvidado de su presencia.

Estudió el perfil de lord Ransbury con disimulado interés. Aunque ya había tomado la decisión de escapar de él lo antes posible, no podía negar la fascinación que ejercían sus rasgos austeros y las tentadoras gafas negras. Se preguntó de que color serían sus ojos.

En cuanto se dio cuenta de por dónde vagaban sus pensamientos, intentó forzar su mente para volver a planear su huida, pero abandonó rápidamente sus inútiles esfuerzos. Era imposible hacer planes detallados antes de haber visto su casa.

A pesar de toda la agitación de su corta estancia en Londres, sintió que ya había aprendido una valiosa lección. En el futuro tendría que ser más cuidadosa a la hora de elegir su alojamiento. Huir no era un hábito que pudiera permitirse durante mucho tiempo.

Inconscientemente su mano se movió hacia la preciada bolsa de monedas, aún metida en los bolsillos de su enagua. Era tranquilizador oír el suave tintineo de las monedas entrechocando,

y sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar a su madre, arriesgándose a la ira de su marido para ayudar a escapar a su hija.

—¿Contando sus ganancias, querida? —La sarcástica pregunta de lord Ransbury sacó a Margaret de su nostálgica ensoñación.

—No, milord, —contestó ella brevemente. —Como la señora Duboin y yo le informamos, no estuve con ella el tiempo suficiente para ganar ningún pago.

—Recuerdo lo que ambas dijeron. —Ella distinguió perfectamente el énfasis satírico en esa frase, y empezó a protestar indignada, resentida por su insinuación de que no siempre decía la verdad, pero la protesta murió en sus labios. No decía mentiras descaradas, pero era culpable de mentir implícitamente. Margaret se miró las manos con nostalgia. Si la vida dentro de la mansión Hartford había sido aburrida, la vida fuera de ella estaba resultando inesperadamente complicada.

—¿Nada que decir, señorita Hartford? —La voz de lord Ransbury, llena de burla, enfatizó su silencio.

—Estoy cansada milord. Estoy deseando retirarme a mi habitación y descansar un poco.

—Aunque esté agotada, señorita Hartford, seguramente esperaría que la mayoría de los hombres insistieran en disfrutar de un rendimiento inmediato de su inversión.

Ella le miró sin comprender, empezaba a estar muy cansada de la gente que hablaba con acertijos. ¿Quería él mantenerla despierta hablando de inversiones a estas horas de la noche? ¿O estaba sugiriendo realmente, como parecía, que ella era su inversión? Ella sabía que él había dado dinero a la señora Duboin, y por un momento un pánico ciego atenazó los músculos de su estómago. La esclavitud había sido abolida en el Imperio Británico, pero ¿estaba queriendo decir que ella había sido comprada?

—No puedo ni empezar a imaginar lo que quiere insinuar, milord. —Intentó sonar firme,

aunque estaba segura de que él detectaría el temblor que acechaba en el fondo de su voz. —Es demasiado tarde por la noche como para ponerse a resolver acertijos.

—No hace falta que se moleste en protestar, querida. Mis planes para ti no incluyen visitas nocturnas. Al menos por ahora.

El carruaje se detuvo bruscamente, impidiendo la necesidad de cualquier respuesta, lo cual fue una suerte, ya que Margaret, una vez más, no tenía ni idea de qué decir. El cochero abrió la puerta del carruaje y esperó cortésmente a que Margaret se apeara. En cuanto estuvo en la acera se volvió para ofrecer ayuda a lord Ransbury. Podía ser desagradable, pero también era ciego y Margaret no pudo reprimir su simpatía por su difícil situación.

Lord Ransbury extendió la mano y se encontró con la suave piel de cabrito de los dedos enguantados de Margaret en lugar del robusto brazo del cochero.

—¿Me permite que le guíe, milord? —Su voz era suave. Lord Ransbury había hecho poca referencia a su ceguera pero ella sospechaba que la pérdida de la vista era un hecho reciente y uno, además, con el que estaba lejos de reconciliarse.

—Mi cochero es perfectamente capaz de hacerlo, —dijo secamente lord Ransbury.

Ella aceptó el desaire sin protestar y siguió a su empleador -su aspirante a empleador, se corrigió a sí misma- por el escaso tramo de escalones hasta su puerta principal.

Era una entrada maciza, pintada de negro ébano y flanqueada por pilares revestidos de mármol. La puerta se abrió de golpe en cuanto llegaron al último escalón y les recibió una mujer de mediana edad, vestida con sobriedad y rostro severo. Afortunadamente para su tranquilidad, Margaret estaba demasiado fatigada para empezar a preguntarse por qué un aristócrata, con los aparentes medios de lord Ransbury, elegiría que una sirvienta atendiera su puerta principal. Cualquiera con la menor pretensión de gentilidad contrataría a un mayordomo precisamente con ese fin. Aparte del ama de llaves y Sam, no parecía haber más criados en la enorme casa, por lo que Margaret decidió que debían de estar todos en la cama.

Lord Ransbury no hizo ningún esfuerzo por presentarle al ama de llaves ni por familiarizarla con su entorno. Simplemente se detuvo bruscamente en medio del largo vestíbulo y habló sin volverse para mirarla. —Buenas noches, señorita Hartford. La señora Mayer la llevará a su habitación.

Esperó a que Margaret hubiera cruzado el pulido vestíbulo y se hubiera reunido con el ama de llaves al pie del tramo de escaleras.

—¡Señorita Hartford! —la llamó suavemente y por alguna razón ella se estremeció cuando pronunció su nombre. —Si estuviera contemplando la posibilidad de huir, ¿puedo darle un consejo para que reflexione durante la noche? No lo intente, señorita Hartford. No veo con buenos ojos las inversiones malgastadas y mi inversión en usted, querida, es considerable.

—Simplemente estoy deseando dormir bien, milord. —Estaba tan enfadada por su arrogancia de modales que suprimió convenientemente todo recuerdo de su decisión de huir.

—Entonces supongo que tendré el placer de entrevistarme con usted en mi biblioteca mañana a las diez de la mañana. —Lord Ransbury no se molestó en ocultar la ironía de sus palabras. —La señora Mayer le ayudará para que acuda puntualmente a la cita.

—Sí, eso haré, milord. —La voz de la señora Mayer no estaba a la altura de lo acogedor de su aspecto. Era tan plana y fría como la de su señor. —Si me sigue, señorita, le mostraré su habitación.



Margaret se despertó cuando la luz del sol se filtró por una rendija de los postigos. Permaneció quieta en la cama, escuchando el ruido de las ruedas de los carruajes de hierro rodando por las calles empedradas. Un vistazo a su reloj le indicó que eran más de las nueve y se sorprendió al

comprobar que había dormido durante las ruidosas horas de la madrugada. Justo cuando empezaba a levantarse de la cama, llamaron brevemente a la puerta y la señora Mayer entró en el dormitorio.

—Le he traído té, señorita, y agua para lavarse. Será mejor que se dé prisa, a Milord no le gusta que le hagan esperar.

Salió de la habitación sin molestarse en averiguar si Margaret tenía algún comentario que hacer sobre estas instrucciones.

Margaret, en cualquier caso, no tenía nada que decir. Se sintió invadida por el lujo de desayunar en su habitación. Sorbió el té caliente y masticó una tostada, maravillada por las generosas raciones de comida que se servían tanto aquí como en la casa de madame Duboin. Comió rápidamente y luego cruzó hasta el lavabo de mármol donde la señora Mayer había dejado la jarra de porcelana pintada y llena de agua. Todavía salía vapor del agua caliente y perfumada, y pensó para sus adentros lo afortunados que parecían ser los londinenses. Sabía que no debía quedarse en casa de lord Ransbury pero, mientras descubría las alegrías de lavarse sin casi congelarse, se permitió albergar la esperanza de que su eventual empleador fuera un londinense moldeado en el mismo molde extravagante que la señora Duboin.

Cuando estuvo lavada y vestida con su mejor corpiño negro y su falda de lana, se sentó frente al gran espejo para peinarse. Se dio cien pasadas como le había enseñado mamá y luego, en un gesto de desafío hacia el ausente sir Leopold, se enrolló los rizos en una suave espiral castaña en la nuca. Añadió su mejor cuello y puños de encaje blanco al sobrio traje negro y sintió un estallido de confianza cuando se miró en el espejo. Sabía tan poco de moda que decidió que estaba bastante elegante. La gente de la mansión Hartford apenas reconocería a esta criatura de ojos brillantes y cabello suavemente rizado.

No tuvo oportunidad de preguntarse por qué su aspecto se había convertido de repente en un asunto de tanta importancia, porque la señora Mayer apareció en el dormitorio justo cuando

estaba dando el último tirón a sus faldas.

—¿Podría acompañarme, señorita? —preguntó, indicando con sus modales que Margaret no tenía elección en el asunto. —A milord no le gusta que le hagan esperar.

Siguió a la señora Mayer escaleras abajo, tan perdida en sus pensamientos que olvidó prestar atención a la distribución de la casa. Se reprendió a sí misma con rabia cuando el ama de llaves se detuvo y llamó a la puerta del estudio. ¿Cómo iba a encontrar una vía de escape si seguía permitiendo que su atención vagara?

—¡Entre! —La cortante orden de lord Ransbury añadió un nuevo acicate a su ira. No había escapado de un tirano en la mansión Hartford simplemente para caer en manos de otro en Londres.

Entró en el estudio con ánimo rebelde, pero se quedó quieta cuando vio a lord Ransbury. Estaba inclinado junto a una ventana con parteluz que daba al pequeño jardín. Sus ojos, enmascarados por unas gafas tintadas de oscuro, miraban sin ver a través de los parterres vacíos y la hierba lisa y cortada. Una masa de narcisos, desafiando el viento de marzo, formaba una salpicadura de color turbulento en un rincón lejano del jardín. Margaret, al contemplar las flores, olvidó todas las razones por las que lord Ransbury debía desagradarle y sintió que su corazón se estremecía de compasión por todo lo que había perdido.

—Los narcisos son muy hermosos, milord. ¿Le han dicho sus jardineros que están en plena floración? —Ella misma no sabía por qué quería compartir con él aquella danzante salpicadura de color.

Él se apartó lentamente de la ventana y ella adivinó la inexplicable oleada de conmoción que pareció atravesarle al darse la vuelta. Sus gafas oscuras formaban una barrera impenetrable frente a sus ojos, pero a la brillante luz de la mañana ella pudo ver, como no había visto la noche anterior, que su rostro estaba pálido y que alrededor de la nariz y la boca tenía grabadas líneas de tensión.

Ignoró su comentario sobre las flores. —Confío en que haya dormido bien, señorita Hartford. —No esperó a que ella respondiera. —Puede sentarse si lo desea, yo prefiero permanecer de pie.

Ella se hundió en una silla cercana. Era más fácil sentarse que permanecer de pie, más aún cuando la fría voz hizo que le temblaran las piernas con desagradables recuerdos de encuentros similares con su padre. —¿Por qué ha venido a Londres, señorita Hartford? —preguntó con una brusquedad que hizo añicos los restos de su compostura. —¿Por qué ha abandonado la protección de su familia?

Ella ya había decidido ser breve en sus respuestas. Así había menos posibilidades de enredarse en sus propias mentiras. —Mi madre ya no podía mantenerme en casa, milord, así que me marché para encontrar empleo en la capital. —Eso, al menos, era casi cierto.

—¿Sabe su madre la naturaleza de su empleo actual? ¿Sabe ella de su estancia en la casa de madame Duboin?

—No, desde luego que no, milord. —Esta vez no hubo error en la ferviente sinceridad de su respuesta. —Mi familia no aprobaría el juego y otras formas semejantes de entretenimiento despilfarrador.

Lord Ransbury esbozó una breve y fría sonrisa. —Por fin el timbre de la sinceridad. Quizá, después de todo, madame Duboin no mentía cuando afirmó que usted era recién llegada del campo. —A Margaret le pareció que lord Ransbury la miraba fijamente, como deseando que sus ojos ciegos vieran. —¿Cómo demonios acabó en su casa?

—Me la recomendaron, —dijo Margaret con rigidez. —Y si le place, milord, preferiría discutir los detalles del trabajo que tiene para mí, antes que los detalles de mi pasado.

—Eso bien puedo creerlo. —De nuevo no intentó ocultar su desdén. —Dígame, señorita Hartford, ¿ha asistido usted a la escuela? ¿Tiene usted todos los logros femeninos habituales?

—Fui instruida principalmente por mi madre. Ella se esforzó mucho pero no creo que tenga mucho talento natural para las acuarelas y para tocar el pianoforte.

—Sus talentos indudablemente yacen en otras direcciones. —Lord Ransbury se sentó de repente ante su escritorio. A Margaret se le ocurrió, mientras observaba sus rápidos movimientos, que en otro tiempo debió de ser un hombre muy enérgico y atlético.

—Señorita Hartford, quiero estar completamente seguro de que no ha habido ningún malentendido. Me parece que usted es todo lo que la señora Duboin afirmaba: joven, inocente, educada y definitivamente una dama. ¿Está segura de que sabía exactamente lo que implicaban sus condiciones de empleo con madame Duboin?

—Naturalmente que sabía lo que implicaban. ¿Cómo iba a aceptar un trabajo sin discutir primero las condiciones de mi empleo? madame Duboin me explicó muy detalladamente lo que se esperaba de mí y lo que los caballeros, sus clientes, esperarían.

—Hablemos con franqueza, señorita Hartford. ¿No sintió ningún escrúpulo al trabajar en un lugar así?

—Tengo que ganarme la vida, —dijo ella con frialdad. —No siempre podemos ser tan quisquillosos como desearíamos en nuestra elección de ocupación.

Mientras ella hablaba, lord Ransbury aparentemente tomó una decisión. Dejó de hacer malabarismos con la pluma de acero dispuesta sobre su escritorio y se levantó con renovada decisión.

—Está lejos de mí, señorita Hartford, inculcarle unos escrúpulos de los que parece carecer. Su profesión la convierte en una herramienta conveniente para mis propósitos y una herramienta, además, que puedo utilizar sin reparos. Casi había desesperado de encontrar a alguien capaz de proyectar su aura de gentileza. El de la señora Duboin no era ni mucho menos el primer establecimiento que visitaba en el curso de mi búsqueda. Y he perdido la cuenta del número de actrices a las que he entrevistado.

—¡Actrices! —intervino Margaret con tono horrorizado. —No creo que sea adecuada para ningún trabajo que requiera una actriz, milord. —Ya era bastante malo que hubiera quebrantado todas las normas familiares y se hubiera dedicado a un empleo remunerado en un club privado. Aparecer en el escenario público era impensable, a pesar de que ya había roto tantas reglas.

Lord Ransbury se volvió al oír su voz indignada y luego rio con reticente diversión. —Realmente es usted una criatura de lo más extraña, —dijo, con voz cálida por la risa. —Pero no hay motivo para alarmarse. Deseo que represente su papel en un escenario muy pequeño. De hecho, va a acompañarme a mi casa en el campo.

—Oh, —dijo Margaret, sintiéndose decepcionada por dejar Londres, hasta que recordó que, por supuesto, sólo estaba fingiendo aceptar este misterioso trabajo. Sonrió alegremente, ansiosa por adelantarse a cualquiera de las persistentes sospechas de lord Ransbury. No quería que los criados recibieran órdenes de mantener las puertas exteriores de la casa permanentemente cerradas. —Bien, —dijo, haciendo todo lo posible por sonar alegre. —Será agradable pasar la primavera en el campo. ¿Dónde está su casa, milord?

—En Berkshire, —dijo él brevemente, y Margaret se alegró de que él no pudiera ver su expresión consternada. Menos mal que no tenía que aceptar este trabajo. De todos los condados de Inglaterra, ¡qué mala suerte que él procediera del mismo que su propia familia! Estaba tan preocupada por sus propias inquietudes que no se dio cuenta de que lord Ransbury había perdido parte de su seguridad en sí mismo.

—Voy a tener que confiarle cierta información personal, —dijo por fin lord Ransbury. —Me resisto a hacerlo, por razones obvias, y uno de mis requisitos para ofrecerle este trabajo es que se comprometa a abandonar el país una vez que finalice su periodo de empleo conmigo. ¿Le parece aceptable?

Margaret se erizó de indignación. —¡Desde luego que no! —dijo antes de recordar que se suponía que estaba de acuerdo con todo lo que él decía. Se corrigió apresuradamente. —Es decir,

milord, no puedo imaginar por qué sería necesario abandonar Inglaterra. ¿Dónde debería ir y cómo me mantendría lejos de mi tierra natal?

—Ah, —dijo lord Ransbury con cínica satisfacción. —Me alegro de que hayamos llegado tan rápidamente al meollo del asunto. Le gratificará saber que pienso adelantarle mil libras cuando su trabajo conmigo haya concluido satisfactoriamente.

—¡Mil libras! —exclamó Margaret con todo el asombro que cabía esperar. Se preguntaba si en Londres todo el mundo tiraba el dinero de esta manera tan extraordinaria. Primero madame Duboin le ofrecía dos libras al mes por servir el té y sonreír a unos cuantos caballeros. Ahora lord Ransbury le ofrecía mil libras por… ¿por qué? Sus pensamientos se sumieron en la incertidumbre. —¿Mil libras por qué, Milord?

—Primero debo tener su promesa, —dijo lord Ransbury. —Puede ir a Europa, o a Canadá si prefiere oír hablar inglés. Incluso podría ir a Estados Unidos si le apetece visitar el país de la libertad.

Margaret olvidó que aquella entrevista formaba parte de una farsa y que abandonaría a lord Ransbury antes del anochecer. —¿Quiere decir que podría viajar a Italia, a Roma o Atenas? ¿A algún lugar así?

—Si así lo desea. Aunque imagino que París está más en su línea. ¿Qué encontraría para hacer una joven como usted en Atenas, o en Roma?

—Podría estudiar las ruinas clásicas, —dijo Margaret con gran dignidad. —Ha sido un deseo particular mío inspeccionar las antigüedades de Roma desde que leí por primera vez “Decadencia y caída del Imperio Romano” del señor Gibbon.

—Por supuesto —dijo. —Me sorprende que no se me ocurriera tal motivo, dada la naturaleza del establecimiento donde nos encontramos. —Hizo un repentino gesto de irritación con las manos. —Volviendo al asunto que nos ocupa. ¿Supongo que estamos de acuerdo en que abandonará Inglaterra una vez que termine su trabajo conmigo?

Margaret cruzó las manos mansamente sobre su regazo. —Sí, milord. —Puesto que no tenía intención de empezar a trabajar para lord Ransbury, su respuesta no era exactamente una mentira. —Pero aún no me ha dicho qué debo hacer por usted.

—Probablemente se habrá preguntado cómo llegué a perder la vista, —dijo. —Puede que haya adivinado que fue un suceso reciente. Hubo un incendio en los establos de Ransbury Hall y uno de los caballos presa del pánico me dejó inconsciente. Mi mozo de cuadra me encontró en el suelo del guadarnés y me arrastró hasta un lugar seguro justo antes de que todo el establo sucumbiera bajo las llamas. —Su boca se torció en una sonrisa amargamente burlona. —Mis médicos me aseguran que tengo suerte de no haber sufrido quemaduras más graves. Al parecer, mi cabeza estaba protegida de las llamas por una pesada silla de montar que me cayó encima. La silla de montar, sin embargo, parece haberme asestado un golpe que afecta a los nervios ópticos, así que no estoy seguro de considerarme tan afortunado como los médicos aseguran que soy.

Margaret le miró con auténtica simpatía. —Es aún más difícil soportar la desgracia cuando los que nos rodean no aceptan que tenemos derecho a ser desgraciados, —le dijo. Comprendió instintivamente que para un hombre de la inquieta vitalidad de lord Ransbury, la ceguera debía parecer una carga intolerable.

—¿No hay esperanza de que su vista pueda volver tan repentinamente como le abandonó, milord?

—He descubierto, —dijo secamente lord Ransbury, —que hay no pocos profesionales más adeptos a cubrir sus apuestas que un grupo de médicos llamados a consulta. Puede elegir la respuesta a esa pregunta, señorita Hartford. Elija a su médico o cirujano y podrá oír la respuesta que desee.

—Entonces no debe perder la esperanza, —dijo Margaret.

—No he perdido la esperanza, —dijo lord Ransbury. —Los que me rodean, sin embargo, parecen menos optimistas sobre mis posibilidades de volver a una forma de vida normal. Y eso,

señorita Hartford, es en parte por lo que la he buscado a usted.

—¿Cómo es eso, milord?

—En el momento del accidente estaba prometido a la señorita Harriet Norbet, la hija de un vecino, el honorable Richard Norbet. —Hizo una pausa inseguro. —Sigo prometido a la señorita Norbet, pero ella preferiría que la liberaran de su compromiso. Me ha dejado claro de cien maneras diferentes que aborrece la idea de casarse con alguien que es ciego. Me he ofrecido varias veces a liberarla de su compromiso conmigo y sé que quiere ser libre. Sus padres, sin embargo, no nos permitirán romper el compromiso. El honorable Richard está en apuros económicos y sus circunstancias no permiten que Harriet dé la espalda a un partido tan espléndido como el mío, simplemente porque se ha vuelto aprensiva ante la idea de casarse con un hombre ciego.

—Ya veo, —dijo Margaret, dividida entre el disgusto por la caprichosa señorita Norbet y la simpatía por una compañera de fatigas. Después de todo, ella sabía demasiado bien lo que significaba ser amedrentada por un padre insensible.

—¿Lo ve? —preguntó lord Ransbury. —De alguna manera dudo que las sensibilidades de Harriet puedan ser comprendidas por alguien que no las haya experimentado de primera mano. Casi para sus adentros añadió murmurando: —Nunca habría sospechado su verdadera naturaleza de no haber sido por mi accidente.

—¿Pero tiene algún plan para liberarse de este compromiso? —preguntó Margaret.

Lord Ransbury permitió que una leve sonrisa torciera su boca. —¡Oh, sí! Claro que tengo un plan. Dejé Ransbury hace cinco semanas, anunciando que buscaba tratamiento con los especialistas de Londres, y pienso regresar allí con una esposa. Si ya estoy casado, no se puede esperar que cumpla mis proposiciones a Harriet.

—No creo que eso sea muy justo para su nueva esposa, milord. Habrá un escándalo y su desafortunada esposa estará en el centro de la tormenta. Imagínese lo incómodo que será para

una joven encontrarse en un nuevo hogar y rechazada por todos sus vecinos.

—Muy cierto, señorita Hartford, pero me he asegurado de que mi futura esposa sea menos sensible que la mayoría de las jóvenes. De hecho, he decidido que mi esposa no sea una dama en absoluto. Verá, señorita Hartford, pienso regresar a Ransbury con una "esposa", pero no tengo intención de completar la formalidad de una ceremonia nupcial.

Margaret arrugó la frente, perpleja. —Si no tiene una ceremonia nupcial, milord, no estará casado.

Lord Ransbury sonrió. —Precisamente, señorita Hartford. Para liberarme de Harriet necesito estar casado, pero no tengo ningún deseo de tener una esposa. Con su rápido ingenio, señorita Hartford, estoy seguro de que ha deducido su posible papel en este asunto. Deseo que sea mi esposa. Sin la formalidad de una ceremonia matrimonial, por supuesto.

Margaret se levantó de la silla y juntó las manos delante de ella. Se alegró al descubrir que sus temblorosas rodillas la sostenían bastante bien. —Tal vez, milord, no comprenda del todo el alcance de su insulto. Sería caritativo pensar que el golpe en la cabeza le ha afectado tanto al juicio como a la vista. ¿Cómo ha podido ofrecer una sugerencia tan impropia a una dama que se encuentra sola y desprotegida en su casa? Debo pedirle permiso para marcharme de inmediato, milord.

Se volvió para "mirar" fijamente a Margaret. Ni siquiera las gafas oscuras podían ocultar la irritación y el desconcierto mezclados que llevaba escritos en el rostro. —Vamos, señorita Hartford, no nos andemos con juegos infantiles. Considero mi oferta en la naturaleza de un cumplido a su excelente porte. ¿Dónde está el deshonor en sacarla del establecimiento de madame Duboin y ofrecerle unos meses de empleo en mi propia casa? De hecho, me parece que estoy depositando un halagador grado de confianza en su honestidad básica y su buena naturaleza.

—No debería necesitar recordarle, lord Ransbury, que el honor de una dama se ve

irremediablemente comprometido si entra… en el tipo de arreglo que usted está sugiriendo.

Lord Ransbury hizo caer su puño sobre el escritorio con un fuerte golpe. —¡Maldita sea, mujer! ¿Está sugiriendo que trabajar en casa de madame Duboin realza el honor de una mujer?

Los ojos de Margaret destellaron fuego. —No espero que me griten, milord, y la ceguera no excusa para un caballero que profiere blasfemias en presencia de una dama. —Levantó la vista y vislumbró la exasperación de lord Ransbury y recuperó el control antes de que pudiera soltar más improperios. ¿Qué estaba haciendo, discutiendo con lord Ransbury de esta manera tan perversa? Volvió a sentarse en la silla y trató de controlar el temblor de ira que persistía en su voz. Necesitaba adormecer sus sospechas, no provocar su ira.

—Tal vez sería mejor que no habláramos más de mi empleo con madame Duboin, milord, ya que parece fomentar los malentendidos entre nosotros. Pero no me gusta la idea de desempeñar el papel de su esposa, milord, así que preferiría recoger mis pertenencias y marcharme de aquí, si es tan amable.

—Ha sido difícil encontrar a alguien adecuada para el papel, señorita Hartford, y no creo que se haya tomado el tiempo necesario para considerar todas las ventajas. ¿Puedo recordarle una vez más las mil libras que serán suyas una vez que esta pequeña pantomima haya logrado su propósito?

Ella fingió considerar su oferta. —Mil libras es mucho dinero. Tal vez, una vez que me acostumbre a la idea, no me resultaría imposible interpretar el papel de su esposa.

Su sonrisa era totalmente cínica. —Me alivia que haya aceptado tan rápidamente mi forma de pensar, señorita Hartford. Puesto que ninguno de los dos queremos que este matrimonio ficticio dure mucho tiempo, ¿le gustaría oír los planes que he hecho para ponerle fin?

—Sí, por favor. —Hizo todo lo posible por sonar entusiasmada. Cuanto antes terminara esta entrevista, antes podría empezar a planear su huida.

—Tan pronto como se haya aclarado la situación con la señorita Norbet, nos iremos juntos a una luna de miel retrasada. Iremos a Roma, Atenas, donde usted desee. Mientras estemos allí, usted caerá fulminada por una trágica fiebre y yo regresaré a Berkshire solo, un viudo afligido.

—¿Y qué hay de mí, milord?

Se encogió de hombros. —Usted se quedará mil libras más rica en la ciudad que haya elegido. Si pasamos juntos unas semanas de vacaciones allí, tendrá tiempo de establecerse en la comunidad local. Y podré añadir detalles precisos a mi triste relato de nuestros últimos días juntos.

Margaret tragó saliva con dificultad. Sospechaba que no le estaba diciendo la verdad. No importaba, por supuesto, porque ella no quería formar parte de sus intrigas, pero supuso que sería un hombre peligroso al que engañar. Sabía que su voz sonaba sin aliento cuando por fin habló, pero tembló al contemplar las consecuencias si lord Ransbury descubría que le estaba engañando deliberadamente. Hizo todo lo posible por parecer una mujer a la que sólo le interesaba el dinero.

—Muy bien, milord. Haré lo que me pide y le acompañaré a Berkshire como su esposa. —Con un toque de astucia que no había sospechado que poseía, le presionó para que le diera garantías sobre el dinero que le había prometido. —¿Cómo sé que cumplirá su palabra y me pagará mil libras?

Lord Ransbury se acercó a la chimenea y tiró de una pesada manivela. —Mientras permanezca conmigo, le daré cinco guineas cada semana como prueba de mi buena fe. Dudo que pudieras ganar tanto en otro sitio, así que no perderás nada. El resto del dinero se te pagará cuando nos separemos. —Él sonrió, aunque ella no pudo detectar ninguna alegría en los labios tensos. —Tendrá que confiar en mí hasta cierto punto, señorita Hartford. Igual que yo tendré que confiar en usted. Hasta cierto punto.

Se oyó un golpecito en la puerta y, a una orden de lord Ransbury, el ama de llaves entró en el estudio. Esperó justo al otro lado de la puerta y los oscuros ojos de lord Ransbury se volvieron

en su dirección. Margaret volvió a quedar impresionada por el poder que emanaba de aquel hombre cegado.

—¿Qué lleva puesto la señorita Hartford, señora Mayer?

El ama de llaves no dio señales de que las preguntas le parecieran extrañas. —Una falda negra y un corpiño de seda, milord. Cuello y puños de encaje blanco. Buen encaje, pero la falda está escandalosamente pasada de moda.

—Usted se encargará de la modista esta tarde, señora Mayer. Un traje de viaje, tres vestidos de mañana, dos de tarde y una selección de vestidos de noche. No necesito recordarle que la modista debe ser hábil, pero no una que sea patrocinada por las matronas de moda de la sociedad londinense.

—No, milord, no hace falta que me lo recuerde. —La señora Mayer alisó sus manos sobre su pulcro delantal negro. —Se necesitarán batas de cama, milord y varios otros artículos de naturaleza similar si se quiere evitar que las criadas de la mansión cotilleen.

Lord Ransbury apartó la mirada de la señora Mayer y la dirigió hacia Margaret. Su boca se había relajado de nuevo en la más leve sugerencia de buen humor.

—Dios sabe que no podemos tener a las criadas de Ransbury discutiendo sobre la falta de ropa de cama de la señorita Hartford. ¿Tal vez sería tan amable de comprar los artículos necesarios con un estilo adecuadamente frívolo?

—Sí, milord. ¿Llevo ahora a la señorita Hartford a su habitación?

—Muy bien, —dijo lord Ransbury. —Espero volver a ver a la señorita Hartford mañana por la mañana, para poder empezar a instruirla en algunos de los asuntos que necesitará saber antes de llegar a Ransbury.

La señora Mayer no miró a Margaret cuando le habló. —¿Me sigue, señorita? Me gustaría servirle el almuerzo antes de que llegue la modista.

Margaret empezó a protestar y luego desistió del intento. No había razón para insistir en aclarar las cosas con lord Ransbury cuando ella planeaba estar fuera de la casa en los próximos minutos. Sonrió dulcemente a lord Ransbury, olvidando que él no podía ver esta muestra de su docilidad.

Espero con impaciencia nuestro próximo encuentro, milord, —dijo y siguió a la señora Mayer fuera de la habitación.

El ama de llaves, que ya había demostrado ser una mujer de pocas palabras, condujo a Margaret por la estrecha escalera en silencio. La distribución de la casa era más compleja de lo que Margaret había imaginado y no pudo ver otra salida que la del vestíbulo principal. La señora Mayer ya estaba abriendo la puerta del dormitorio de Margaret.

—Le subirán la comida dentro de unos minutos, señorita, —le dijo. —La modista llegará en breve. ¿Desea algo más, señorita?

—No, gracias. —Margaret sonrió alegremente, como si la vida no pudiera depararle una perspectiva más interesante que un tranquilo almuerzo, seguido de una sesión con la modista. Interiormente se preocupó por el poco tiempo disponible para hacer su escapada. ¿Cuánto tiempo pasaría entre la llegada de la señora Mayer con el almuerzo y la aparición de la modista? Volvió a sonreír, tragándose los nervios lo mejor que pudo. —Casi acabo de terminar de desayunar y ya ha llegado la hora de comer.

—No hay razón para que tenga hambre, señorita. Lord Ransbury no querría eso. —La señora Mayer no respondió a las sonrisas de Margaret y salió enérgicamente de la habitación. Se oyó un clic y una ligera pausa antes de que sus firmes pasos se desvanecieran.

Margaret adivinó el significado del clic en cuanto lo oyó y se precipitó hacia la puerta, tirando de su delicado pomo de porcelana, para acto seguido golpear con los puños los sólidos paneles de caoba. Sus acciones no tuvieron más efecto que magullarle los dedos, porque la puerta estaba firmemente cerrada.

Voló hacia la ventana apartando las gruesas cortinas de encaje que le impedían ver el mundo exterior. Los cristales estaban enrejados con bandas de hierro muy funcionales. Desesperada, probó los inflexibles barrotes. El hierro era tan nuevo que ni siquiera había empezado a oxidarse.

Se tumbó en la cama porque de repente sus piernas eran demasiado débiles para sostenerla. ¡Estaba encerrada en una lujosa prisión ideada por un noble ciego de dudosa cordura y moral aún más dudosa!

Estaba demasiado asustada para llorar y, desde luego, demasiado asustada para planear con calma. Intentó consolarse con el pensamiento de que lord Ransbury tenía obviamente la intención de alimentarla y vestirla, lo que no parecían las acciones de un loco empeñado en la muerte y la destrucción.

Tras quince minutos de preocupación cada vez más histérica, decidió sentarse en la silla junto al fuego y esperar a que llegara el almuerzo.

No parecía que pudiera hacer mucho más.

Capítulo

6

Los planes de huida de Margaret no llegaron a realizarse. El carruaje de viaje de lord Ransbury llegó a la puerta principal cinco semanas después de su huida de Hartford Manor y, con la llegada del carruaje, se desvaneció su última esperanza de libertad. La señora Mayer y Sam, el mozo de cuadra, la escoltaron fuera de la casa, cada uno sujetando firmemente uno de los brazos de Margaret. Tuvo una breve visión de la ajetreada calle londinense antes de quedar encerrada en el interior del carruaje con la única compañía de lord Ransbury.

Estaba decidida a no hablar con su patrón -carcelero habría sido un título más acertado, pensó con enfado-, así que no podía hacer otra cosa que mirar por la ventanilla del carruaje, con la barbilla levantada en un gesto de desafío. Reflexionó sobre el desagradable hecho de que durante cinco semanas enteras ni una sola vez había estado a punto de lograr escapar de las garras de lord Ransbury. Cerró su mente a la sugerencia lanzada por su conciencia cansinamente activa, de que si se hubiera esforzado un poco más, habría tenido más probabilidades de éxito.

Durante su cautiverio, la mayor parte de los días se había consumido en sesiones con la modista, una mujer corpulenta cuyas propias prendas pasadas de moda no daban idea de los magistrales conjuntos que era capaz de crear. Margaret dejó que sus dedos rozaran suavemente la

cachemira de su nuevo traje de viaje gris. No podía disimular el placer que le producía ver cómo los suaves pliegues se acomodaban sobre los aros de su miriñaque, aunque se estremeció ante lo impropio de permitir que lord Ransbury le comprara la ropa.

El carruaje se detuvo un momento en un cruce muy transitado y Margaret observó cómo un joven vendedor de magdalenas pregonaba su mercancía por la calle. Apenas era consciente de la escena que tenía ante sus ojos mientras revivía las frustraciones de las últimas semanas. Cuando no había estado ocupada con la modista, la señora Mayer, Sam y lord Ransbury habían conspirado para que nunca estuviera sola. Si se retiraba a su dormitorio, la puerta estaba cerrada con llave. Si sugería dar un paseo, el novio la llevaba al pequeño jardín trasero. Sus peticiones para explorar Londres eran cortésmente rechazadas, aunque de vez en cuando la llevaban en el carruaje.

La supervisión constante se ejerció sutilmente al principio, pero cuando Margaret protestó por su estado de cautiverio, lord Ransbury abandonó la pretensión de libertad. Fue bien tratada y cortésmente atendida, sin embargo, ya no se ocultaba el hecho de que estaba prisionera en su casa.

En su primer domingo de cautiverio había pedido permiso para asistir a un servicio religioso. Lord Ransbury denegó su petición con un brusco movimiento de cabeza. —No puedo permitirlo, —dijo cuando ella repitió su súplica. —No podríamos supervisarte adecuadamente en una Iglesia y ahora no hay tiempo para encontrar una sustituta. Eres perfecta para el papel y necesito tus servicios. Aún espero adquirirlos de buen grado -debe admitir que le estoy pagando generosamente- pero forzaré su cooperación si es necesario.

Llevada más allá de la prudencia, había estallado en una apasionada protesta. —¿Cómo sabe que no destruiré todo su plan una vez que lleguemos a Ransbury Hall? ¿Qué me impedirá decirle a Harriet Norbet que en realidad no estamos casados y que mi presencia no es más que un truco para engañarla?

Su rostro delataba que le habían sobresaltado sus palabras, como si no hubiera pensado en tal eventualidad en toda su inteligente planificación. Sin embargo, no había ningún atisbo de incertidumbre en su voz cuando finalmente habló.

—Creo que será lo bastante inteligente como para abstenerse de hacer algo tan insensato, señorita Hartford. Después de todo, si hace lo que le ordeno, saldrá considerablemente beneficiada. ¿Qué razón podría tener para arruinar mis planes cuando ningún beneficio le reportaría? Sea razonable, señorita Hartford. Por alguna razón me ha tomado aversión, pero le estoy ofreciendo un hogar confortable y la oportunidad de un excelente nido. Madame Duboin nunca podría haberle ofrecido tanto. ¿Por qué persiste en tratar de frustrarme a cada paso?

Cuando lord Ransbury le hablaba de esta manera tan tranquilizadora, Margaret se encontraba arrullada por la aceptación temporal de su suerte. Se permitió soñar despierta con la idea de abrir una escuela en algún lugar de Italia y se recordó a sí misma que, aunque escapara de lord Ransbury, nunca podría volver con su familia. Su padre ya no tendría ningún interés en ella, salvo repudiarla públicamente. Cuando sus reflexiones se volvían demasiado sombrías, se consolaba con el pensamiento de que al menos ya no había peligro de que el señor Lytton quisiera casarse con ella.

A pesar de sus ensoñaciones ocasionales, Margaret era lo bastante sabia como para saber que lord Ransbury le estaba mintiendo. Tenía poca experiencia del mundo, pero su sentido común le advertía de que sus preparativos eran demasiado meticulosos para un hombre que sólo deseaba librarse de una prometida incómoda.

Intentó de vez en cuando descubrir cuáles podían ser sus verdaderas razones para adquirir una “novia”, pero siempre se topaba con un impenetrable muro de silencio. Lord Ransbury estaba lleno de información sobre sus días en la escuela, sus años de servicio militar y la historia de Ransbury Hall. Pero sus relatos, por muy vívidos que fueran, no dejaban entrever ninguna razón real que pudiera tener para montar un subterfugio tan elaborado.

—Estás muy callada, Margaret.

Su voz irrumpió en la agitación de sus pensamientos, y ella se apartó de las ventanas del carruaje. Él sonrió ligeramente, y ella supo que había percibido lo sorprendida que estaba al oír su nombre de pila en sus labios.

—Difícilmente puedo seguir dirigiéndome a usted como "señorita Hartford" ahora que estamos casados, más o menos. Mi nombre, por cierto, es Michael.

—Milord. —Él la miró con el ceño fruncido y Margaret se corrigió con evidente desgana. —Michael, ¿no ves lo imposible que es todo este plan? No nos comportamos como un hombre y su esposa, no hay un aire de cómoda intimidad entre nosotros.

Lord Ransbury, con los ojos cubiertos por una venda de seda negra, se volvió en la dirección de la voz de Margaret. —Apuesto a que al cabo de unas semanas en Ransbury Hall habrá olvidado que en realidad no estamos casados.

Margaret ya no estaba lo bastante segura de sí misma como para aceptar su apuesta. Empezaba a sentirse un poco asustada por la forma en que se había adaptado a su nueva vida. Sobre todo, le preocupaba la forma en que sus latidos se aceleraban y el día parecía más chispeante en cuanto lord Ransbury entraba en la habitación. Intentó sonar más firme de lo que se sentía cuando respondió.

—No es posible que espere que esta farsa continúe durante tanto tiempo. Seguramente no tardará más de veinticuatro horas en llegar la noticia de su matrimonio a los Norbet.

—Eso es cierto, —dijo suavemente. —Pero no puedo permitir que nuestro matrimonio termine demasiado rápido. No puedo convertirme en un viudo afligido hasta que los Norbet hayan tenido tiempo de arreglar los asuntos de su hija. Me gustaría ver a Harriet bien casada antes de que usted sucumba a su trágica fiebre. No quiero correr el riesgo de un nuevo compromiso.

Margaret tiró con rabia de una de las correas del carruaje, deseando que fuera un mechón de la frondosa cabellera castaña de lord Ransbury. —¡Que el cielo le libre de verse obligado a cumplir sus compromisos con la señorita Norbet! Puedo ver lo inconveniente que sería que usted se quedara viudo antes de que la señorita Norbet estuviera casada a salvo.

—Muy inconveniente, —estuvo de acuerdo con agravante placidez. —No deseo cargar con una novia reacia que se estremezca cada vez que su mirada se dirige en dirección a mis ojos. Ya que está decidida a enfadarse conmigo, ¿vamos a desviar el tema de mi malvado trato a la señorita Norbet? ¿Le importaría repasar una vez más la historia que vamos a contar a nuestra llegada a Ransbury Hall?

Margaret apartó la mirada de los setos que pasaban, verdes ahora con la frescura del final de la primavera. Se dio cuenta de que era su última oportunidad de contarle a lord Ransbury la verdad sobre sus orígenes.

El carruaje se dirigía hacia Reading, ella había visto los carteles indicadores. Sólo tenía que decirle que era hija de Sir Leopold Hartford y supo instintivamente que él la conduciría directamente de vuelta a la mansión. Lord Ransbury no tendría sitio en sus esquemas para la hija gentilmente educada de uno de sus vecinos lejanos.

Miró fijamente sus guantes de seda grises, recién comprados a juego con su traje de viaje. ¿Realmente quería que la llevaran de vuelta a la mansión Hartford, fuera cual fuera el destino que le aguardara en Ransbury Hall? Suspiró al reconocer finalmente para sí misma que había disfrutado de las semanas que acababa de pasar con lord Ransbury. A pesar de las restricciones impuestas a sus movimientos, en muchos sentidos había sido más libre en esa casa de lo que habría sido en Hartford Manor. Su breve muestra de libertad no había hecho más que abrirle el apetito.

Su educación le había proporcionado no poca práctica en el útil arte del autoengaño. Cuando finalmente puso su mirada a la altura de los ojos vendados de lord Ransbury, ya se había

admitido a sí misma que iba a la mansión Ransbury porque quería. No intentó fingir que lord Ransbury tenía poder para forzar su consentimiento, ni se permitió fingir que la huida era imposible. La casa de Londres había estado vigilada, pero como supuesta esposa de lord Ransbury tendría total libertad una vez que llegaran a Ransbury Hall. Sencillamente, acompañaba a lord Ransbury porque en su compañía se sentía más viva que nunca.

—¿Margaret? —La voz de lord Ransbury irrumpió en sus pensamientos. —¿Era mi pregunta tan difícil de responder?

—No, milord. No era difícil de contestar. Simplemente estaba pensando. ¿Quiere que le repita la historia que se ha inventado para explicar nuestro apresurado matrimonio?

Lord Ransbury se removió en el asiento de cuero acolchado del carruaje y un rayo de sol perdido resaltó la repentina palidez de sus mejillas. —Milord, —dijo Margaret, moviéndose inconscientemente para tomar una de sus manos entre las suyas. —Milord, ¿se encuentra bien?

—No es nada. —Su voz era tan ligera y uniforme como antes, aunque Margaret podía ver ahora que una fina película de sudor brillaba en su frente. —Estoy sujeto a dolores de cabeza desde mi accidente y encuentro el movimiento del carruaje particularmente agotador.

—Permítame pedirle al cochero que pare un momento, —dijo Margaret. Estaba alarmada por la palidez de su tez y sospechaba, por las profundas líneas grabadas entre sus fosas nasales y su boca, que el dolor que sufría era considerable.

—No. —Su voz era áspera y Margaret pudo ver que se esforzaba por ocultar la debilidad que sentía. —Cuénteme cómo se supone que nos conocimos y nos enamoramos. Será como oír un cuento para niños pequeños.

Se hizo consciente del hecho de que aún sostenía la mano de lord Ransbury. Se volvió rápidamente hacia el otro lado del carruaje, reordenando los pliegues de su traje de viaje para que le cubriera completamente el calzado. Inmediatamente se sintió más serena, aunque lord Ransbury no habría podido verla aunque todo su tobillo hubiera quedado al descubierto. Se

aclaró la garganta de forma autoconsciente.

—Nos conocimos por primera vez justo después de Navidad. Usted había dejado Ransbury y viajado a Londres para visitar a unos médicos. Nos presentó un socio en una pequeña fiesta y nos enamoramos de inmediato. Sabíamos que era un emparejamiento desigual y que usted estaba prometido en otra parte, pero no pudimos evitarlo. Soy hija de un rico comerciante que vivía en Liverpool.

—Muy bien, —dijo lord Ransbury. —Nadie que viva en Berkshire sabe lo más mínimo sobre Liverpool, así que su propia ignorancia pasará bastante desapercibida. ¿Cuál era la ocupación de su padre?

—Era propietario de varias grandes tiendas de paños, —dijo Margaret, —pero ahora está muerto.

—Excelente. Todo el mundo se sentirá tan avergonzado al pensar que he rechazado a Harriet Norbet para casarme con la hija de un tendero que nadie le pedirá ningún detalle, Margaret.

Le complacía tanto como a lord Ransbury pensar que iba a poder pasar por alto todas las circunstancias de su pasado. —Nos casamos en febrero, —dijo, —pero como el matrimonio fue contra los deseos de mi familia, la ceremonia fue tranquila. Hemos permanecido en Londres mientras intentábamos llevar a cabo una reconciliación con los miembros de mi familia.

—Sí, —dijo él con un suspiro de satisfacción. —Todo encaja. Si pudiéramos esperar otra semana más o menos, sería tiempo suficiente...

—¿Suficiente para qué?

Parecía sorprendido por su pregunta. —No me había dado cuenta de que había hablado en voz alta. No es nada importante.

Margaret se apretó las manos con fuerza sobre el regazo, como si ejerciendo presión

pudiera controlar el susto que le hacía temblar las rodillas.

—Creo, milord, que ya es hora de que sea sincero conmigo. Sus preparativos son excesivos para un hombre que no desea otra cosa que librarse de una prometida poco dispuesta. Puedo ser ignorante de las costumbres de la ciudad, pero no soy tonta.

—Eso, mi querida Margaret, se hace más evidente con el paso de cada hora que pasamos juntos. —Lord Ransbury se sumió en un breve silencio. —¿No puede contentarse con saber que no pretendo hacerte daño? —preguntó al fin. —Le doy mi palabra de que lo que le he dicho es la verdad. Harriet Norbet no quiere casarse conmigo y sus padres están decididos a forzar el emparejamiento por razones puramente económicas.

Margaret sacudió la cabeza, olvidando que él no podía ver su negación. —Ésa es una razón insuficiente, milord. Hay una docena de excusas diferentes que podría ofrecer al señor Norbet. Él puede fanfarronear y protestar, pero si usted es inflexible en su negativa, ¿qué puede hacer él?

—Puede hacerle la vida muy difícil a Harriet y al hombre que realmente ama, —dijo lord Ransbury de mala gana. —El actual heredero de Ransbury es mi primo, Paul Goodwell. Paul se enamoró de Harriet hace unos meses y ella ha decidido ahora que corresponde a sus sentimientos. Tienen muchos intereses en común y, me imagino, estarán idealmente hechos el uno para el otro.

—¿Es el señor Norbet tan ogro que Harriet no puede decirle lo que quiere? —La pregunta de Margaret no era sarcástica. Después de todo, ella había necesitado huir para evitar un matrimonio forzado.

—El señor Norbet no puede permitirse ver con buenos ojos el matrimonio. Los ingresos de Paul son suficientes para sus necesidades pero no pueden compararse con los míos. El señor Norbet necesita dinero y la felicidad personal de Harriet es un asunto de poca importancia cuando se contrapone a la necesidad de efectivo de su padre.

—Entiendo, —dijo Margaret. Sabía demasiado bien lo que era ser tratada como poco más

que un peón en alguna maniobra paterna, pero no permitió que su simpatía por Harriet se impusiera a su juicio. —Puede que todo lo que dice sea cierto, pero no soy tan tonta como para creer que recorrió Londres en busca de una novia falsa sólo para que su primo y Harriet Norbet pudieran casarse.

Lord Ransbury movió la cabeza con repentino dolor. —Le pagan para representar un papel, señorita Hartford, no para pensar. No cargue su bonita cabeza con pensamientos inapropiados. Mil libras es mucho dinero y debería servir para sofocar mucha curiosidad.

Se hundió de nuevo contra los escaños del carruaje y Margaret pudo comprobar que su resistencia estaba prácticamente llegando a su fin. Su dolor, al menos, no era fingido y ella se sorprendió del grado de ansiedad que sentía. El carruaje dio un último y enfermizo bandazo y giró hacia una de las antiguas posadas de postas, ahora en rápida desaparición ante la creciente competencia del ferrocarril.

—Permítame acompañarle a la posada, milord. Ambos nos sentiremos mejor si nos refrescamos un poco. Los trenes pueden ser sucios, pero creo que su movimiento es mucho más cómodo que este vaivén interminable y raquítico. —Se mordió el labio con fastidio cuando hubo hablado, molesta consigo misma por complacer la debilidad de lord Ransbury. Ahora era sin duda el momento de insistir en algunas respuestas a sus preguntas, no de preocuparse por el estado de su salud.

—Michael, —murmuró lord Ransbury. —Soy bien conocido en esta posada y en este distrito. Debe acordarse de llamarme Michael.

—Muy bien, —dijo Margaret, lo suficientemente preocupada por su tez verde como para no tener interés en protestar.

Sam abrió de golpe la puerta del carruaje, dejando entrar un bienvenido soplo de aire fresco y campestre. Margaret sonrió al criado, olvidando por completo cuántas veces había frustrado sus esfuerzos por escapar. —¡Oh, es bueno volver a oler las flores y el aire fresco! A

veces me preguntaba si me ahogaría con toda esa niebla londinense.

Lord Ransbury se paró en los escalones del carruaje. —¿Hueles a flores? —preguntó. —Qué extraño. No puedo oler nada por encima del omnipresente olor a ganado.

Margaret olvidó que las respuestas a sus preguntas habían sido tan evasivas y rio con verdadera diversión. —Parece que no compartes mi naturaleza romántica, Michael. Qué triste para ti que donde yo huelo el perfume de las flores silvestres, tú sólo seas consciente de las vacas.

Le puso la mano ligeramente sobre el brazo. —Tendrás que enseñarme a apreciar las flores, amor mío. ¿Quién sabe? Quizá bajo tu experta tutela yo también me convierta en un romántico. Una vida llena de sol y campanillas. ¿Es eso lo que me ofreces, Margaret?

Ella no entendió el hilo de burla que recorría sus palabras, aunque comprendió intuitivamente que la ironía iba dirigida hacia dentro, hacia él mismo, más que hacia fuera, hacia ella.

—Eso es sólo el principio de lo que tengo que ofrecerle, milor... Michael. —Margaret habló casi al azar, con la mente llena de pensamientos febriles y aprensiones. —El grupo de bienvenida de la posada se acerca a nosotros, y me miran con gran curiosidad.

Lord Ransbury sonrió, aunque ella pudo detectar la tensión que aún se ocultaba tras su apariencia externa de despreocupado buen humor. —Confío en que esté preparada para soportar una avalancha de preguntas. Este posadero destaca por su cerveza, no por su discreción. Creo que ésta será la primera prueba de nuestra historia.

Margaret se preguntó si debía arrojarse a merced del posadero y protestar porque la retenían contra su voluntad. Sus ojos se movieron involuntariamente hacia el austero perfil de lord Ransbury y sintió que las súplicas de ayuda se marchitaban en sus labios. —No tema, milord, —dijo, con un rastro de amargura en la voz. Seguía sin entender por qué estaba ayudando a un hombre en el que no podía confiar. —Descubrirá que ha encontrado a la esposa

perfecta.

Él se apartó de ella. —Eso es lo que me temo, —dijo.

—Milord, —interrumpió Sam apresuradamente. —El señor y la señora Cheam están casi al alcance del oído.

Lord Ransbury permaneció impasible mientras el posadero se apresuraba a acercarse, haciendo una profusa reverencia. Esperó mientras el hombre y su esposa completaban largos y confusos discursos de bienvenida.

—Señor y señora Cheam, —dijo cuando por fin callaron, y una curiosa sonrisa rondó la comisura de sus labios. —Me gustaría presentarles a mi esposa, lady Ransbury.

Capítulo



Llegaron a Ransbury Hall a última hora de la tarde. El carruaje atravesó un par de enormes portones de hierro forjado y avanzó a paso rápido por el camino de grava curvado. Margaret se asomó a la ventanilla del carruaje con el corazón encogido, recibiendo una rápida impresión de vastos jardines y una extensión aún mayor de parque ornamental. Los sicomoros, crecidos hasta una inmensa altura, bordeaban el camino de entrada. Sus frescas hojas primaverales reflejaban los pálidos rayos del sol de abril y proyectaban una luz verde sobre el sendero frente al carruaje.

A Margaret, con el recuerdo de su recibimiento en la posada aún presente, nada le habría gustado más que colarse en su nuevo hogar por una discreta entrada lateral. Sentía que ya había soportado más que suficiente escrutinio encubierto y asombro silencioso por un día. El mayordomo, sin embargo, tenía otras ideas sobre lo que era adecuado para su supuesta nueva ama.

Alertado de la llegada de su señor por un mensaje llegado de la ciudad la semana anterior, estaba decidido a realizar su trabajo correctamente, aunque lord Ransbury se hubiera saltado tan escandalosamente las convenciones. Todos los sirvientes estaban reunidos apresuradamente, algunos en el patio y otros en el salón principal. Los más humildes se agruparon a la entrada de las cocinas, permitiéndoseles ver a su nueva ama sólo desde una respetuosa distancia.

Todos los sirvientes, desde el mayordomo hasta la criada más joven, miraban a Margaret con la boca abierta. Años de entrenamiento les permitían ejecutar los movimientos y reverencias necesarios. Pero ni siquiera empleadas domésticas tan superiores como éstas podían controlar del todo sus expresiones. La presentación de la supuesta lady Ransbury fue recibida con miradas de desaprobación y asombro mezclados. Durante unos instantes, recorriendo con la mirada las filas de rostros hostiles, Margaret envidió realmente la ceguera de lord Ransbury, al menos le protegía de las miradas más descaradamente hostiles.

Fue un alivio cuando lord Ransbury la guio escaleras arriba, haciendo que varios criados corrieran a buscar agua caliente y bandejas con refrescos. Lord Ransbury de Ransbury Hall era sin duda un personaje a tener en cuenta. Margaret le siguió escaleras arriba con una mansedumbre poco habitual en ella.

Llegaron ante una gran puerta con paneles pintados y lord Ransbury se inclinó cortésmente. —Estaré encantado, querida, de volver a verte en la cena.

—¿Me dejará sola? —El pánico superó el sentido de la discreción de Margaret.

Él sonrió y Margaret se preguntó si sus sirvientes podrían detectar la advertencia en su sonrisa tan fácilmente como ella. —Querida, incluso el más devoto de los recién casados debe separarse de vez en cuando. Espero que Janet haya subido con nosotros, ella se quedará y se ocupará de tus necesidades.

Una mujer mayor, con cara de campesina de mejillas rojas, se adelantó del grupo de doncellas e hizo una pequeña reverencia. —Será un honor servir a milady, —dijo dubitativa. Su rostro honesto no estaba bien adaptado para ocultar sutiles conflictos de emoción, y su expresión oscilaba intranquilamente entre la simpatía natural y el antagonismo latente. Los criados, decidió Margaret, no aprobaban el apresurado matrimonio de su señor.

—Y yo estaré encantada de tenerte como criada, Janet. —Contestó a la mujer con toda la amabilidad que pudo reunir. Había vivido con criadas oprimidas en casa de su padre, y aunque se

suponía que era la señora de Ransbury Hall, las criadas serían bien tratadas.

Lord Ransbury le tendió la mano y cuando ella colocó sus dedos entre los suyos, él se los llevó a los labios. Dejó caer un beso sobre cada una de las puntas enguantadas y ella intentó no parecer turbada ante esta inesperada muestra de afecto conyugal. Ansiosa por evitar mirar directamente a lord Ransbury, e igualmente ansiosa por no apartar la mano de su agarre, volvió la mirada hacia Sam. El cochero se había despojado de su abrigo de viaje y ahora permanecía discretamente junto a su señor. Evidentemente era el guía permanente de lord Ransbury y el único criado, por lo que Margaret sabía, que estaba al corriente de los verdaderos hechos que se ocultaban tras el escandaloso "matrimonio" de lord Ransbury.

Apartó la mano de lord Ransbury con repentina brusquedad. Era imposible mantener un continuo fingimiento de afecto de esposa ante la mirada cómplice de Sam. —Pienso tomarme un breve descanso ahora, —dijo tratando de sonar despreocupada. —Nos veremos en la cena.

Lord Ransbury apoyó su mano en el brazo de Sam. —Ponte tu vestido de noche blanco, querida. Me recordará a la encantadora velada en que nos conocimos.

Ella estaba tan indignada por su deliberada referencia a su encuentro en casa de madame Duboin, que se perdió el significado de su petición. No fue hasta varias horas más tarde, cuando ya estaba casi lista para bajar a cenar, cuando se dio cuenta de por qué su petición había tocado una nota chocante. ¿Quién le había dicho que su vestido de noche había sido blanco y por qué iba a importarle si volvía a ponérselo o no?

Dio un trago repentino, preocupada por el inexplicable conocimiento de lord Ransbury, y se giró justo a tiempo para observar cómo Janet abría la puerta de su habitación privada. Lord Ransbury estaba de pie en el umbral, inmaculadamente vestido con ropa formal de noche, con los ojos protegidos por unas gafas oscuras. Tenía exactamente el mismo aspecto que Margaret le recordaba de aquel primer y aterrador encuentro en casa de madame Duboin.

—He venido a acompañarte abajo, querida. Mi primo, Paul Goodwell, ya está esperando

ansiosamente conocerte.

Margaret no estaba interesada en su nuevo “primo”. —¿Qué le parece mi vestido? —preguntó sin aliento.

Él ladeó la cabeza. —Tendrás que moverte, querida. Si te quedas quieta no podré oír ese susurro tan fascinante que recuerdo tan bien.

—Oh. —Margaret dejó escapar su aliento en un pequeño suspiro. Apenas sabía qué sospechas había estado albergando, pero los modales inocentes de lord Ransbury desarmaron su ira y la dejaron sintiéndose un poco tonta. ¿Por qué no le habría preguntado a Sam el color de su vestido? —Permíteme que te acompañe abajo, —dijo, decidida a demostrar que podía actuar como su esposa. —Sam, por favor, ve delante del señor y de mí, así sabré en qué dirección está el comedor.

Sam, desconcertado ante esta repentina muestra de autoridad de su antigua prisionera, no se movió del lado de lord Ransbury. Empezó a hablar, miró a Janet y se calló.

—Sam, —dijo lord Ransbury con suavidad. —Por favor, haz lo que te pide tu señora.

—Sí, milord. —El criado se dirigió con evidente desgana hacia la puerta, manteniéndola abierta para que pasaran su señor y señora. Lord Ransbury apoyó ligeramente la mano sobre la superficie del brazo de Margaret e inclinó la cabeza para susurrarle al oído.

—No se te ocurra ponerme la zancadilla, querida, porque Sam me atraparía sin duda. Un solo acto desperdiciado de mezquina venganza, y te verás privada de una buena oportunidad de ganar mil libras.

—He dicho que te ayudaré, milord, y no tengo intención de faltar a mi palabra. No te he dado ningún motivo para dudar de mi integridad. —Respondió Margaret con los labios apretados.

—Ahora, ¿qué demonios quieres decir con ese comentario? —preguntó.

—Ese no es un lenguaje apropiado para utilizar con tu esposa, Michael, —dijo Margaret olvidando en el calor del momento que en realidad no era su esposa. Dio un pequeño grito de horror cuando se dio cuenta de la traicionera dirección de sus propios pensamientos. Menos de cuatro horas en Ransbury Hall, ¡y ya se estaba creyendo sus propias mentiras! Fue un alivio ver que Sam se había detenido.

—Éste es el comedor, mi señora.

En el curso ordinario de los acontecimientos, Margaret se habría sentido abrumada por el intimidante tamaño del comedor. Un antiguo salón que había sobrevivido del edificio original, que estaba pesadamente tapizado en grueso brocado rojo y amueblado con una nueva mesa de comedor de roble de tamaño y fealdad sobrecogedores.

Ciertamente, debería haber sentido cierto nerviosismo al conocer a Paul Goodwell, el primo y heredero que amaba a la antigua prometida de lord Ransbury. Afortunadamente para ella, estaba demasiado enfadada consigo misma y con lord Ransbury como para que le quedara mucho espacio para experimentar otras emociones. Saludó al señor Goodwell con una realidad distraída que hizo que todos los criados asintieran con la cabeza en secreta aprobación. Desde que el señor se había vuelto completamente loco y se había casado con una mujer de la que nadie había oído hablar, era gratificante ver que al menos había conservado el suficiente sentido común como para casarse con una dama.

Paul Goodwell no pareció disgustado en absoluto por la forma de saludo de Margaret. Le sonrió con una calidez que iluminó todo su rostro y esperó en cortés silencio hasta que un lacayo la hubo ayudado a sentarse en la silla situada a uno de los lados de la monstruosa mesa. Lord Ransbury, con Sam una vez más a su lado, habló en voz baja con el mayordomo.

—¿Están los sitios para el señor Goodwell y para mí dispuestos a ambos lados de lady Ransbury? No pienso quedarme ronco intentando mantener una conversación a lo largo de esta mesa.

Paul Goodwell soltó una carcajada apenada. —Ciertamente es una monstruosidad. Imagino que cambiar el esquema decorativo de esta habitación será una de sus primeras tareas, lady Ransbury. Me temo que me siento personalmente responsable de su sombrío aspecto. Tras la muerte de la difunta lady Ransbury, madre de Michael, mi propia madre asumió la tarea de dirigir esta casa. Esta habitación, lamento confesarlo, es el resultado de sus esfuerzos por modernizar el antiguo comedor.

Margaret consiguió por fin devolver su distraída atención a Paul Goodwell, y levantó la vista para dedicarle su sonrisa más amistosa. Era tan guapo, pensó, que no era de extrañar que la bella Harriet Norbet hubiera caído rendida a sus pies.

—Esta decoración no es el estilo que yo elegiría para mí, —dijo, —pero no creo que podamos hacernos responsables de los gustos de nuestros padres, ¿verdad? Esa es una carga demasiado grande para que la lleve una persona joven. Nuestras propias indiscreciones ya son bastante fastidiosas.

—¿Tú crees? —dijo Paul Goodwell, respondiendo a la amabilidad de los modales de Margaret. —Su propio gusto, si se me permite decirlo, parece exquisito. —Se volvió hacia lord Ransbury, que había permanecido en silencio. —El vestido de su esposa, Michael, es la creación de un genio.

—Me alegro de que te guste, —dijo lord Ransbury. Tomó un sorbo de vino antes de volverse hacia Margaret. —Paul destaca por su sentido de la moda, querida, así que tienes derecho a sentirte halagada.

Margaret detectó el más leve trasfondo de desprecio en los tonos llanos de lord Ransbury. Miró apresuradamente a Paul Goodwell para ver si parecía ofendido. Se sintió aliviada al encontrarlo sonriéndole, sin que su expresión diera ningún indicio de resentimiento hacia lord Ransbury. Le sorprendió de nuevo el aspecto apuesto de sus facciones. Sus ojos eran de un marrón profundo y suave, y se encontró mirándolos, preguntándose una vez más de qué color

serían los ojos de lord Ransbury. Era extraño pensar que aún no conocía un detalle tan simple como el color de los ojos de su supuesto esposo. Quizá podría preguntárselo algún día, si alguna vez se encontraban a solas, lejos del omnipresente Sam.

—Me complace que mi esposa cumpla tus exigentes estándares, Paul. —Lord Ransbury tenía sus gafas oscuras fijas en dirección a Margaret, y su voz irrumpió con inesperada dureza en su ensueño. —Por lo que a mí respecta, confieso que me quedé boquiabierto en nuestro primer encuentro.

—¿Y dónde fue eso, lady Ransbury? —Paul se giró hacia atrás para sonreír a Margaret.

—Nosotros... nos conocimos en Londres, —dijo ella y bebió un apresurado trago de su copa de vino. La información parecía irremediablemente escasa, así que añadió con desgana. —Nos conocimos en una cena, ya sabes…

Paul no parecía prestar mucha atención a sus aturulladas explicaciones, ya que estaba estudiando su perfil con franca admiración. —Puedo entender perfectamente cómo, en cuanto Michael te vio, tuvo un lugar especial para ti en su corazón.

Hubo un silencio inmediato e incómodo alrededor de la mesa. Paul Goodwell parecía afligido. —Lo siento mucho, Mickey viejo amigo, —murmuró al fin. —Sigo olvidándolo.

—No te disculpes, —dijo lord Ransbury tras una breve pausa. —Me halaga que encuentre mis deficiencias tan fáciles de pasar por alto. Yo, por el contrario, soy muy consciente de todo lo que me pierdo por no ver el encantador rostro de Margaret. Fue su voz lo primero que me atrajo de ella.

Paul hizo un gesto a uno de los lacayos e indicó que le retiraran el plato. Había comido poco, se fijó Margaret, cuyo apetito parecía también haberse desvanecido. Observó como Paul jugueteaba con el tallo de su copa de vino.

—¿Qué han dicho los médicos esta vez, Michael? —preguntó finalmente.

Lord Ransbury levantó los hombros en un delicado encogimiento de hombros. —Lo que dicen siempre, una opinión diferente de cada especialista, todos ellos ofreciendo optimismo sólo si estoy dispuesto a esperar pacientemente durante los próximos veinte años.

—¿No creen que la enfermedad sea permanente, entonces? —preguntó rápidamente Paul. —Eso, seguramente, es una nueva nota de esperanza.

Lord Ransbury no disimuló el cinismo de su respuesta. —Probablemente desean asegurarse de que les haga otra visita en mayo. ¿Quién sabe lo que me dirán la próxima vez?

Margaret estiró la mano en un impulsivo gesto de ánimo. —¡Oh, no! No lo creo, Michael. Si hubiera daños irreversibles, cualquier médico reputado lo sabría ya.

Por un breve instante, Margaret creyó ver que los duros rasgos de lord Ransbury se suavizaban hasta convertirse en ternura, pero casi de inmediato se apartó de ella con una de sus familiares sonrisas burlonas. —¡Qué bueno es oír las palabras tranquilizadoras de una esposa cariñosa! —Se dirigió bruscamente a su primo. —¿Cuidarás de Margaret por mí mañana, Paul? Enséñale algo de Ransbury y de la finca. Me han llamado para una... cita urgente con el señor Norbet.

Un joven lacayo dejó caer la fuente que llevaba, esparciendo patatas cocidas por todo el suelo del comedor. Lord Ransbury siguió comiendo rosbif sin siquiera volver la cabeza en dirección al ruido. Margaret y Paul Goodwell, a quienes les resultaba más difícil fingir sordera, se revolvieron inquietos en sus sillas.

—Estaré encantado de acompañar a lady Ransbury. —Las corteses palabras de Paul consiguieron encubrir los murmullos de confusión procedentes del lacayo.

Lord Ransbury parecía ajeno a la creciente tensión en el comedor. —Margaret lo sabe todo sobre mis esponsales con Harriet, ¿sabes? No hay ninguna necesidad de que seas discreto.

Paul enrojeció y su mirada avergonzada parpadeó impotente entre Margaret y el

mayordomo, que dirigía a dos jóvenes criadas en su búsqueda de patatas cocidas.

Margaret se obligó a sonreír a Paul, silenciosamente furiosa con lord Ransbury por su falta de tacto. Como se sentía tan incómoda ante el maleducado comportamiento de lord Ransbury, no tuvo dificultad en presentar ante Paul Goodwell una imagen de confusión de mejillas sonrosadas. —Todo fue tan repentino, —susurró en aparente explicación. —Michael me prometió que la señorita Norbet quería ser liberada de su compromiso.

Paul lanzó una angustiada mirada de advertencia en dirección a los criados. Estaba claro que no compartía la sublime indiferencia de lord Ransbury hacia la multitud de observadores domésticos. —¿Cabalga usted, lady Ransbury? Si el tiempo sigue bueno mañana, sería encantador ver parte de la finca a caballo.

—Monto sin pretensiones, señor Goodwell. No he tenido muchas oportunidades de mejorar mis habilidades.

—Vivía en Liverpool, ¿sabe? —intervino alegremente lord Ransbury. —Es una ciudad ajetreada y no lo suficientemente limpia para que las damas paseen sin la protección de un carruaje bien tapizado.

—Oh sí, por supuesto. —Era evidente que Paul Goodwell estaba igual de incómodo discutiendo los supuestos orígenes de Margaret en Liverpool que discutiendo sobre la ausente señorita Norbet. —Bueno, si le parece bien podemos ir en mi carruaje. Recientemente me han entregado uno nuevo, y estaré encantado de mostrarle lo bien que se mueven los carruajes modernos.

—Paul no comparte tu entusiasmo por el ferrocarril, querida, —dijo lord Ransbury. Margaret miró con enfado la pantalla oscura de sus gafas tintadas. Como siempre, le resultaba imposible adivinar lo que él estaba pensando, aunque su voz evocaba imágenes de un gato elegante y bien alimentado, apostado frente a una ratonera. Paul era un joven tan agradable que ella no entendía por qué sus modales le recordaban irresistiblemente al asustado ratón perseguido

por el gato de lord Ransbury.

Sin embargo, una vez más, la respuesta de Paul no dejó traslucir ningún atisbo de animadversión hacia su primo. —Sería un mundo aburrido si todos disfrutáramos de las mismas cosas, Michael. No todos podemos compartir tu adicción a los inventos mecánicos. —Sonrió levemente a su primo. Margaret empezó a preguntarse si se había acostumbrado tanto a percibir resentimientos tácitos en torno a la mesa de su padre que ahora sospechaba tensiones ocultas donde en realidad no las había. Buscó el rostro de Paul cuando se volvió hacia ella, y no vio más que cortesía y amabilidad reflejadas en sus amables ojos. —Si no está demasiado fatigada por el viaje, lady Ransbury, estaré encantado de acompañarla mañana por la mañana. ¿Digamos a las diez?

—Eso sería de lo más agradable, —dijo ella.

Abandonó su pretensión de comer el postre. Aparte de que su estómago se revolvía por la tensión nerviosa, varias semanas de cautiverio aún no la habían acostumbrado a las enormes comidas que la gente le servía continuamente. Aprovechó la oportunidad que le brindaban las palabras de Paul Goodwell y se levantó de la silla, pero se sintió de pronto mareada. El mayordomo y un lacayo, al verla, acudieron en su ayuda, seguramente porque su compostura se veía amenazada por el cansancio. Tuvo que luchar contra el impulso de soltar una risita. Habiéndole enseñado desde la más tierna infancia que la paga del pecado era la condenación eterna, parecía estar comprobando que su recompensa por la desobediencia era una vida llevada en el regazo del lujo. Venció el impulso de reír mediante el sencillo recurso de imaginar lo que su padre -o el señor Lytton- tendrían que decir si pudieran observarla.

Inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento hacia los criados, que aún la sostenían delicadamente por debajo de los codos. —Con su amable permiso, señor Goodwell, creo que me retiraré. El viaje desde Londres me ha fatigado más de lo que al principio sospeché.

Paul murmuró un cortés reconocimiento y lord Ransbury, discretamente asistido por Sam,

se levantó de su asiento. Extendió la mano hacia Margaret y ésta, algo reacia, colocó sus dedos entre los suyos. Él se llevó la mano a los labios y lentamente, con deliberado énfasis, besó la punta de cada dedo.

—No te haré esperar mucho, querida. —Habló en voz baja, pero ella estaba bastante segura de que su primo podía oír lo que se decían. —Iré a darte las buenas noches.

Ella se sintió desconcertada por sus modales, que no se parecían en nada a su fría reserva habitual. Sintió que se ruborizaba y se volvió rápidamente hacia Paul. —Hasta mañana por la mañana entonces, señor Goodwell.

Él se inclinó por encima de su mano. —Estoy deseando conocerla más, lady Ransbury.

Descubrió que le temblaban las piernas cuando cerró la puerta del comedor tras de sí. No podía explicar racionalmente este exceso de emoción y atribuyó su estado a las tensiones de un largo viaje. Cuando regresó a su habitación, se alegró de encontrar a Janet esperándola.

Era reconfortante permanecer junto al fuego de su dormitorio y permitir que la criada trabajara con diminutos botones de perlas, interminables hileras de corchetes y largas ristras de cintas blancas. Era un placer deslizarse en la suave tersura de su nueva ropa de cama, hecha del lino más puro. Era terrible pensar que todo esto lo había pagado lord Ransbury, por supuesto, pero eso no alteraba el hecho de que el lino más puro era maravillosamente cómodo para dormir.

Experimentó una descarga de placer cuando se deslizó entre las sábanas de la cama y sintió el calor que irradiaban las bolsas de agua caliente de piedra colocadas bajo las mantas. Estaba encantada de descubrir que esta lujosa práctica continuaba aquí, en Ransbury Hall. Había temido que fuera un lujo confinado a la decadencia de la ciudad. Se recostó contra los mullidos almohadones de la cama. Su sensación de bienestar físico enmascaró con éxito las persistentes tensiones de la cena.

Por supuesto que lord Ransbury no entraría realmente en su dormitorio. El pensamiento surgió en su mente y fue alejado rápidamente. Su cariñosa despedida en la mesa de la cena había

sido escenificada en beneficio de Paul Goodwell y de los criados.

—¿Apago las velas, milady? —La prosaica pregunta de Janet puso fin a inútiles especulaciones.

—Sí, por favor. —La casa de Londres se había iluminado enteramente con modernas lámparas de gas. Habían sido maravillosamente eficientes, pero Margaret no se había acostumbrado al constante y espantoso silbido del gas encendido. Se alegró de que Ransbury Hall aún conservara los antiguos apliques de pared. —Buenas noches, Janet. Gracias por tu ayuda hoy.

—Buenas noches, milady. —Janet recogió su candelabro e hizo una reverencia cuando llegó a la puerta del salón.

—¿A qué hora desea milady que le traiga el desayuno?

—¿A las ocho quizás? —En Hartford Manor siempre se había levantado con el alba, pero también se habría acostado a las nueve de la noche. Parecía como si aquella Margaret Hartford fuera ya una persona sin sustancia, una muchacha cuya tranquila existencia no tenía ninguna relación con esta nueva Margaret, la supuesta lady Ransbury.

Se acurrucó en la suave y limpia cama con un suspiro. Si no se hubiera sentido tan somnolienta habría intentado decidir alguna forma ingeniosa de hacer llegar un mensaje a su madre para hacerle saber que estaba bien y a salvo. Pero esta noche los párpados le pesaban demasiado y el sueño empezó a apoderarse de ella.

Se llevó una mano de protesta a los ojos cuando la luz de una lámpara de aceite proyectó su rayo intruso sobre su rostro. Por un momento no estuvo segura de si estaba despierta o dormida cuando oyó el murmullo de la voz de lord Ransbury en su habitación.

—Gracias, Sam. Ya puedes irte tranquilamente.

La luz se retiró inmediatamente y Margaret se incorporó de golpe en la cama al oír el

chasquido de una puerta que se cerraba. Todo rastro persistente de sueño se desvaneció cuando fue consciente de la tenue forma de lord Ransbury, sentado en el borde de su cama.

—No eres muy acogedora, querida, —dijo. —No esperaba encontrarte metida bajo las sábanas.

—Y yo ciertamente no esperaba que viniera a mi habitación, milord. Después de todo, sólo fingimos estar casados. —Se retorció bajo las sábanas mientras hablaba. Le avergonzaba recibir a lord Ransbury en su dormitorio después de haberse retirado a dormir. Seguramente, pensó, una acción así debía de representar el colmo del comportamiento prohibido, pero hizo todo lo posible para no pensar en mamá. —No habría despedido a la doncella, milord, si me hubiera dado cuenta de que pretendía darme las buenas noches por segunda vez.

Él no respondió de inmediato y ella apretó la sábana para poder meterla más firmemente bajo su barbilla, a pesar de que estaba muy oscuro en el dormitorio. Se sintió tonta cuando recordó que lord Ransbury no podía verla, por mucha luz que hubiera en la habitación. Tal vez pensara que su ceguera le daba derecho a infringir las estrictas normas relativas al comportamiento de un caballero hacia una dama.

A pesar de su simpatía por su minusvalía, Margaret encontró su presencia perturbadora y sus mejillas ardieron de color cuando la mirada de él se dirigió a su rostro. Aunque sabía que él no podía ver, se sintió inundada de vergüenza cuando los ojos de él, libres esta noche de gafas protectoras o vendas encubridoras, se posaron en ella.

—¿Tenía algo especialmente urgente que decirme, milord? —Por alguna razón, le resultó más fácil hablar que permanecer en silencio.

—Apenas creo que sean necesarias las palabras, querida, ¿no cree? Por muy encantadora que resulte a veces su conversación, no creo que éste sea el momento de entregarse a un intercambio de ocurrencias.

Los ojos de Margaret se estaban acostumbrando a la oscuridad del dormitorio. —¡Sus ojos!

—exclamó, ignorando sus comentarios. —¡No parecen tener ninguna cicatriz! Me alegro mucho.

Se olvidó por completo de lo inapropiado de su presencia en su dormitorio en la excitación del momento. Se inclinó hacia delante y apoyó la mano en la mejilla de él, palpando la débil cresta de una cicatriz descolorida. —¿De qué color son sus ojos, milord? Me lo preguntaba esta misma tarde, pensando en lo poco que sabemos realmente el uno del otro.

Lord Ransbury apartó bruscamente la cabeza de su contacto y se pasó rápidamente la mano por los ojos, protegiéndolos de su mirada. —Prefiero no hablar del tema de mi vista, —dijo rápidamente. —Mis ojos eran... son… de un tono indeterminado entre marrón y gris.

—Entiendo por qué no desea hablar de su accidente, —dijo ella suavemente. —Pero no debe perder la esperanza, milord. Si la superficie de sus ojos no se quemó, la naturaleza seguramente efectuará una cura en algún momento en el futuro, tal vez incluso más rápidamente de lo que ahora cree posible.

Se levantó de la cama de un salto y se apartó de ella. —Le he pedido que deje el tema de mi accidente en paz. —Caminó rápidamente por su dormitorio, consiguiendo evitar chocar con alguna de las sillas y mesas auxiliares esparcidas por el suelo. Para lord Ransbury, se dio cuenta, la oscuridad de su habitación no presentaba ningún obstáculo nuevo. Su corazón se ablandó al imaginar lo que él debía sentir, encerrado en una oscuridad permanente.

—Gracias por venir a darme las buenas noches, —le dijo. La simpatía que sentía por su difícil situación suavizó su voz hasta convertirla en ternura. —¿Toco el timbre para llamar a Sam, para que le acompañe a su propio dormitorio?

Él se rio. —Por Dios, Margaret, no hay necesidad de fingir cuando estamos solos. No tengo intención de irme todavía. Estuve ocupado mientras estuvimos en Londres, pero por mil libras, querida, espero más de vos que tiernos gestos de preocupación por mis ojos. Has hecho un buen trabajo interpretando a la esposa cariñosa en beneficio del primo Paul. Has convencido a los criados de Ransbury de que no estaba loco por haberme casado contigo. Ahora veamos si voy

a obtener algún placer personal de esta mascarada.

Volvió a la cama y le pasó ligeramente las manos por la cara. —Qué rasgos tan perfectamente regulares, —murmuró. Sus manos se movieron para recoger un mechón de pelo castaño. —¡Y pensar que todo esto se consigue sin rizadores! Parece poco justo para los demás miembros de su sexo. —Estiró el cuerpo sobre la cama y acercó el rostro de Margaret al suyo. —Estoy seguro de que tiene unos labios carnosos, —dijo suavemente. —Me asombra haber esperado tanto tiempo para averiguarlo. —Sus labios presionaron con un beso burlón el hoyuelo de su mejilla, antes de moverse con repentina agresividad para cubrirle toda la boca. Paralizada por el horror, y sin embargo consciente de las débiles agitaciones de alguna que otra emoción, sintió la presión de los labios de lord Ransbury contra sus dientes, incluso mientras sus manos desataban las cintas de su camisón.

Temblando por un torrente de emoción imposible de identificar, se arrancó de sus brazos. Saltó de la cama y cogió una manta para envolverse el cuerpo, con un terror atroz que bloqueaba sus facultades del habla.

—¿Se ha vuelto loco? —graznó al fin. —¿Qué... qué intentaba hacer conmigo? No estamos realmente casados, así que no puede... no podemos... —Su voz la abandonó, abrumada por la imposibilidad de describir lo que acababa de ocurrir en la cama.

Él se puso en pie y la atrajo hacia sí con una amenaza silenciosa. —No sé a qué juego cree que está jugando, Margaret, pero yo no lo encuentro divertido. Ya le dije en casa de madame Duboin que no tengo ningún interés en desflorar vírgenes. Le ruego que nos ahorres a ambos una desagradable y aburrida actuación de inocencia escandalizada. Realmente no es necesario, ¿sabe?

No pudo disimular los estremecimientos que sacudieron su cuerpo cuando lord Ransbury volvió a estrecharla entre sus brazos, pero intentó hablar con calma.

—Por favor, milord, déjame ir. No entiendo lo que dice, pero sé que lo que quiere hacer está mal.

Él detuvo sus besos y puso su mano con fuerza contra el pecho de Margaret. Bajo sus dedos, el corazón de ella latía a una velocidad aterradora, y él podía oír cómo su respiración salía de su garganta en pequeños jadeos, como si cada toma de aire fuera un esfuerzo. Con la otra mano bajó para tocarle los dedos. Estaban helados al tacto. Con la misma brusquedad con la que la había atraído hacia él, volvió a apartarla.

—Si no supiera que tal cosa es imposible, habría dicho que está realmente aterrorizada. Incluso si por alguna improbable casualidad aún es virgen, ¿por qué le resulta tan imposible someterse a mí? Presumiblemente ha sido entrenada para su profesión y estaba dispuesta a venderte al mejor postor entre los demás clientes de madame Duboin. Aunque soy ciego, lo que puede que le parezca repugnante, ella tenía clientes con aflicciones peores.

La voz de Margaret era plana por la desesperación. No parecía haber forma de convencerle de que ella no entendía las acusaciones que le lanzaba con tanta frecuencia. —Madame Duboin me contrató para servir té y refrescos a sus invitados, nada más. Y en cualquier caso, sólo llevaba allí una noche cuando me sacó. —Se pasó una mano por los ojos, que seguían llenándose de lágrimas a pesar de su obstinada determinación de contenerlas. —Sé que no debería haber aceptado un empleo en un establecimiento de juego. Sé que papá no lo habría aprobado, pero él nunca aprueba nada. Sin embargo, madame Duboin me aseguró que era un club privado y también sabía que me resultaría muy difícil conseguir un puesto como institutriz, o incluso como ama de llaves. No tengo referencias que ofrecer, como ve.

—O es usted la mejor actriz del mundo, o está diciendo la verdad, —dijo lord Ransbury. —¿Es tan inocente que se le pasó por alto que madame Duboin regenta un burdel? Por Dios, niña, ¿de dónde ha salido? —Se interrumpió con una exclamación impaciente. —¡Oh, maldita sea! No se moleste en responder a esa pregunta. Dime sinceramente, de una vez por todas, ¿cómo acabó en casa de madame Duboin?

Sólo necesitó pensar un minuto antes de decidir que no tenía sentido seguir ocultando la

verdad.

—Me escapé de casa, —dijo. —Mi padre quería que me casara con el señor Lytton, y yo no quería casarme con el hombre que mi padre había elegido. Por lo cual buscaba un alojamiento respetable y alguien me dirigió a la casa de madame Duboin.

La boca de lord Ransbury se torció en una sonrisa cínica. —No dudo que lo hicieran, —dijo. —¡Maldita sea, desearía no haberles creído! Me temo que hemos conseguido hacer un lío terrible de los asuntos del otro.

—Yo estoy bastante satisfecha, milord, —dijo ella con entusiasmo, aliviada de que él no la estuviera presionando con preguntas incómodas sobre su casa y su familia. —Una vez resuelta su situación con Harriet Norbet, estaré encantada de marcharme a Europa. Me escapé de casa para empezar una nueva vida, y usted me proporcionará los medios para hacerlo posible.

Lord Ransbury se dio la vuelta con un impaciente encogimiento de hombros. —Supongo que ésa es una forma de describir mis acciones. Al menos usted fue rescatada de casa de madame Duboin antes de que esa vieja arpía pudiera hacer lo peor. —Se llevó la mano a los ojos con un repentino gesto de cansancio. —Llame a Sam, Margaret, y volveré a mi habitación. No tiene sentido intentar pensar mientras estoy en su dormitorio. —Extendió la mano y la tocó ligeramente en el brazo, pero se alejó de ella al sentir que de nuevo un temblor la recorría.

—¿Estará bien? —preguntó secamente.

—Sí, —dijo ella, preguntándose por qué sentía un extraño anhelo de apoyar la mejilla contra la suave seda de la bata de lord Ransbury. —Estaré bien.

—Está temblando.

Margaret bajó la mirada hacia sus manos, sorprendida al ver que aún temblaban. —Es que tengo frío, —dijo y se preguntó si sería verdad.

—Vuelva a su cama, querida. Le prometo que estarás a salvo de cualquier otro avance

inoportuno por mi parte.

Se metió mansamente bajo las sábanas, incapaz de dar forma coherente a los pensamientos y sentimientos que corrían por su mente en una confusión a borbotones. Se alegró cuando oyó el golpecito de Sam en los paneles de la puerta y escuchó la suave orden de lord Ransbury de que entrara. Cruzó lentamente el dormitorio y se volvió para hablar con Margaret desde la puerta de su salón privado.

—Buenas noches. Debemos volver a hablar cuando haya visto al señor Norbet y arreglado las cosas en ese aspecto.

—Sí, milord. —Ella apenas asimiló el significado de sus palabras. Sus pensamientos eran demasiado incoherentes para dar cabida a información extraña.

La puerta exterior se cerró con un silencioso chasquido y ella se dejó caer de espaldas contra las almohadas, mirando fijamente las blancas molduras de yeso del techo. Apenas podía distinguir el contorno de un racimo de uvas iluminado por la luz plateada de la luna que se filtraba por una rendija de las persianas.

Era imposible dar sentido a los desconcertantes acontecimientos de la última hora, pero ya había tomado una decisión firme. Mañana iba a descubrir la ubicación de la biblioteca de Ransbury. La mansión Hartford no poseía un ejemplar del famoso diccionario del doctor Finch.

Pero si la mansión Ransbury estaba mejor equipada, ella iba a poner fin al misterio que rodeaba a madame Duboin y a lord Ransbury. Iba a buscar el significado de la palabra burdel, entonces podría descubrir por qué lord Ransbury parecía tan a menudo enfadado sin motivo.

Guardó cuidadosamente las palabras en su mente. —Burdel, —murmuró. —Virgen, —repitió, y se quedó dormida.

Capítulo

8

El señor Goodwell conducía su carruaje con considerable destreza. Sus caballos, un par de vivaces bayos, dieron algunos signos iniciales de nerviosismo, pero pronto se calmaron bajo el hábil control de sus manos sobre las riendas. Margaret observó con aprobación que rara vez recurría al látigo y que guiaba a los animales con una ligera presión sobre las riendas en lugar de con crueles cortes en los ijares.

Condujeron por la calzada a un ritmo endiablado y ella sintió que se le pasaba parte de la tensión. Era un día perfecto, con el sol dando su primer atisbo de verdadero calor veraniego, y ella decidió apartar de su mente todos los pensamientos problemáticos y entregarse al disfrute del momento.

Debió de dar un suspiro inconsciente de relajación, porque el señor Goodwell se volvió hacia ella con una sonrisa amistosa. —Deduzco que ha decidido confiar en mi habilidad al volante. Confiese ahora, lady Ransbury, que sospechaba que estaba a punto de hacernos caer en una zanja .

—¡Nada de eso! —protestó ella con una risa en respuesta.

—¿Entonces por qué ese ceño preocupado? —preguntó él con ligereza. —Si no es mi habilidad con las riendas, ¿qué otra cosa podría haber que le preocupara en una mañana tan espléndidamente soleada?

Ella se volvió para admirar un lago ornamental, artísticamente enmarcado por tres sauces llorones. Se alegró de tener una excusa para ocultar su rostro. —Se estaba imaginando mi ceño fruncido, señor Goodwell, o al menos eso espero. Quizá es que siempre estoy un poco malhumorada por las mañanas.

—No creo que usted pueda estar nunca malhumorada, pero no la presionaré para que me haga confidencias, —dijo él. —Si me detengo justo en la cresta de esta pequeña elevación, tendrá una excelente vista de la fachada de la mansión. La fachada está considerada como el ejemplo supremo del estilo arquitectónico palladiano en esta región.

—No lo sabía, —dijo Margaret, pensando en lo poco que sabía de su condado natal. El severo régimen de su padre no le había dejado tiempo para excursiones a los puntos de interés locales.

—No hay razón para que lo hiciera, ¿verdad? La fama de Ransbury Hall no puede haber llegado hasta Liverpool y mi primo no es el tipo de hombre que va alardeando de los esplendores de su sede familiar.

—No, desde luego que no lo es. —Ansiosa por dar un giro a la conversación antes de delatar el hecho de que había vivido toda su vida en Berkshire, Margaret habló con admiración del uso del mármol y de la elegancia de los pórticos de la reina Ana que adornaban el Hall. Paul Goodwell respondió a todos sus comentarios con un entusiasmo tan cándido y un orgullo familiar tan modesto que la opinión que ella tenía del joven aumentó considerablemente.

Condujeron alrededor del parque durante casi dos horas, su conversación se extendió ampliamente. Ella observó su sonrojo de orgullo cuando describió alguna recuperación de tierras planeada por su abuelo y le sonrió con una simpatía sin parangón. Se encontró deseando que hubiera sido su primo.

—Ahora somos parientes, señor Goodwell, y la formalidad entre nosotros es innecesaria. Mi nombre es Margaret y me gustaría que lo utilizara.

—Y no hace falta que te diga lo mucho que me complacería que me llamaras Paul. —Sonrieron, en armonía el uno con el otro.

En su nuevo clima de intimidad, a ella le resultaba más molesto que antes el engaño que le estaba practicando. Le irritaba la necesidad de mentirle sobre su matrimonio con lord Ransbury. Incluso cuando vacilaba al borde de una confesión parcial, su atención fue captada por un grupo de edificios ennegrecidos, apiñados en el borde de tres o cuatro acres de pastos cercados.

—¡Oh! ¿Qué es eso? —preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta a su pregunta.

—Son los restos de los establos donde Michael guardaba sus caballos de carreras, Margaret. Hasta el momento del accidente se dedicaba a la cría de caballos. Estaba adquiriendo cierta reputación como propietario de varios buenos caballos de carreras de obstáculos.

Ella miró los ennegrecidos muros de los cimientos de ladrillo y lanzó un pequeño grito de protesta cuando Paul giró bruscamente su carruaje alejándose de los pastos. —¡No, Paul! Déjame ver los establos. Allí es donde mi marido tuvo su accidente, ¿no? ¿Por qué no ha limpiado el terreno y reconstruido los establos?

Paul condujo su carruaje por el estrecho camino lleno de surcos hacia los prados. Evidentemente era reacio a complacer el morboso deseo de Margaret de inspeccionar los edificios abandonados.

—¿Crees que es prudente examinar de cerca un lugar tan desdichado, prima Margaret? El propio Michael no soporta acercarse al lugar y no quiere saber nada más de sus caballos. Se ha vendido todo lo relacionado con las carreras y ya ni siquiera habla con los mozos de cuadra que cuidan de los animales de carruaje.

—Pero Sam siempre está con él, —dijo Margaret, siguiendo su propio hilo de pensamiento y sin darse apenas cuenta de que hablaba en voz alta. —Y Sam seguramente era mozo de cuadra antes de convertirse en ayuda de cámara de mi marido.

—Sam es un caso especial, —dijo Paul brevemente. —Descubrió a Michael tirado en el suelo del guadarnés y lo arrastró hasta un lugar seguro. Se expuso a un peligro considerable, envolviéndose en un delantal de cuero de herrador y llegando a atravesar un muro de llamas para alcanzar a su señor. No es de extrañar que Michael deposite ahora una confianza única en la lealtad y dedicación de Sam. —Paul soltó una pequeña risa avergonzada. —Debes perdonarme, Margaret, si no parecí muy dispuesto a traerte a este lugar. Los recuerdos de aquella... espantosa noche, son difíciles de soportar.

Sus atormentadas palabras llegaron al corazón de Margaret. No podía cerrar su mente a las vívidas imágenes de lord Ransbury, extendido en el suelo, las hambrientas llamas lamiendo cada vez más cerca de su inconsciente cuerpo. No era de extrañar que Paul prefiriera no recordar los acontecimientos de aquella traumática noche.

Se estremeció. Era difícil creer que aquél hubiera sido en otro tiempo el emplazamiento de una concurrida cuadra de carreras. No quedaba casi nada del edificio, salvo unas cuantas vigas carbonizadas apiladas al azar contra los ladrillos manchados de humo de los cimientos. Los prados, llanos y desprovistos de árboles, aumentaban la atmósfera yerma de la ruina. Otro temblor involuntario sacudió su cuerpo y Paul Goodwell levantó la vista con preocupación inmediata.

—No deberías haber venido, Margaret. Debe ser angustioso para ti ver el lugar real del accidente de Michael. Me parece evidente que le quieres mucho.

—Sí, —dijo ella. —No puedo soportar pensar en un hombre tan poderoso permanentemente encadenado por la ceguera. —Ella vaciló en silencio cuando el significado de sus propias palabras penetró en su conciencia. Se sonrojó de un profundo escarlata y apartó apresuradamente el rostro del inoportuno discernimiento de la mirada de Paul. Afortunadamente, él no la presionó con más preguntas.

—La llevaré al pueblo, —le dijo. —Es pequeño, pero Michael y su padre han sido unos

caseros benignos y las casitas están en tan buen estado de conservación que el efecto general es de lo más agradable. La gente está muy orgullosa de sus jardines y siempre plantan unas cuantas flores llenas de color entre las coles y las patatas.

Ella respondió con algún comentario sobre la belleza de las flores primaverales y el momento de intimidad pasó. Recorrieron el pintoresco pueblo y Margaret tuvo cuidado de que su conversación se limitara a asuntos triviales hasta que Paul giró su carruaje hacia el largo camino de grava que conducía a la fachada de Ransbury Hall. Margaret apenas podía creer que hubieran pasado menos de veinticuatro horas desde que había vislumbrado por primera vez aquella imponente fachada.

Siguió hablando con Paul, interrumpiendo su comentario sobre los problemas de ajardinar jardines en pendiente sin darse cuenta siquiera de que lo había hecho. —¿Estaba muy enfermo después del accidente? —preguntó.

—¿Mi primo no te ha contado nada al respecto?

—No, —respondió ella con genuina sinceridad. —No quiere hablar de ello.

—Temimos por su vida durante varias semanas y luego, justo cuando esperábamos que todo peligro hubiera pasado, su enfermera cometió un error con los medicamentos recetados por el médico y estuvo a punto de envenenarse con una sobredosis de somnífero.

—Nunca me ha mencionado nada de esto, —susurró Margaret. —Siempre parece estar al mando. Es aterrador pensar que estuvo a punto de morir en dos ocasiones distintas.

—La enfermera fue despedida, —dijo Paul tranquilizadoramente. —Y Michael ahora os tiene a vos y a Sam para asegurar su bienestar.

—Y puede que aún recupere la vista, —dijo ella, más para consolarse que para expresar una posibilidad real.

—¿Eso crees? —preguntó Paul rápidamente. —¿Le han dado los cirujanos más esperanzas

de las que nos cuenta?

—Creo que no, —dijo ella, conmovida por la evidente preocupación de Paul por la salud de su primo. —Me temo que estaba emitiendo un juicio personal basado en nada más sustancial que el aspecto de sus ojos cuando se quita las vendas. Por supuesto, comprendo que bien podría haber daños permanentes bastante invisibles.

—Eso significa que sus ojos no tienen cicatrices, —dijo Paul. —No deja que nadie le vea sin las vendas o sin sus gafas oscuras y por eso me lo había preguntado.

—No tiene cicatrices visibles, —repitió Margaret. Por alguna razón, se sintió aliviada al ver que su carruaje se había detenido frente a la entrada de la mansión. Su conversación, tan cuidadosamente neutral después de su recorrido por los establos en ruinas, había adquirido de repente una nueva nota de intensidad. Descubrió que era sorprendentemente reacia a hablar del estado de salud de lord Ransbury con su primo, probablemente porque revelaba su propio enamoramiento con cada frase que pronunciaba.

—Gracias por una mañana encantadora, —le dijo, dedicándole su sonrisa más encantadora. —Sería difícil imaginar una parte del país más atractiva en la que vivir.

—Una mejora sobre las chimeneas de Liverpool, sin duda. —Por un breve instante, Margaret creyó detectar el atisbo de una mueca de desprecio en la voz de Paul, pero cuando levantó la vista hacia él no vio en su rostro más que calidez y sentimientos amables. Le dedicó otra sonrisa, sintiéndose casi culpable por sus ridículas sospechas. Sin duda, la vida con papá en el confinamiento de la mansión Hartford le estaba haciendo leer dobles sentidos en la más inocua de las afirmaciones.

—¿Volverás a cenar con nosotros esta noche, Paul? Eso espero.

—Oh, sí. Aún no he tenido la oportunidad de presentarme ante Michael con un informe de mi mayordomía. —Soltó una pequeña carcajada. —No seré liberado de mi deber hasta que haya cabalgado alrededor de la finca y esbozado el destino de cada ladrillo y cada animal desde la

última vuelta de Michael.

—Debe ser un gran alivio para él saber que tiene un par de ojos tan fiables en los que confiar ahora que los suyos ya no pueden mantenerle informado. —Dos mozos de cuadra, uno más joven que el otro, aparecieron por fin desde el patio situado al lado de la casa y Paul bajó de un salto del carruaje, ofreciendo su mano a Margaret.

—Confío en que esta será sólo la primera de muchas excursiones, —dijo mientras la bajaba del carruaje. —Su presencia añadirá un atractivo especial a mis visitas a Ransbury.

—Ciertamente será una delicia descubrir más sobre mi nuevo hogar con usted como guía. —Su voz reflejaba el placer que había sentido durante el trayecto al despedirse. —No dejes a tus caballos parados, Paul.

—Hasta esta tarde, entonces. —Se inclinó sobre su mano y se la llevó a los labios en un gesto que recordaba a una época anterior. —Ha sido una mañana maravillosa para mí.

La visita de lord Ransbury al honorable Richard Norbet en Oak House evidentemente no había ido bien. Uno de los mozos de cuadra fue enviado de vuelta desde Oak House con un mensaje que decía que lord Ransbury estaba retenido y no cenaría en casa. Margaret se alegró bastante al saber que podría cenar tranquilamente a solas con Paul Goodwell. No tenía ninguna prisa por volver a cruzar espadas con lord Ransbury, sobre todo cuando se sentía tan somnolienta.

Había esperado pasar la tarde en la biblioteca -no había olvidado su propósito de encontrar un ejemplar del famoso diccionario del doctor Finch- pero el ama de llaves tenía otros planes. La señora Pritchard, una mujer formidable cuyas curvas desbordantes estaban ceñidas por un corpiño remetido y fruncido de pana negro, insistió en acompañar a Margaret por todos los almacenes y armarios de Ransbury Hall. Al asomarse a las estanterías de lino blanco, que olían débilmente a lavanda seca, y echar un vistazo a los estantes de los bodegones repletos de tarros de cristal de encurtidos y conservas, Margaret sólo pudo profesarse abrumada por la evidencia

del trabajo de la señora Pritchard. El ama de llaves no abandonó su despiadado recorrido por las habitaciones inmaculadas y los almacenes de muebles pulidos hasta que la luz de la tarde ya se estaba desvaneciendo en el crepúsculo.

Regresó de este recorrido por las tareas domésticas para encontrar a Janet paseándose ansiosamente por su habitación, murmurando que apenas había tiempo suficiente para que milady se pusiera el más sencillo de los atuendos adecuados para la cena. La criada pareció casi aliviada al saber que lord Ransbury no cenaría en casa, y se relajó ligeramente mientras acomodaba la bata de seda gris de su señora sobre los aros de su nuevo miriñaque. A Margaret le divirtió esta revelación inconsciente de esnobismo doméstico. Lord Ransbury, que no podía ver, requería una esposa perfectamente vestida. Paul Goodwell, que podía apreciar el trabajo, sólo merecía su segundo mejor vestido de seda para la cena y ningún peinado especial.

Sin embargo, el día había sido agotador y no se podía negar el hecho de que la cena con Paul Goodwell era menos dura (y menos emocionante) que la cena con lord Ransbury. No hubo subterfugio en su somnolienta disculpa a Paul en cuanto terminó la cena. Apenas pudo tragarse los bostezos que amenazaban con invadirla.

—Paul, te pido disculpas, —dijo cuando sintió que se caería sobre la bandeja del té. —Tendrás que perdonarme. No estoy acostumbrada a trasnochar tanto.

Paul disimuló su expresión de asombro con una rápida sonrisa. —¡Sólo son poco más de las nueve, Margaret!

—Entonces debe ser el aire fresco del campo después de tantos días de humo londinense. Sea cual sea la causa, Paul, tendrás que dejar que me retire o me quedaré dormida en el sofá.

—Déjame llamar a la criada. —Paul fue inmediatamente todo preocupación. —Es evidente que aún no te has recuperado del viaje, se nota lo frágil de tu constitución.

Margaret fue sacudida de su estado de somnolencia. —Cielos, Paul, te aseguro que te equivocas. Creo que tengo la más robusta de las constituciones, y nunca consigo producir

ninguno de esos útiles síntomas de la delicadeza femenina. No creo haberme desmayado nunca y apenas recuerdo la última vez que me dolió la cabeza.

Podría haberse pateado a sí misma en cuanto hubo hablado. ¿Por qué demonios había insistido en el perfecto estado de su salud, cuando lord Ransbury planeaba afirmar en breve que había expirado de una fiebre fulminante? Le estaba resultando extraordinariamente difícil recordar todos los detalles de su complot.

Se levantó rápidamente, antes de que pudiera cometer más errores. Buenas noches, Paul. ¿Quizás pueda contar contigo mañana para que me des una visita guiada por la iglesia del pueblo? El ama de llaves me ha dicho que es un buen ejemplo de arquitectura normanda tardía.

—Será un placer, Margaret. —Paul se puso en pie. —Sólo lamento que nuestra velada juntos haya sido tan corta.

Su sueño fue tan profundo e inmediato después de que Janet la hubiera dejado por la noche que Margaret fue incapaz de comprender por qué se despertó. En un momento estaba perdida para el mundo y al siguiente estaba completamente despierta, tumbada cómodamente en la cama, pero alerta a cada crujido y gemido de las tablas del suelo.

Estaba tumbada escuchando los pequeños sonidos que rompían el silencio nocturno. No tenía vela y estaba demasiado oscuro para ver la hora en el elegante reloj de ormolú que adornaba su repisa, pero estaba segura de que era muy tarde. Algún impulso la llevó hasta la ventana y, apartando las gruesas cortinas de terciopelo, pudo ver que los primeros pálidos dedos del alba asomaban una luz gris en la negrura del cielo. Se envolvió en la bata rosa que la doncella había dejado tendida en la tumbona, acurrucando los hombros en el mullido ribete de cisne, frotando suavemente las mejillas contra las flotantes y vaporosas plumas. Con las cortinas corridas parcialmente, una tenue luz caía sobre el espejo de su tocador, iluminando su reflejo con un resplandor etéreo y fantasmal.

Margaret se tocó sus pesados rizos castaños, apartándolos de sus hombros con un gesto

cohibido, antes de apartarse con impaciencia del sombrío reflejo. Metió los pies en las suaves zapatillas rosas colocadas junto a su cama, e intentó no pensar en el placer que le producía la frivolidad y el lujo inútil de su ropa nueva.

Tuvo que buscar durante algún tiempo hasta encontrar yesca para encender su vela. Evidentemente, los criados pensaban que ella debía dejarles a ellos esas tareas serviles. Una vez que consiguió tener una luz, salió sigilosamente de su habitación al enorme pasillo de arriba. Hacía frío lejos de los fuegos poco encendidos de su dormitorio, y se apresuró a bajar las escaleras. No se ocultaba intencionadamente, sino que por la fuerza de los hábitos adquiridos en la mansión Hartford se movía en silencio, permaneciendo pegada a la pared. En el vestíbulo de la planta baja vaciló, aún confusa por la disposición desordenada de las innumerables habitaciones. Abrió una puerta sólo para descubrir que conducía a una pequeña sala de desayunos, y una segunda puerta daba a una especie de despacho. A la tercera adivinanza, sin embargo, descubrió la biblioteca y con un suspiro de alivio entró en la habitación.

Tan grande era su satisfacción al descubrir la biblioteca, que no se detuvo a encender todas las velas. Encendió una de las lámparas de aceite y la colocó sobre la repisa de la chimenea, utilizando su propia vela para examinar el contenido de los estantes de la biblioteca.

Los libros estaban cuidadosamente ordenados, pronto lo comprobó. Una colección de textos latinos estaba agrupada en un estante, seguida de una selección de poesía griega. Casi olvidó su verdadero propósito al acudir a la biblioteca cuando se topó con una fascinante colección de novelas modernas. Pasó varios momentos embelesada sumergiéndose en las páginas de Sir Walter Scott antes de devolver el libro a su lugar de descanso. Se apartó y escudriñó las estanterías hasta donde alcanzaban sus ojos, esperando fervientemente que los diccionarios y léxicos no estuvieran arrimados al techo. Se había convencido a sí misma de que nunca entendería los extraños destellos de ira de lord Ransbury hasta que no buscara el significado de las palabras que le lanzaba en tonos de tan amarga acusación.

Caminó sin hacer ruido hasta una nueva sección de estanterías y descubrió una pequeña selección de libros dedicados a la gramática inglesa. No había, sin embargo, ningún diccionario. Desconcertada, apartó los libros de gramática a un lado y buscó detrás de ellos en la estantería para ver si se había deslizado un diccionario detrás de los libros de lecciones.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Margaret oyó el movimiento desde el umbral de la puerta y se dio la vuelta, apretando contra su cuerpo el diccionario que acababa de descubrir. Se ruborizó de un rojo encendido, consciente de que parecía la viva imagen de la culpabilidad pero incapaz de controlar sus reacciones. Se hurgó en los pliegues de su bata rosa.

—Yo... No sabía que había alguien aquí, —dijo.

—Eso es evidente, —dijo lord Ransbury. —La he estado siguiendo en sus misteriosas andanzas desde que salió de su dormitorio. ¿Qué esperaba descubrir precisamente en mi biblioteca?

—Bajé a por un libro, —dijo ella. —Me desvelé, —añadió como si eso lo explicara todo.

Lord Ransbury sonrió satíricamente. —Una historia de lo más persuasiva, —dijo. —¿Me permites ver tu elección? Le causó mucha dificultad sacarlo de la estantería, y tengo curiosidad por saber qué le inspiró a rebuscar en el fondo de una pila de libros cuando la habitación está llena de volúmenes que podrían haber sido suyos con sólo estirar una mano.

Con gran desgana le entregó el diccionario.

Lord Ransbury echó un vistazo a la encuadernación y se echó a reír. —¡Vamos, vamos, querida! Seguro que podrías haber cogido algo un poco más ameno aunque te haya asustado.

Volvió a sonrojarse, enfadada consigo misma y molesta por tener que revelar su ignorancia.

—Quería buscar el significado de una palabra. Estoy cansada de escuchar acusaciones que

no entiendo.

Frunció el ceño. —¿Qué palabra?

—Burdel, —dijo ella con fiereza, lanzando la cautela a los vientos. —Quería averiguar de una vez por todas qué clase de establecimiento regentaba la señora Duboin.

Su ceño se frunció. Hojeó las páginas del libro y se lo devolvió a Margaret. —Tome, —dijo bruscamente. Puede leer la entrada usted misma.

Margaret cogió el diccionario y echó un vistazo a la página que él le había indicado. No se molestó en leer muy lejos antes de levantar la vista, con la cara más blanca que las páginas que tenía delante.

—Leíste el título del libro, —dijo rotundamente. —Pasaste a la página correcta, puedes ver.

—Sí que puedo, —dijo lord Ransbury. —La vida está llena de pequeñas sorpresas, ¿no es así?

Ella ignoró el sarcasmo de su respuesta. ¡Pero eso es maravilloso! ¿Cuándo recuperó la vista?

—Justo después de que alguien persuadiera a mi enfermera de noche para que me envenenara.

—¿Se refiere al accidente con el somnífero? Pero yo entendí… es decir, ¡su primo Paul me dijo que ese incidente ocurrió hace meses!

Lord Ransbury se dirigió a la chimenea. Encendió una vela de la lámpara de aceite y la pinchó en los montones de leña y papel colocados en la chimenea. Cuando las llamas empezaron a enroscarse alrededor de los trozos de madera, respondió a la pregunta de Margaret.

—Sólo estuve ciego durante seis semanas después de mi accidente, —dijo finalmente. —

He podido ver desde el pasado diciembre. El cirujano y el médico que vi en Londres el mes pasado coinciden en que no ha habido ningún daño duradero en mis ojos. Describieron mi pérdida de visión como una “ceguera histérica” causada por el golpe en la cabeza y el shock de quedar atrapado por el fuego. —Sus labios se torcieron en una sonrisa amarga. —Si has visto arder hasta morir un establo lleno de caballos enloquecidos, Margaret, comprenderás por qué la mente de un hombre puede preferir la ceguera temporal.

Se hundió en la silla junto al fuego. —Pero lo que dices no tiene sentido. Si podía ver, ¿por qué fingió que no podía?

Lord Ransbury la miró, su expresión endureciéndose incluso mientras sus ojos bebían en el revoltijo de rizos castaños y la suavidad de sus labios entreabiertos. —¿Qué por qué le estoy contando todo esto? murmuró con dureza. —Es un caso de locura, si es que alguna vez hubo alguno.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? —Margaret se levantó apresuradamente de la silla y se arrodilló a su lado, apoyando la mano en su rodilla. —Si no puedes confiar en mí, ¿en quién deberías confiar? Después de todo, soy tu esposa.

Ella le miró seriamente a los ojos, y vio cómo la tensión que allí había se relajaba en su familiar sonrisa burlona. Inmediatamente se dio cuenta de lo que acababa de decir y se corrigió débilmente. —Bueno... es decir, me hago pasar por tu esposa y sabes que puedes confiar en mi discreción.

—¿Lo hago? —Pareció casi contra su voluntad que lord Ransbury alargara la mano y la dejara reposar un momento entre los rizos que cubrían los hombros de Margaret. —Todo lo que sé es que eres muy hermosa y que me has estado llevando a la distracción desde que te vi por primera vez a la clara luz del día. Intentabas describirme la belleza de los narcisos de mi jardín y yo sólo podía pensar en la belleza que hay en mi salón.

Margaret trató de ignorar el hecho de que las manos de él acariciaban ahora sus hombros

de un modo que le estaba provocando una serie de sensaciones de lo más extraordinarias. —¿Pero por qué, milord? —preguntó ella. —¿Por qué, en nombre del cielo, engaña a su familia y amigos en cuanto al estado de su salud? —Un nuevo pensamiento la golpeó y lo miró horrorizada. —¡Acabo de acordarme de Harriet Norbet! ¿Por qué esta elaborada mascarada para librarse de la señorita Norbet cuando no hay ninguna razón para que el matrimonio no siga adelante?

—Hay una excelente razón, —dijo tranquilamente lord Ransbury. —Ya no deseo casarme con Harriet.

—Eso está muy bien, —dijo Margaret. —Pero no hay necesidad de fingir estar casado conmigo para evitar el matrimonio con Harriet Norbet. —Se llevó las manos al pelo en un gesto de desconcierto. —¡Debía de estar temporalmente trastornada cuando le hice caso en Londres! Cómo he podido aceptar una excusa tan débil como explicación a toda esta planificación e intriga!

Se levantó bruscamente de la silla y paseó inquieto por la habitación. —Pero Harriet tampoco quiere casarse conmigo, y el señor Norbet no le permitiría romper el compromiso.

—Creo que tengo derecho a saber por qué me ha traído a Ransbury Hall. Ambos estamos de acuerdo en que no tiene nada que ver con Harriet Norbet.

Ella mantuvo la mirada fija en las llamas saltarinas del fuego. Era menos inquietante que observar las poderosas zancadas de lord Ransbury cuando cruzaba y volvía a cruzar el suelo de la biblioteca.

—Soy un hombre muy rico, —dijo intrascendentemente antes de sumirse de nuevo en el silencio. —Cuando recuperé la vista por primera vez, lo hice gradualmente, —dijo al fin. —Un día fui consciente de que la luz penetraba donde antes sólo había oscuridad. Al día siguiente, estaba seguro de poder ver formas vagas que se movían por mi habitación. No dije nada a mi médico ni a mis visitas porque quería estar seguro de la mejoría antes de despertar las esperanzas

de la gente. Seguía prácticamente confinado en mi cama con un par de costillas rotas que no se habían curado del todo. La caída de un madero, o alguna otra cosa, me había dado un buen golpe mucho antes de que las llamas y el humo empezaran a envolverme.

Margaret se acercó a lord Ransbury y detuvo su inquieto paso. Odiaba ver cómo los recuerdos del dolor tensaban su boca y marcaban las familiares líneas de tensión a lo largo de sus mejillas. Con suavidad, ella le rozó los labios con sus dedos. —Ya se ha acabado, milord, —dijo suavemente.

Sus ojos se oscurecieron de emoción al contemplar su rostro. Se preguntó cómo podía haber creído, incluso en la oscuridad de su dormitorio, que aquellos ojos apasionados se habían quedado sin vista cuando la habían mirado la noche anterior. Por un momento pensó que lord Ransbury iba a besarla y se estremeció de placentera expectación, pero tan repentinamente como la había acercado a él, la apartó. —¡Ah, no! —exclamó. —¡Eso no! Sería demasiado fácil volver mis propias armas contra mí.

Ella enrojeció de mortificación, sin comprender el significado de sus palabras, pero muy consciente de que se había arrojado a sus brazos con un abandono que ningún caballero podía esperar experimentar de una dama. Aferró los pliegues de su bata rosa más cerca de su cuello y dijo con un intento de frialdad. —¿Qué pasó después? Me estabas hablando de los días en los que recuperaste la vista.

—No podía ver bien y sufría fuertes dolores de cabeza, pero la misma noche en que por primera vez fui capaz de distinguir formas y movimientos, me di cuenta de que alguien se movía sigilosamente por mi dormitorio. Puso un vaso de zumo de limón junto a mi cama y, en cuanto lo terminé de beber, fui consciente de la aparición de violentos dolores y alucinaciones. La persona que puso el vaso estaba en mi dormitorio, ya fuera la enfermera u otra persona, no tengo forma de saberlo, esperando a observar mis contorsiones, para después salir de la habitación.

—¡Oh, no, milord! —Rechazó las acusaciones con un gesto de repulsión. —Usted mismo

dice que el líquido le causó alucinaciones. ¿Cómo puede estar segura de que esa figura silenciosa no es producto de sus sueños? ¿Cómo puede afirmar que la persona se movía sigilosamente cuando ni siquiera podía ver con la suficiente claridad para saber si era o no su enfermera?

—Era mi vista la que estaba dañada, —dijo secamente lord Ransbury. —No había nada malo con mi audición.

Margaret no aceptó del todo esta explicación, pero estaba ansiosa por escuchar el final de la historia. —¿Entró alguien a ayudarle, milord?

—No. Me levante como pude y me dirigí al vestidor. Sam estaba durmiendo allí, como había hecho todas las noches desde el incendio, y le pude avisar.

Las palabras crearon una imagen incómodamente vívida de lo que lord Ransbury debió soportar al trasladarse de su dormitorio al vestidor. —Fue... pareció un largo paseo, supongo, —dijo ella.

—No caminé. Me arrastré, —dijo brevemente lord Ransbury.

Intentó aligerar la repentina tensión del ambiente. —Bueno, al menos ha sobrevivido para contarlo, —dijo tan alegremente como pudo.

—Oh sí, —dijo lord Ransbury sardónicamente. —Y pienso descubrir también quién intentó asesinarme.

Ella habría protestado por sus palabras, le habría instado a considerar hasta qué punto su juicio podía haber errado bajo las presiones de una larga enfermedad, pero antes de que pudiera decir nada él la cogió en brazos. Tiró de ella en redondo, de modo que quedó frente a la puerta, y la empujó de cuerpo entero contra su cuerpo. Luego inclinó la cabeza y le cubrió la boca en un beso apasionado.

Al principio estaba demasiado conmocionada para sentir nada en absoluto, pero poco a poco sintió que su cuerpo se ablandaba contra el de él y, con un pequeño suspiro, sin darse

cuenta siquiera de lo que hacía, le subió las manos al cuello, estrechando sus labios contra los suyos.

Mientras se balanceaba más cerca de él, vio que la puerta de la biblioteca se había abierto de par en par y una fría corriente de aire entraba desde el pasillo. Sonrojada furiosamente, avergonzada más allá del habla por haber sido descubierta en brazos de lord Ransbury, intentó zafarse, pero lord Ransbury la sujetaba con mano de hierro. Se dio cuenta de que seguía de espaldas a la puerta.

—Oh, lo siento muchísimo. —Paul Goodwell consiguió sonar casi tan avergonzado como se sentía Margaret, su mirada pasó incómodamente de su revelador envoltorio rosa a la espalda de lord Ransbury. —Escuché un ruido aquí y me pregunté si teníamos ladrones.

—Ya que no los tenemos, viejo amigo, sería de más tacto que se retirara. No creo que lady Ransbury esté vestida para recibir compañía.

—Oh... em... sí... Por supuesto. Lo siento de nuevo.

—Tu disculpa es aceptada. O al menos lo sería si tan sólo te fueras.

La puerta de la biblioteca se cerró y oyeron sus pasos retirarse por el vestíbulo de mármol.

—Se ha ido. —Lord Ransbury suspiró y soltó a Margaret de su abrazo. Una pequeña sonrisa iluminó la oscuridad de sus ojos. —Ha sido una forma muy agradable de ocultar mi rostro. Debería asegurarme en el futuro de que siempre estes a mano cuando desee ocultar mis ojos a alguien.

Estaba enfadada, sobre todo por su propia respuesta ridícula a algo que lord Ransbury no había considerado más que una pieza de teatro. —¿Por qué desearías ocultar tu rostro, milord? No veo nada particularmente repelente en él.

—Nadie -salvo tú y Sam- me ha visto sin mis gafas oscuras. Prefiero mantener las cosas así.

Estaba demasiado enfadada consigo misma para seguir con sus preguntas. —Es casi de mañana, milord, creo que es hora de que regrese a mis propias habitaciones, o me encontraré con la mitad de la casa por el camino.

Lord Ransbury regresó al hogar y sacó del bolsillo un par de gafas oscuras, cubriéndose los ojos con la familiar pantalla negra. —No olvides el diccionario, querida. —Le entregó el grueso volumen, que había yacido descuidado en el suelo. —Hay algunas palabras que deseabas consultar, creo. Estoy deseando seguir discutiendo el asunto contigo cuando descubra exactamente qué clase de club dirigía madame Duboin.

—Eso será sin duda agradable para ambos, —dijo ella, aceptando el libro y tratando de parecer digna.

La cabeza de lord Ransbury se inclinó en un irónico saludo. —Nos veremos a la hora de cenar, —dijo. —Si no antes.

Capítulo



Paul Goodwell nunca pudo llevar a Margaret a la prometida visita a Saint Egburt's, la iglesia parroquial. Lord Ransbury se lanzó a una orgía de trabajo y Paul, junto con el resto de la casa Ransbury, estaba totalmente ocupado en seguir el ritmo de las demandas de información de su primo. Dos abogados polvorientos llegaron de Londres y se pasaron el día estudiando minuciosamente los libros de contabilidad de la finca. Por la noche, los abogados, junto con Paul y lord Ransbury, celebraban interminables consultas en la biblioteca. Paul Goodwell empezó a lucir una sombría expresión de fatiga, mezclada con preocupación. Lord Ransbury parecía prosperar en este nuevo régimen de trabajo duro y constante.

Margaret no preguntó por las razones de esta repentina actividad, aunque Janet le dijo que tenía algo que ver con un nuevo ramal ferroviario. Se limitó a agradecer el ajetreo de los asuntos urgentes, fuera cual fuera su causa. Los abogados, los montones de documentos y las constantes reuniones, sólo hacían que le resultara mucho más fácil evitar cualquier encuentro privado con lord Ransbury. Había consultado el diccionario y descubierto por sí misma el significado de las palabras que durante tanto tiempo la habían desconcertado. A la luz de su nueva y devastadora información sobre el supuesto club de madame Duboin, sólo podía esperar que lord Ransbury se mantuviera ocupado hasta el mismo día en que llegara el momento de que su “esposa” viajara al extranjero y “muriera”.

Mientras tanto, como estaba acostumbrada a la soledad, no tuvo problemas para llenar sus días. Pasaba mucho tiempo explorando los terrenos, realizaba las pocas tareas domésticas que la señora Pritchard le permitía hacer y daba gracias al cielo todos los días por que los vecinos se mantuvieran alejados de Ransbury Hall.

Se alegraba de este aislamiento. Su padre tenía pocos amigos personales, pero en su posición de escudero de Hartford Manor había desarrollado un amplio círculo de conocidos. Le inquietaba la idea de que alguno de los vecinos de lord Ransbury pudiera haberla conocido en los días en que había sido Margaret de Hartford Manor.

Su alivio por llevar una vida tan tranquila perduró durante casi dos semanas. La calma se rompió un domingo por la mañana temprano cuando lord Ransbury, escoltado como siempre por Sam, apareció en la puerta de su habitación.

—He venido a recordarte que asistiremos a maitines esta mañana, mi amor. —El corazón de Margaret dio un vuelco ante aquel cariñoso gesto casual, pero lord Ransbury ya se había vuelto para charlar con su doncella. Terminó una breve conversación con Janet y volvió su oscura mirada hacia Margaret. —En verano, a veces retrasamos nuestra asistencia a la iglesia hasta que llega la hora de vísperas, pero el camino es más agradable por la mañana. Las flores de principios de verano de los setos deben de estar en su mejor momento.

Ella le miró consternada. —Tal vez podríamos hablar en privado, mil... Michael. —Dejó que su mirada se posara señaladamente en Sam y luego en Janet. Nunca se acostumbraría a la fácil informalidad de lord Ransbury delante de los criados.

Él levantó una ceja inquisitiva en su dirección, haciendo que ella se sonrojara incómodamente. Ahora podía adivinar la expresión de sus ojos con la misma facilidad que si no hubiera llevado unas gruesas gafas oscuras. No podía entender por qué Paul Goodwell y los criados seguían sin darse cuenta del hilo de burla silenciosa que recorría toda su conversación con ella.

—Sam, Janet, —dijo lord Ransbury. —Tal vez podríais dejarnos a solas un rato. —Sin esperar a oír cerrarse la puerta, se volvió hacia Margaret. —Siéntate, querida. Si vas a discutir conmigo, más vale que lo hagas cómodamente.

—Prefiero estar de pie, —dijo ella, luchando por mantener la compostura. —Sabes muy bien que no puedo acompañarte a la iglesia.

Él se sentó en un sillón mullido, se quitó las gafas, evidentemente a sus anchas. Sus ojos, vio ella, estaban encendidos de risa. —¿Por qué no puedes ir a la iglesia, querida? ¿No posees un bonete adecuado?

—Tengo una estantería llena de bonetes adecuados, como bien sabes, —respondió ella. —Tú mismo me los compraste. No puedo ir a la iglesia fingiendo ser tu esposa cuando ambos sabemos que me encontraste en un... en un... en el lugar en que me encontraste.

—¡Ah! —dijo lord Ransbury. —Percibo que has estado examinando el admirable diccionario del doctor Finch.

El rubor flameó desde el cuello de Margaret hasta las raíces de su cabello. —No puedo asistir al servicio matutino cuando estoy fingiendo ser su esposa, —dijo ella. —Ambos sabemos que soy una... —tragó saliva con dificultad, —soy una mujer venida a menos, milord.

Él se rio. —Para nada, querida. Pero si tú quieres…

Cuando ella no respondió, lord Ransbury se levantó de la silla y se acercó para tomarla firmemente en sus brazos, levantándole la barbilla para que no pudiera apartar la mirada de su inspección.

—Veo que para usted éste no es un asunto con el que se pueda bromear, —dijo con ligereza. —Querida, no me digas que puedes creer que el Todopoderoso está a punto de soltar un rayo en la Iglesia porque te has atrevido a asistir a maitines, ¿verdad?

—N-no, —dijo Margaret, incapaz de ocultar su incertidumbre. —Pero es muy hipócrita,

milord.

Le rozó la punta de las pestañas con un dedo suave. —¿Lloras, Margaret? Seguramente eres lo suficientemente sabia como para saber que no estás siendo más malvada al asistir a la iglesia que al consentir en quedarte aquí conmigo. Y eso, ya lo sabes, es en realidad un acto de bondad por tu parte. Además, si nuestra iglesia parroquial sólo permitiera entre sus muros a aquellos que son enteramente virtuosos, puedo predecir con seguridad que el vicario estaría predicando ante filas de bancos de madera vacíos.

Margaret no pudo reprimir una sonrisa. —Me pregunto qué diría su vicario si pudiera oírle difamar así a su congregación. —Suspiró, intentando disimular con poco éxito su preocupación. —Pero también está la cuestión de tus vecinos, milord.

—Un lote muy aburrido, —dijo lord Ransbury. —Pero intentaré protegerla de los peores aburridos.

—Sabe muy bien que no pretendía insinuar nada sobre sus caracteres. Somos nosotros los que estamos en un error, milord. No está bien que me presenten ante ellos como lady Ransbury.

—Bueno, difícilmente puedo presentarla ante ellos como otra cosa, —dijo con calma. —¿Qué sugieres? Debería decir… ¿Esta es Margaret Hartford, a la que tengo muchas esperanzas de convertir en mi señora?

—Sabes muy bien que no quiero que hagas tal cosa. ¿Nunca estás dispuesto a discutir nada en serio?

—No cuando es tan improbable como ahora, que lleguemos a un acuerdo. —Lord Ransbury se puso las gafas, formando deliberadamente una barrera entre ellos. —Margaret, pronto espero poder hablarte largo y tendido, contarte algo más de lo que ha estado ocurriendo, pero por ahora no puedo. Debes confiar en que me encargaré de que no se produzca ningún daño real con esta mascarada. Venga, ponte ese encantador bonete con los capullos de rosa y vayamos a la iglesia. Estoy deseando oírte cantar. Estoy segura de que tienes una voz deliciosa.

—Canto como un cuervo, —dijo amotinadamente justo cuando Janet volvió a entrar en la habitación en respuesta al tirón que lord Ransbury dio a la cuerda de la campana.

—Voy a hacer que Sam me acompañe abajo, —le dijo a la doncella. —Confiaré en ti para que termines de vestir a tu señora lo antes posible. No estaría bien que llegáramos tarde en nuestra primera aparición juntos en la iglesia.

—Sí, milord. —Janet se apresuró a entrar en el dormitorio para buscar los guantes, el bonete y el chal de Margaret. Sam condujo a lord Ransbury fuera de la habitación, murmurando instrucciones tan solícitamente que Margaret habría jurado, si no lo hubiera sabido mejor, que Sam no tenía ni idea de que la vista de su señor era tan buena como la suya propia.

Paul Goodwell había viajado a la iglesia en su coche de caballos y ya estaba sentado en el banco familiar cuando Margaret y lord Ransbury entraron en el porche de paja de Saint Egburt's. El murmullo de los susurros subía y bajaba mientras caminaban juntos por el pasillo y se sentaban en la parte delantera de la iglesia. Ella sabía, por mucho que le hubiera parecido lo contrario al resto de la congregación, que era lord Ransbury quien la sostenía, con su brazo una roca firme bajo sus dedos temblorosos. Resolvió concentrar sus pensamientos en la descarnada belleza de la iglesia normanda, a pesar de la atención de cien pares de ojos clavados en su espalda.

El edificio databa de principios del siglo XIII y los gruesos muros de piedra y las estrechas rendijas de las ventanas recordaban más a una fortaleza que a un lugar de culto. Sin embargo, a Margaret le pareció que los muros de piedra gris exhalaban recuerdos de siglos de oración. Las ventanas originales eran demasiado estrechas para dar mucha luz, pero una magnífica vidriera moderna detrás del altar admitía un caleidoscopio arremolinado de luz solar enjoyada.

Las familiares palabras de maitines cayeron tranquilamente sobre sus oídos. Estaba tan oscuro el interior de la iglesia que habría sido difícil leer las palabras del oficio, pero por supuesto ella conocía de memoria cada respuesta. No fue hasta que el vicario subió al púlpito

para pronunciar su sermón cuando ella tuvo motivos para mirarle de cerca.

Dio un grito ahogado involuntario cuando él empezó a predicar y sus nudillos brillaron blancos donde aferraba su libro de oraciones. Paul Goodwell parecía no darse cuenta de su estado de shock, pero lord Ransbury se volvió hacia ella de inmediato.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Nada. —Ella sacudió la cabeza con fiereza, decidida a rechazar la evidencia de sus propios ojos. Entonces, casi contra su voluntad, permitió que su mirada subiera de nuevo hasta el rostro del ministro. En la penumbra no podía discernir cada detalle de sus rasgos, pero sabía que no se había equivocado. No pudo evitar que la pregunta susurrada saliera a flote.

—¿Cómo se llama el vicario? —preguntó.

—Señor Adolphus Lytton, —contestó lord Ransbury. —Es un tipo de buen corazón que ha estado aquí durante años. ¿Por qué?

Ella volvió a sacudir la cabeza. —No podemos hablar ahora. —Sus dedos relajaron su agarre presa del pánico sobre su libro de oraciones, aunque su estómago seguía anudado por el susto. El señor Adolphus Lytton, así que no era el vicario de Hartford Manor. ¿Quizás este hombre era un primo? Escuchó las suaves palabras de su sermón, exhortando a la congregación a una mayor bondad de unos hacia otros, instando a la tolerancia hacia las pequeñas debilidades sin importancia de los demás. Seguramente un hombre así no podía ser pariente cercano del señor Harold Lytton, que veía el pecado acechando detrás de cada sonrisa y cada gesto de felicidad.

Su anterior disfrute del servicio había llegado a su fin. No podía pensar en otra cosa que en el escándalo que estallaría si se descubría su engaño. Cerró los ojos, como si así pudiera cortar los horrores que su imaginación conjuraba. Pero fue inútil, las mismas imágenes se agolpaban en la oscuridad. Desesperada, volvió a mirar al señor Lytton, esperando que la denunciara en el acto por la impostora que era.

Fue una tortura permanecer sentada durante el resto del servicio, levantándose para cantar los himnos como si nada hubiera ocurrido que le recordara la cuerda floja por la que caminaba. Su desdicha se hizo finalmente evidente para Paul Goodwell, que se inclinó hacia ella y le tocó la mano en un gesto de preocupación. —Margaret, ¿te encuentras bien? Estás espantosamente pálida, ¿sabes?

—Estoy bien, —susurró ella. —Sólo una estúpida sensación de desmayo. No le des importancia, te lo ruego.

No hubo forma de evitar una ronda de presentaciones al final del servicio. Lord Ransbury y su grupo abandonaron la iglesia antes de que el resto de la congregación se removiera de los bancos, pero la esperanza de Margaret de escabullirse era una tontería. Le pareció que las mentiras sobre su supuesto matrimonio se habían repetido cien veces antes de que el vicario cruzara para unirse a su grupito. El único consuelo era que los Norbet no parecían estar en la iglesia.

El vicario le sonrió con un placer no fingido. —Bienvenida a Berkshire, lady Ransbury.

Ella contuvo la respiración, incapaz de continuar con su fingida compostura, pues seguramente ningún simple primo había sido tan parecido como Harold y Adolphus Lytton. Sólo la expresión alegre y los ademanes joviales distinguían a este hombre del que una vez había sido elegido como su esposo. Sus ojos, azul pálido como los de Harold Lytton, centelleaban ante Margaret con una jovialidad que nunca había aparecido en los ojos de Harold. Sus manos, delgadas como las de Harold, le estrecharon los dedos en un cordial apretón.

—Lady Ransbury, —sonrió. —Es difícil imaginar algo que pueda darme mayor placer que darle la bienvenida a Saint Egburt's, aparte de haberla conocido antes para haber podido oficiar la ceremonia de su boda, ¡por supuesto!

—Nos casó un miembro de la familia de Margaret en Londres, —dijo lord Ransbury con facilidad. Su expresión anodina no mostraba ningún indicio de culpabilidad, ni por la mentira ni

por el trato que había dispensado a Harriet Norbet. Margaret se preguntó cómo es que él habría justificado aquel insensible rechazo ante el vicario. Observó a lord Ransbury mientras sonreía de nuevo al vicario. —Prometeremos celebrar todos los bautizos en Saint Egburt's, —dijo.

El señor Lytton le devolvió la risa. —Está haciendo sonrojar a su buena señora, mi querido señor. Apenas ha habido tiempo para pensar en las bendiciones de una familia. Bueno, bueno, no se queden parados con esta brisa helada, pues no queremos que lady Ransbury coja frío. Esa no sería una feliz introducción a esta encantadora parte del país.

Se inclinó ante Margaret, incluyendo cortésmente a Paul Goodwell en su gesto. —Mi esposa y yo estamos deseando unirnos a ustedes para almorzar. Ella vendrá enseguida, estoy seguro. Le agradecemos que nos haya extendido una invitación tan pronto después de su llegada a Berkshire.

Margaret logró esbozar una pequeña sonrisa. —Es un placer, —dijo. —¿Me disculpan? — Caminó rápidamente hacia el carruaje que les esperaba, aliviada al comprobar que aún tenía fuerzas para recorrer la corta distancia sin ayuda.

Deben ser hermanos, por supuesto. Este señor Lytton tenía que ser hermano de Harold. Tiró de las costuras de sus guantes, hurgando inconscientemente en un pequeño desgarrón del cabritillo. No había razón para suponer que su engaño estaba a punto de ser descubierto, se dijo a sí misma. El señor Adolphus Lytton aún no había visitado nunca a su hermano en Hartford Manor. Tal vez no eran amigos, tal vez ni siquiera se escribían.

No se sintió reconfortada por sus propias palabras tranquilizadoras. Se estremeció al imaginar las consecuencias si su padre descubría alguna vez su paradero y se enteraba de lo que estaba haciendo. Al menos no temería que Harold Lytton insistiera en renovar su propuesta de matrimonio. Era más probable que le recomendara recluirla en un cuarto oscuro, a dieta permanente de pan y agua.

Lord Ransbury regresó al carruaje, interrumpiendo su desagradable hilo de pensamientos.

Sintió un ramalazo de rabia de que él pudiera parecer tan despreocupado cuando eran sus intrigas las que la habían colocado en una posición tan peliaguda. Podía sentir su desaprobación y fijó los ojos en la lejana torrecilla de la iglesia para no tener que ver las duras líneas grabadas desde sus aleteantes fosas nasales hasta sus labios tensos.

Apenas esperó a que se cerraran las puertas del carruaje para hablar.

—Ahora tendrá la bondad de explicarme por qué desairó al vicario, que es probablemente uno de los hombres más amables y buenos que conozco.

No tenía sentido fingir que no pasaba nada. —El señor Lytton me recordó a alguien que conozco, —dijo ella. —Mis recuerdos de esta… esta otra persona no son agradables.

—No considero que esa sea una razón adecuada para insultar a un viejo y respetado amigo, —replicó lord Ransbury. —Le aconsejo que supere esos recuerdos desagradables antes de que el señor y la señora Lytton se reúnan con nosotros para almorzar. Son buenas personas que se esfuerzan incesantemente por el bienestar de los aldeanos y no pretendo que su única comida relajante de la semana se vea incomodada por su decisión de permitirse un ataque de mal humor.

Se tragó un nudo de desesperación que parecía haberse instalado permanentemente en su garganta. —¿No podría excusarme de la comida? Hay... buenas... razones que me dificultan parecer tan acogedora como debería con el vicario.

—No se me ocurre ninguna, —dijo lord Ransbury. —Si quiere confiar en mí, podemos considerar el asunto. De lo contrario, espero que corrija la impresión que ha creado hoy fuera de la iglesia. No espero que mi esposa cause vergüenza a mis amigos.

—¡Oh, no! —exclamó Margaret, refugiándose en la ira. —¡Puedes escandalizar a todo el vecindario con tu rechazo a Harriet Norbet, pero yo debo ser un modelo-tarjeta de perfección! Eso, después de todo, es lo correcto. Un hombre puede hacer lo que quiera, pero una mujer no sólo debe ser perfecta, debe ser vista como perfecta.

—Precisamente, —dijo él fríamente. —Tus servicios han sido comprados y pagados, Margaret. Procura comportarte adecuadamente durante el almuerzo.

—Espera demasiado de una mujer con mis antecedentes, —exclamó ella, más allá de la discreción.

—¡Sus antecedentes! —murmuró él. —Me pregunto cuál es la verdad sobre ese interesante tema. ¿Está realmente huyendo de algún escándalo pueblerino como me quiere hacer creer? ¿O fue entrenada cuidadosamente por madame Duboin para llevar a algún tonto al borde de la locura? Esto me parece más probable, la verdad.

—Soy lo que usted desee que sea, —dijo ella con cansancio. Sus palabras acusadoras pincharon la burbuja de su falso enfado. —Asistiré a su almuerzo y seré todo sonrisas, milord. Sólo hágame el favor de alejar la conversación del tema de mi familia y mi pasado. He soportado un exceso de mentiras en las últimas semanas.

—No se preocupe. No tengo ningún deseo de sacar a la luz los sórdidos detalles de su pasado. Mis planes exigen otros temas de conversación en la mesa del almuerzo.

—¿Planes? ¿Qué planes?

No le contestó directamente. —Te han traído a Ransbury con un propósito. Es hora de avanzar. Así que, por favor, recuerda cómo espero que te comportes en la comida. Ya estamos en casa, así que no hay tiempo para más discusiones.

El carruaje se detuvo ante los escalones de mármol de Ransbury Hall. Ella ni siquiera fingió esperar para ver a lord Ransbury siendo asistido desde el carruaje, sino que se apresuró a entrar en la casa, anhelando la intimidad de sus propias habitaciones.

Había temido tanto el almuerzo que al principio la realidad no fue ni de lejos tan sombría como sus imaginaciones. La señora Lytton, una mujer delgada y jovial, de sagaces ojos castaños y rostro surcado por años de trabajo y risas, la saludó con una cálida alegría que calmó los

lacerados nervios de Margaret.

—Siento que no nos hayamos visto en la iglesia, —dijo la señora Lytton. —Mi pobre pequeño Tom ha enfermado de un dolor de muelas y estaba demasiado abatido para ir. Ahora parece más tranquilo, la cocinera le hizo un brebaje lleno de clavo.

—¡Pequeño Tom! —exclamó burlonamente el señor Lytton. —¡Debo decirle, lady Ransbury, que el pequeño Tom mide un metro ochenta y tiene diecisiete años! Pero sabe cómo engatusarnos a todos.

—Bueno, es el único que queda en casa, —dijo cómodamente la señora Lytton, como si esto lo explicara todo.

Ni el vicario ni lord Ransbury parecieron encontrar extraño que la señora Lytton diera prioridad al dolor de muelas de su hijo sobre la asistencia a la iglesia. Margaret se preguntó qué tendrían que decir Sir Leopold Hartford y el señor Harold Lytton sobre semejante sistema de prioridades. Sin embargo, pronto se relajó bajo la benévola mirada de la señora Lytton y el tranquilo buen sentido de la conversación del vicario. Se sorprendió al descubrir a mitad del primer plato que en realidad estaba disfrutando de la comida. Notó que Paul Goodwell estaba inusualmente callado, pero no se esforzó por incluirlo en la alegre charla. La naturaleza de Paul no era dada a conversaciones frívolas, se dio cuenta.

—El ramal ferroviario de Michael se inaugurará el mes que viene, —dijo de repente. Sus palabras cayeron en uno de los pequeños silencios que pueden producirse en cualquier reunión.

—¿Los abogados han aclarado las últimas objeciones? —preguntó el señor Lytton, volviéndose hacia lord Ransbury.

—Sí, —respondió. —Trenes de pasajeros y de mercancías circularán diariamente hasta Reading.

—Bueno, al menos está resuelto, —dijo la señora Lytton. —Ahora puede seguir con sus

planes para atraer nueva industria, milord. Lo cual es ciertamente necesario.

—La mitad del pueblo se muere de hambre, —dijo Paul. —Pero, aun así, no negará que fue una locura criminal vender esas tierras a los especuladores del ferrocarril.

El señor Lytton habló con suave reprimenda. —Conocemos su apego a Ransbury, señor Goodwell, y a las costumbres establecidas por su abuelo, pero los aldeanos de la finca de lord Ransbury nunca han pasado hambre. Su orgullo ha sufrido, tal vez, porque han aceptado la caridad, por eso lord Ransbury se sintió tan frustrado por su larga enfermedad. Le impidió buscar la nueva industria que esta parte del país necesita con tanta urgencia. Eso, afortunadamente, es ahora un problema del pasado. Bajo la influencia de lady Ransbury, todos podemos ver las mejoras en la salud y la fuerza de lord Ransbury.

Paul dejó caer los ojos hacia su comida en evidente confusión.

—Perdóneme. No era mi intención introducir temas controvertidos en la mesa de lady Ransbury.

Lord Ransbury extendió la mano, buscando su copa de vino. Sam guio discretamente los dedos de su señor para que se cerraran alrededor del fino tallo de cristal. El ayuda de cámara era un magnífico actor, pensó Margaret. Tenía que seguir recordándose a sí misma que él sabía tan bien como ella que lord Ransbury era muy capaz de ver su propia copa de vino.

Lord Ransbury rompió la ligera tensión engendrada por los comentarios de Paul.

—Mi esposa y yo tenemos algunas noticias de naturaleza alegre para contrarrestar todo este pesimismo. —Levantó su copa en un breve gesto de saludo. Margaret podía imaginarse la burlona luz gris que brillaría en sus ojos tras las gafas oscuras. Con su comprensión intuitiva de sus sentimientos, supo que los comentarios de Paul Goodwell habían precipitado esta repentina intervención. Deseó no tener esa desconcertante capacidad de leer sus estados de ánimo, la mantenía en constante vilo. Sonrió con indiferencia a la compañía reunida.

—Aunque es pronto para hacer un anuncio de esta naturaleza, me gustaría que ustedes tres fueran las primeras personas en saber que nuestra familia pronto será bendecida con la incorporación de un niño. Margaret espera un heredero de Ransbury, ¿verdad, mi amor? Aunque confieso que secretamente espero una hija que sea tan encantadora como su madre.

El vicario irrumpió en el sorprendido silencio que siguió a los comentarios de lord Ransbury. La propia Margaret estaba más allá del habla. —Así que por eso parecía usted pálida durante el servicio de hoy, mi querida lady Ransbury. Noté al pronunciar mi sermón que parecía usted bastante angustiada y no creo que mi mensaje sea lo suficientemente impactante como para arrancar el color de las mejillas de mis oyentes.

La señora Lytton sonrió afectuosamente a su marido, antes de levantar su copa de vino en un gesto de felicitación. —Ciertamente es un placer ofrecerle nuestros buenos deseos para el feliz acontecimiento que se avecina, lady Ransbury. ¿Para cuándo podemos esperar la llegada del pequeño?

Un trozo de pan en los dedos de Margaret se rompió en una docena de diminutas migajas, su mente en un desesperante blanco. ¿Cuándo se suponía que ella y lord Ransbury se habían casado? —N-no estoy segura de la fecha exacta, dijo tartamudeando.

—A finales de septiembre, —intervino lord Ransbury. —Sabemos que será en septiembre, ¿no es así, mi amor?

—Sí, —dijo Margaret. Por supuesto, se suponía que se habían casado en enero. Algún resquicio de malicia la impulsó a añadir. —Espero que haya tiempo para que hagamos nuestro viaje de bodas. Habíamos planeado visitar Roma y Atenas, ya sabe.

Paul Goodwell levantó rápidamente la vista de su postre a medio comer. A Margaret se le ocurrió que parecía casi tan incómodo como se sentía ella. —No sabía que planeabais un viaje de novios, —dijo. —¿Es eso prudente en su... em... delicada condición?

—Oh, mi esposa viene de estirpe robusta, —dijo lord Ransbury, y su sonrisa complaciente

fue casi lo bastante conseguida como para engañar a Margaret. Podía sentir cómo los ojos de Paul se deslizaban con hipnótica fascinación hacia la delgadez de su cintura. Lord Ransbury iba a tener que organizar su viaje de “bodas” con considerable rapidez si quería evitar incómodas explicaciones sobre su esbelta figura. A menos que estuviera dispuesto a arrastrar a Janet y a las demás doncellas al engaño, no podía fingir que estaba ganando unos centímetros inexistentes.

—Vaya, vaya, —dijo el vicario, suspirando satisfecho mientras se servía una modesta ración de pudding, —estoy encantado de saber que es un don de Dios y no el efecto nefasto de mi sermón lo que te ha causado tanta incomodidad en la iglesia esta mañana.

Margaret, agradecida por la oportunidad de cambiar el tema de conversación, habló con una calidez no fingida. —Su sermón fue todo lo amable que se puede ser, señor Lytton. He escuchado demasiadas conferencias sobre los terrores del Infierno. Fue agradable oír algo sobre las recompensas que esperan a los virtuosos, aunque a veces temamos que tenemos más probabilidades de ser condenados con lo malo que recompensados con lo bueno.

La señora Lytton sonrió con aprobación. —Estoy completamente de acuerdo con su punto de vista, lady Ransbury. No creo que la gente de nuestra parroquia sea ni un poco más malvada que la de otros lugares, pero mi marido tiene que soportar constantes acusaciones de que no regaña a su rebaño con suficiente vigor.

—Vamos, vamos, mi amor. Estás permitiendo que la parcialidad de esposa exagere el caso. —La mirada afectuosa del señor Lytton quitó todo aguijón a su suave reprimenda. Se volvió hacia Margaret con un ligero encogimiento de hombros. —Lord Ransbury ya ha oído muchas historias sobre mi hermano menor. Es un buen hombre, sin duda, pero su visión del ministerio cristiano es diferente de la mía. Yo me conformo con seguir mi camino y dejarle a él que siga el suyo, pero él siente que es su deber intentar que yo sea más ortodoxo.

La señora Lytton no pudo contener su indignación. —¡Ortodoxo! —resopló. —Si es pecado sonreír entonces Harold Lytton es ciertamente ortodoxo. No recuerdo dónde se dice que

debemos hacer desgraciados a todos para lograr la salvación.

—Tenemos que ser tolerantes con su disposición en este momento, querida. Debes recordar que acaba de perder la oportunidad de casarse con la mujer a la que había entregado su corazón.

La mano de lord Ransbury golpeó contra la jarra de vino y su cabeza se inclinó hacia Margaret. —No había oído esta historia antes, —le dijo al señor Lytton. —Su hermano es el que vive en el pueblo de Hartford, si no recuerdo mal.

—Sí, y la dama con la que deseaba casarse es la hija de su patrón. No nos contó exactamente lo que pasó. ¿Recuerdas su nombre, mi amor?

Margaret contuvo la respiración hasta que la señora Lytton sacudió la cabeza. —Tu hermano no lo mencionó en su carta.

Margaret irrumpió en la conversación antes de que el vicario pudiera decir algo más. —Dígame, señora Lytton, ¿qué éxito ha tenido la parroquia en establecer una escuela dominical para los niños del pueblo? ¿Asisten la mayoría de ellos a la escuela durante la semana?

No oyó la respuesta que dio la señora Lytton. Sintió que Paul Goodwell la miraba con gran curiosidad, pero no pudo hacer nada para distraer su atención. Todo lo que podía hacer era sentarse en su silla, asintiendo y sonriendo en lo que esperaba fueran los momentos adecuados.

Se sintió físicamente enferma de alivio cuando oyó a Paul Goodwell interponer algún comentario sobre el proyecto de drenaje que se estaba llevando a cabo en el límite norte de la finca. No tenía ni idea de cómo la conversación había llegado a ese tema y se hundió de nuevo en su asiento, incapaz de fingir que estaba escuchando. Cerró los ojos y entonces oyó la voz de lord Ransbury cortándose bruscamente a lo largo de la mesa.

—Todos hemos terminado, Margaret, y estamos esperando a que termines.

Se levantó, segura de que su aspecto era lo suficientemente pálido como para dar crédito a

sus excusas. —Me siento un poco débil... y no he estado escuchando con tanta atención como debería. ¿Me disculpan todos? Tal vez sea una suerte que conozcan nuestra nueva noticia, así todos comprenderán por qué me siento...

Dejó que su voz se debilitara. Al menos las mentiras de lord Ransbury le habían proporcionado una excusa perfecta para huir de la mesa.

Lord Ransbury fingió sonreír, pero a ella sólo le recordó a un lobo lamiéndose los labios antes de caer sobre su presa. —Desde luego que debes descansar, querida. Me aseguraré de que nadie te moleste durante varias horas, pero subiré más tarde para ver cómo te encuentras. Nada, puedo asegurártelo, me alejará de tu lado esta noche.

Volvió a sonreírle, saboreando las sutiles ironías de un discurso que significaba una cosa para sus invitados y otra muy distinta para ella. Consiguió disculparse cortésmente por última vez ante los Lyttons y esbozó una pequeña sonrisa para Paul. Él, al menos, fue demasiado cortés para bombardearla con preguntas difíciles.

Se detuvo junto a la silla de lord Ransbury al salir del comedor. —Quizás podamos pasar la tarde planeando nuestro viaje de bodas, —dijo. —Ambos sabemos lo importante que es que ese viaje.

Su expresión lobuna se acentuó en lugar de desaparecer. —No sé si deberíamos ir, querida. A menos que puedas superar estos ataques de desmayo, quizás tendré que insistir en retenerte aquí. Por tu propia protección, por supuesto.

Ella no podía tolerar más este tipo de insinuaciones.

—Debo excusarme, —dijo bruscamente y huyó a la seguridad temporal de su dormitorio.

Capítulo

10

El corazón de Margaret se hundió al oír la voz de lord Ransbury en el pasillo, fuera de sus habitaciones. Oyó el chasquido de la puerta de su habitación al cerrarse y observó nerviosa cómo lord Ransbury se dirigía hacia ella, arrancándose las innecesarias gafas de los ojos. Pensó fugazmente que había sido más fácil tratar con él cuando había mantenido el fingimiento de ceguera.

No se molestó en saludarla. —Sir Leopold Hartford es tu padre, —dijo rotundamente, sin hacer una pregunta sino simplemente constatando un hecho indiscutible.

Ella había planeado negar la relación, con la esperanza de que aún pudiera ocultarle su pasado, pero le bastó una mirada a su expresión inflexible para saber que mentir sería inútil.

—Sí, —dijo ella. —Él es mi padre.

—¿Y Harold Lytton quería casarse contigo?

—Sí.

No hubo ningún estallido de palabras airadas por parte de lord Ransbury. Su expresión era difícil de leer pero ella pensó que la ira era la emoción más alejada de su rostro.

—¡Oh Dios! —exclamó al fin. —¿Cómo demonios has acabado en casa de madame

Duboin? Supongo que huías de Sir Leopold.

—¿No estás enfadado? —No pudo disimular su sorpresa.

Su boca se torció en señal de disgusto. —¿Es eso lo que esperabas? —preguntó. Volvió la barbilla de ella hacia él, sus ojos se posaron brevemente en sus labios entreabiertos antes de escrutar su rostro enrojecido con una intensidad sombría. ¿Por qué debería estar enfadado contigo? Era perfectamente obvio desde el principio de esta descabellada escapada que usted era tan inocente del mundo como cualquiera puede serlo una vez que ha abandonado la cuna. Simplemente preferí ignorar las pruebas que tenía ante mí. Y ahora, como dice mi vieja niñera, descubro que la curiosidad mató al gato.

Intentó romper la intensidad de su humor. —¿Todavía se atreve su niñera a hablarte con tanta franqueza? ¡Es una mujer valiente!

—No es una mujer que se deje impresionar demasiado por el mero paso de unos años y la herencia de un título. —Lord Ransbury sonrió irónicamente antes de añadir: —De hecho, ya la conoces. La señora Mayer, que te cuidó en Londres, fue una vez enfermera mía y de mi hermana. Durante el tiempo que estuvimos juntos en Londres me dijo a menudo, y con gran extensión, que estaba cometiendo un grave error al pretender casarme con usted.

Margaret luchó contra un impulso inexplicable de tomar a lord Ransbury en sus brazos y consolarlo. No disfrutaba viéndole acosado por las dudas. No se había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que disfrutaba con la extraña excitación de sus disputas. Colocó sus manos entre el calor de su abrazo, sin molestarse en preguntarse por qué quería sentir la fuerza de sus dedos sujetándola, acariciando las pulsaciones de sus muñecas. —No fue tan terrible. —dijo al fin. —Piensa en lo que me habría pasado si me hubiera quedado en casa de madame Duboin.

Él soltó una risa cínica, pero sus manos se apretaron alrededor de las de ella. —¿Ahora me pones en el papel de tu salvador? Tu amabilidad -o tu locura- sobrepasa todos los límites.

—No soy tan tonta como para dotarte de virtudes que no posees, pero tengo motivos para

estarte agradecida ya que no quiero volver a la mansión Hartford.

—Ya que estás de humor confidente, ¿podría decirme exactamente por qué huiste? ¿No había nadie en tu casa que pudiera haberte ayudado?

Margaret se dio la vuelta, no quería pensar en su madre después de tantas semanas de separación. —Probablemente ya hayas adivinado toda la historia, —dijo. —Mi padre me estaba obligando a casarme con el señor Harold Lytton y mi madre no conocía ninguna forma de impedírselo. Estaba asustada ante la perspectiva de enviarme a Londres, pero me pareció que ningún destino podía ser peor que una vida atada al señor Lytton. —Sonrió tentativamente. —Supongo que podría decirse que ahora soy una mujer más sabia.

Lord Ransbury no respondió a su intento de humor. —Es mi deber llevarte de vuelta a Hartford Manor inmediatamente, —dijo.

—¡Oh, no! Por favor, ¡no me envíes de vuelta, milord!

—Es mi responsabilidad ayudarte a salvar lo que podamos de los restos de tu reputación. Yo te he arrastrado a este lío y debo ayudarte a salir.

—Ambos sabemos que estoy arruinado, milord. ¿Por qué castigarme devolviéndome a la mansión Hartford? No puede empezar a imaginar cómo era mi vida allí. No volveré, no puedo.

—Dios sabe que no deseo enviarte lejos. Te necesito aquí. —Apartó la cabeza de ella y cruzó la habitación hacia el hogar. —Si tan sólo hubiéramos sido más discretos al revelar tu verdadero nombre.

—¿Quiere decir que puedo quedarme aquí?

—Dejaré la decisión en tus manos, pero primero debo contarte sinceramente lo que ha estado ocurriendo en Ransbury. ¿Te sentarás conmigo junto al fuego mientras intento explicarte por qué me gustaría que te quedaras?

Ella fue de buena gana -demasiado de buena gana- y se acurrucó en un cojín a los pies de

lord Ransbury. Sir Leopold Hartford y Harold Lytton parecían muy lejanos, tenues figuras de un pasado irreal. Se sentía en paz sentada frente al fuego, observando el parpadeo anaranjado de sus brasas moribundas.

La voz de lord Ransbury cuando por fin habló era tan tranquila que pasaron unos segundos antes de que ella se diera cuenta de la eficacia con que sus palabras habían destrozado la tranquila atmósfera de la habitación.

—Alguien ha estado intentando asesinarme durante más de un año. Desde que me prometí con Harriet Norbet, de hecho. El primer intento fue un torpe esfuerzo por destruir un pequeño puente que utilizo para ir a caballo desde la Mansión hasta el pueblo. El incendio de los establos fue el segundo intento. Recordará que ya le he mencionado el tercer intento, cuando mi bebida para dormir estaba envenenada.

Ella se quedó quieta un segundo, mientras asimilaba el significado de sus palabras, y luego se levantó de un salto. Rechazó sus palabras instintivamente, decidida a negar una posibilidad que le parecía demasiado horrible para aceptarla.

—¡Pero el incendio fue un accidente! —gritó. —Todo el mundo está de acuerdo con eso. Y el veneno... no debe confiar en impresiones que se formó en un momento en que sólo estaba parcialmente consciente.

Le puso las manos sobre los hombros, obligándola a mirarle. —¿Te parezco un hombre dado a imaginar complots contra su vida?

Cuando ella no le contestó, él dijo más suavemente. —El incendio en los establos se considera un accidente porque así lo describí, pero en realidad vi humo saliendo de uno de los establos cuando salí a cabalgar a altas horas de la noche. Cuando entré para investigar, alguien me golpeó en la cabeza. Sólo estuve inconsciente uno o dos minutos, pero quien me golpeó me envolvió la cabeza con un saco, de modo que no pude identificar a mi agresor. Mi presunto asesino me arrastró hasta la puerta del guadarnés y luego dejó caer una pesada silla de montar

sobre mi cabeza como si hubiera caído de un gancho ardiendo. El golpe de la silla de montar me dejó completamente inconsciente durante un rato, aunque no el tiempo suficiente. El asesino estaba decidido a que el incendio pareciera un accidente, por lo que no había liberado a los caballos de sus establos. Recordaré los gritos de los animales y el ruido frenético de sus cascos contra las paredes de madera hasta el día de mi muerte.

—Es... horrible... —susurró Margaret. —Gracias a Dios que Sam pudo rescatarte.

—Sí. La valentía de Sam debe haber sido un duro golpe para el asesino.

—¿Pero quién podría desear hacer algo así, milord? ¿Por qué alguien desearía su muerte?

La expresión de lord Ransbury se retorció con nueva amargura. —Se me ocurren varias personas que se beneficiarían de mi muerte. Por ejemplo, el ferrocarril ya ha acabado con el servicio de autocares que operaba entre aquí y Reading. Tres de las posadas locales cerraron por falta de tráfico rodado. Yo personalmente cerré una fábrica de paños porque era demasiado pequeña y anticuada para competir con las fábricas del Norte. Muchos de los trabajadores de mi finca están desempleados, y cuando los hombres se quedan sin trabajo, contemplan medidas desesperadas, y también saben que Paul Goodwell, que es el heredero de Ransbury, seguiría políticas muy diferentes a las mías.

—Pero encontrará pronto un nuevo trabajo a sus peones, ¿verdad?

—Ya he prometido formar a todos los que se encuentren sin trabajo, pero es fácil provocar agitación entre la gente que no tiene educación y que ve una pobreza atroz a su alrededor. La Guerra Civil en América ha dejado sin trabajo a la mitad de Lancashire por la escasez de algodón, y los rumores de hambruna viajan rápido. Un exaltado puede convencer a todo un pueblo de que pronto se morirá de hambre. Sé que alguien está agitando a mis trabajadores, sólo que no sé quién.

—El pueblo parecía tan tranquilo cuando Paul me llevó allí.

Lord Ransbury suspiró. —Paul y el señor y la señora Lytton han hecho maravillas encontrando trabajos ocasionales y aliviando los peores casos de penuria. Lo que necesitamos, sin embargo, es una solución a largo plazo. Estoy intentando establecer una nueva industria aquí, pero mis planes se retrasaron mucho tras el incendio. Estuve enfermo durante demasiadas semanas, y este continuo fingimiento de ceguera no ayuda.

Su voz delataba su desconcierto. —¡Entonces deshazte de este fingimiento, milord, y establece tus nuevas industrias! ¿Por qué tanta necesidad de engaño?

Lord Ransbury miró fijamente a las profundidades del fuego moribundo.

—Si tan sólo pudiera estar seguro de que los ataques provienen de la aldea... El incendio del establo pudo ser fácilmente obra de un aldeano, pero el puente roto sólo fue eficaz si alguien sabía con precisión cuándo iba a cruzarlo a caballo. También quiero saber quién sobornó a la enfermera para que me envenenara, alguien la sacó de Ransbury antes de que pudiera interrogarla. ¿Lo hizo un aldeano desempleado? Nadie en Ransbury admitirá saber cuándo se marchó ni adónde fue, y no me atrevo a insistir demasiado en mis pesquisas o despertaré sospechas. En Londres intenté localizarla, pero descubrí que no había sido enviada por la agencia que supuestamente la había proporcionado.

—¿Estás sugiriendo que algún sirviente dentro de Ransbury Hall está conspirando con los aldeanos para asesinarte? Todos parecen admirarte y a tu gestión de la finca.

Su expresión era irónica. —Difícilmente se puede esperar que el aspirante a asesino se escabulla por la casa, frunciendo el ceño cada vez que me ve. ¡Ay, Margaret! Tu rostro es demasiado revelador. Veo que aún crees que estos ataques son producto de mi hiperactiva imaginación, pero no puedo olvidar el hecho de que soy un hombre muy rico sin hijos ni esposa que hereden mi riqueza. El legado de Ransbury es muy tentador, querida.

Ella levantó rápidamente la vista y captó su expresión apenada. —Sí, —dijo él. —Esa fue la razón de mi repentino anuncio de que vas a tener un hijo. Por eso organicé nuestro pretendido

matrimonio. Si la gente cree que tengo una esposa, también creerá que ella es la heredera de la mayor parte de mis bienes.

—Ya veo, —dijo Margaret en voz baja. —Interpretar a tu esposa es un papel bastante peligroso, milord.

Las mejillas de lord Ransbury perdieron todo vestigio de color. —Tiene todo el derecho a enfadarse conmigo. Es cierto que Harriet Norbet ya no quería casarse conmigo, pero organicé un falso matrimonio precisamente porque no quería exponer a ninguna verdadera esposa mía a los riesgos de convertirme en lady Ransbury.

—En otras palabras, me considerabas prescindible.

Rápidamente alargó la mano para tocarla. —Eso nunca. Sam y yo hemos velado por ti desde el momento en que pusiste un pie en Ransbury.

Deliberadamente se apartó de él, para que su mente pudiera estar libre para pensar. —Tus complots no han tenido mucho éxito. Aquí estás sentado, vivo e ileso. No ha habido ningún intento de realizar otro ataque.

Lord Ransbury habló con cuidado, observando su rostro enojado.

—Lo que dices es cierto. Pensé que una víctima indefensa y ciega podría tentar al asesino a ser descuidado, pero de hecho mi agresor parece haberse vuelto más cauteloso. Por eso fui a Londres, quería averiguar si algún grupo de trabajadores organizados era el responsable de los rumores descabellados que siguen surgiendo entre mis parados. Sobre todo, esperaba que al regresar con una esposa, incitaría a mi enemigo a la indiscreción. Pero parece que mi estratagema ha fracasado, porque no ha habido nada. Por eso he anunciado hoy que esperamos un hijo.

—¿Cómo va a ayudar eso?

La tensión en el rostro de lord Ransbury desmentía la calma de su voz. —La mayor parte de la finca está vinculada a Paul Goodwell, y es bien sabido, que cree en un retorno a los

métodos tradicionales de gestión de una finca. Si heredara Ransbury, la vida aquí sería muy diferente para mucha gente. Algunos aldeanos creen sin duda que la vida sería mejor. Podemos asumir con seguridad, creo, que mi asesino quería que Paul heredara la finca. Ahora que he anunciado que espera un hijo mío, imagino que hay muchas posibilidades de que el asesino dirija sus atenciones hacia usted. No tiene sentido deshacerse de mí si está a punto de producir un heredero que siga mis pasos. Mis abogados han recibido instrucciones estrictas sobre cómo debe administrarse el patrimonio durante la minoría de edad de mi heredero.

Se puso en pie de un salto. —¡Ahora sé que tu enfermedad te ha dejado trastornado! ¡Se supone que debo servir de blanco a un lunático homicida! ¿Esperas que me crea todas tus escandalosas historias y luego me siente a esperar tranquilamente mi ejecución?

Se levantó y le cogió suavemente la cara enfadada entre las manos. —Creo que estás confundida. Si te he estado contando mentiras, entonces no hay peligro de ningún asesino misterioso. Si crees que estás en peligro, entonces también debes aceptar que estoy hablando racionalmente. ¿Qué opciones hay, Margaret? ¿Creer que estoy loco? ¿O creer que soy insensible, que carezco de preocupación por tu bienestar pero que, sin embargo, digo la verdad?

Ella se zafó de su abrazo. Necesitaba alejarse de un contacto tan estrecho o se encontraría aceptando convertirse en el cebo de la trampa de lord Ransbury. Se incitó deliberadamente a la ira. —Cuando expresas la pregunta de ese modo, milord, la respuesta es fácil. No me cuesta creer que eres totalmente insensible. Completamente carente de sentimientos hacia mí, de hecho. ¡Quizás debería agradecerte que te molestaras en advertirme de mi destino! ¿Esperabas que te expresara mi agradecimiento por tu amable gesto de informarme de que probablemente me perseguirá un asesino loco?

Se rio brevemente. —Ya te conozco demasiado bien. Ciertamente no esperaba tu agradecimiento. De hecho, vine a tu habitación anticipando exactamente lo que ha ocurrido: ¡fuegos artificiales!

—No me cabe duda de que esperabas engatusarme para que accediera de una forma u otra.

Lord Ransbury levantó una ceja inquisitiva. —No me di cuenta de que poseía ningún encanto en lo que a ti se refiere. No se me ocurriría persuadirte contra tu voluntad. Tienes todo el derecho a insistir en que te lleve de vuelta a la mansión Hartford. Pero si aceptas quedarte, querrás saber qué precauciones he tomado para garantizar tu seguridad. Mi antigua enfermera, la señora Mayer, ya ha llegado de Londres y está dispuesta a asumir la tarea de protegerte igual que Sam me protege a mí. Ella dormirá en tu dormitorio a partir de ahora, y durante el día tienes prohibido salir sola de casa. Debes decirme cada mañana exactamente lo que piensas hacer y adónde piensas ir, y yo le diré a Janet que debe vigilarte en todo momento. Podemos utilizar la excusa de tu embarazo. Le diré a Janet que te has vuelto propensa a los desmayos, y que ella es la responsable de saber dónde estás en todo momento.

—Eso no funcionará, —dijo Margaret. —Si estoy demasiado bien protegida, entonces el asesino no se atreverá a seguir adelante con su intento de eliminarme.

—Bueno, el asesino no sabrá de estas precauciones. Además, voy a asegurarme de que se desespere lo suficiente como para correr el riesgo. Mañana voy a anunciar al mundo que mis ojos se han vuelto sensibles a vagas impresiones de luz y movimiento. Prepararé un viaje de vuelta a los especialistas de Londres y tú te prepararás para acompañarme. Si todo esto no espolea a mi posible villano a la acción, entonces tendré que aceptar que mis sospechas eran producto de una mente enferma. ¿Crees que, en estos términos, podrías aceptar ayudarme?

Ella había sabido desde el principio, por supuesto, que haría todo lo que él le pidiera. Cuando él la estrechó entre el círculo de sus brazos, ella no pudo negarle nada. Intentó que su voz sonara ligera, como si hubiera accedido a una simple nimiedad. —Puesto que me he propuesto ver Roma y Atenas, supongo que tendré que atenerme a tus deseos. ¿Por qué debería preocuparme por unos días más en Ransbury cuando, según tú, ya he sobrevivido varias semanas bajo las narices de un lunático homicida?

—Gracias, —dijo él únicamente, aunque sus brazos se apretaron compulsivamente alrededor de ella. Casi contra su voluntad, pareció que su mirada se fijaba en los labios entreabiertos de ella e inclinó la cabeza para besarla.

—¡Milord! —Oyeron la voz grave de Sam a través de los paneles de la puerta. —¡Milord! Debe venir enseguida. Ha habido otro accidente, el señor Goodwell está herido.

Lord Ransbury soltó a Margaret de sus brazos. —Quédate aquí, y no abras la puerta a nadie, ¿lo entiendes?

—¡Oh, sí! ¡Date prisa, Michael! No deseaba una prueba tan dramática de tus sospechas.

—No lo entiendo, —murmuró lord Ransbury. —Debe ser un accidente.

—¡Milord! —La voz de Sam era cada vez más frenética. —Está sangrando muchísimo, milord.

—¡Tus gafas oscuras, Michael! —gritó ella mientras él se dirigía apresuradamente hacia la puerta.

—Creo que es hora de que mi vista empiece a mejorar, —dijo él sombríamente. —Recuerda lo que te dije. Cierra la puerta detrás de mí y no se la abras a nadie hasta que yo regrese.

Capítulo

11

Margaret colocó suavemente una mano sobre la frente de Paul Goodwell. Estaba fría, sin rastro de fiebre, y ella suspiró aliviada. Deseó, sin embargo, que despertara de su prolongado sueño. Seguramente no podía ser un signo saludable que tardara tanto en recobrar el conocimiento.

Como en respuesta a sus silenciosas preocupaciones, él se removió inquieto contra las suaves y blancas almohadas y sus ojos se abrieron parpadeando para posarse en el rostro de ella.

—¿Qué ha pasado? —Su voz era un mero hilo de sonido, y ella podía sentir cómo su pulso empezaba a acelerarse.

—Ha habido un ligero accidente, —dijo ella. —Pero no has sufrido ningún daño grave, gracias a Dios.

Un fantasma de sonrisa alteró el aspecto enfermizo de su rostro.

—Te tomaré la palabra, prima. Si no estoy grave, ¿podrías explicarme por qué siento la cabeza como si alguien la estuviera golpeando con un martillo de buen tamaño?

Margaret sonrió. Era bueno ver que Paul se sentía con fuerzas para bromear sobre su estado. Recogió la medicina del médico, intentando decidir qué preguntarle sobre su accidente.

—Esperábamos que pudiera decirnos qué pasó, —dijo al fin. —Creemos que quizá te caíste por las escaleras del servicio. Sam te descubrió tendido al pie de la escalera en un charco de sangre.

Paul sacudió la cabeza, haciendo una mueca de dolor por el movimiento brusco. —¿Por qué estaba usando la escalera de los sirvientes?

—Quizá lo recuerdes todo más tarde. —Desde luego, ella esperaba que lo hiciera. Ransbury Hall no necesitaba más inexplicables accidentes. —El doctor nos aseguró que aunque el rasguño en tu cabeza parece muy aparatoso, la herida está sólo en la superficie de tu cuero cabelludo. Al principio estábamos preocupados por si habías sufrido una conmoción cerebral grave, pero el doctor Small dijo que volverías en ti durante la noche. Has dado muchas vueltas en la cama desde que se fue, manteniéndonos en vilo durante varias horas.

—¿Qué hora es ahora?

—Es media mañana. La señora Mayer te cuidó durante la noche y yo he estado aquí desde el desayuno. —Sonrió mientras vertía la medicina del frasco del médico en un vaso alto. —Me han dejado instrucciones estrictas para que me encargue de que te bebas todo esto. Espero que te ayude a amortiguar esos martillazos dentro de la cabeza.

Paul arrugó la nariz. —¡Puaj! Puedo oler lo asqueroso que va a saber. Y cuando haya sido un buen chico y me lo haya tragado, supongo que insistirás en darme de desayunar gachas finas.

—¡Quizás podríamos arriesgarnos con gachas gruesas ya que estás mostrando tan rápidos poderes de recuperación! —Ella se sentó en la cama y le levantó la cabeza para que bebiera la medicina. —Permíteme llamar a tu ayuda de cámara y volveré más tarde para saber qué puedo hacer para animarte durante tu estancia en cama.

—Eres muy buena, Margaret. Odio imponerme en tu tiempo de enfermería, cuando tus manos ya deben estar llenas con tu otro paciente.

Hizo una pausa con las manos en la manivela, su expresión en blanco. —Nadie más resultó herido, Paul. ¿Qué quieres decir?

Se dejó caer de espaldas contra las almohadas, con los ojos cerrados. —Perdóname. Por supuesto que no piensas en Michael como un paciente, estás acostumbrada a su ceguera. Yo, sin embargo, le recuerdo como era antes.

Estuvo tentada de decirle que lord Ransbury no era un inválido, sino un hombre en la cima de sus facultades. Decidió no hacerlo, no era el momento de agobiar a Paul con noticias sobre la recuperación de la ceguera de su primo. Se alegró de que el ayuda de cámara de Paul respondiera rápidamente a su llamada y la ahorrara una respuesta directa.

—¿Me enviarás un mensaje a mis aposentos cuando tu señor esté listo para desayunar? Se lo llevaré yo misma.

Se marchó con una última sonrisa alentadora para Paul.

Janet la estaba esperando cuando regresó a sus habitaciones.

—Creo que me daré un baño, Janet. —Las horas de ansiosa espera junto a la cama de Paul habían resultado más agotadoras físicamente de lo que ella había previsto.

—Sí, milady. —La criada empezó a caminar con paso tranquilo hacia el vestidor, pero luego se volvió de nuevo con una exclamación impetuosa. —¡Oh, milady! Estamos tan felices por usted. Parece que todo va a volver a ir bien en Ransbury.

—¿Qué quieres decir, Janet?

—Hemos oído las noticias sobre los ojos de milord. Y luego enterarnos de... sobre su estado. Sabemos que no deberíamos haber cotilleado en la sala de los criados, pero estamos tan emocionadas que apenas sabemos cómo ponernos a hacer nuestro trabajo. Parece que ha traído un soplo de sol después de todos estos meses oscuros. Es demasiado bueno para ser verdad, eso es lo que todos dijimos, milady.

—Demasiado bueno para ser verdad, en efecto, —murmuró Margaret. Levantó la vista y vio el rostro emocionado de la criada. —Gracias por tus buenos deseos, Janet. —Se preguntó cómo daría lord Ransbury la noticia a sus criados de que su “esposa” había muerto en el extranjero y no iba a haber ningún heredero Ransbury. Eso, gracias a Dios, no era su problema.

—Tal vez podría ocuparse del agua para mi baño, —dijo, sintiéndose demasiado cansada para seguir lidiando con las complejidades de la vida en Ransbury.

Apenas se había vestido con ropa limpia y se había sentado a tomar su desayuno, cuando llamaron brevemente a la puerta. Se sorprendió al ver a Paul Goodwell, con los ojos desorbitados en un rostro blanco y descarnado, entrar tambaleándose por el umbral. Al instante, se puso en pie de un salto.

—¡Paul! ¿Cómo ha podido tu ayuda de cámara dejarte salir de la cama? Ven y túmbate aquí de inmediato. —Ella se apresuró a obligarle a tumbarse en el sofá de su habitación, corrió al dormitorio para sacar una funda de su cama y arropar con ella su forma temblorosa.

Él le agarró la mano con una fuerza asombrosa. —¡Los ojos de Michael! —Exhaló las palabras a través de una boca que parecía apretada por el dolor. —¿Es cierto lo que me dice el ayuda de cámara? ¿Que Michael puede volver a ver?

Ella forcejeó para soltar su muñeca y él se dio cuenta de que la había agarrado. Dejó caer la mano de ella como si le quemara los dedos, con el rostro encendido mientras murmuraba una disculpa. Ella le tocó la frente con la mano y descubrió que le ardía de calor.

—Paul, debes calmarte. Si hubiera sabido el efecto que la noticia tendría sobre ti, habría prohibido a los criados hablar de ello hasta que estuvieras más fuerte.

—¿Pero es verdad? ¿Puede ver?

—Sí, es verdad. Michael cree que puede estar recuperando la vista, aunque su poder de visión no está totalmente restablecido.

No quiso dar más detalles sobre la mentira, ni enredarse más en las falsas descripciones de la curación de lord Ransbury. Se sentía incómoda por engañar a alguien que había demostrado ser un amigo incondicional. Si su salud no hubiera parecido tan incierta, ella le habría contado algo sobre las terribles sospechas de lord Ransbury. Desaprobaba, ahora que lo pensaba, el trato de lord Ransbury hacia su primo. Nunca había tomado a Paul en confianza. Se había esforzado, de hecho, por evitar decirle a Paul la verdad sobre sus ojos.

Ante sus palabras, Paul se dejó caer de espaldas en el sofá, expulsando su aliento en un gran suspiro. —Perdóname, Margaret, por irrumpir aquí. No podía dar crédito a las noticias de mi ayuda de cámara. Ha pasado tanto tiempo... Casi habíamos perdido la esperanza... ¡Qué alivio saber que Ransbury pronto volverá a estar a cargo de su verdadero dueño!

—Aún falta mucho para que tu primo sea declarado lo suficientemente sano como para volver a dirigir Ransbury, Paul. E incluso entonces, no podrá arreglárselas sin tu ayuda. Se lo he oído decir a menudo. —Ella vio que los halagadores comentarios le habían tranquilizado un poco, y el agitado rubor de sus mejillas se desvaneció. Esperaba que esto justificara su mentira, ya que en realidad lord Ransbury nunca había hablado de las habilidades de Paul con ella.

Janet regresó en ese momento, deteniéndose en seco al ver al señor Goodwell extendido sobre el sofá de su ama.

—¡Oh! ¿Ha habido otro accidente, milady? —exclamó.

—No, —contestó Margaret rápidamente. —El señor Goodwell deseaba hablar conmigo y sobreestimó sus propias fuerzas. Necesitará ayuda para volver a su habitación. —Se volvió hacia Paul y le dijo, sólo medio en broma: —Debes prometerme que te quedarás en la cama o subiré a Sam para que te cuide. No creo que escapes de sus brazos de contención tan fácilmente como escapaste de tu ayuda de cámara.

Sonrió con pesar. —Casi deliré de alegría cuando me enteré de lo de Michael. Pero prometo permanecer tranquilamente en mi cama hasta que el médico diga que puedo

abandonarla.

Margaret ahogó un suspiro de alivio. Durante unos minutos se había preguntado si Paul andaba realmente en un delirio, sus modales habían estado alejados de la normalidad.

—Llamaré a Sam, milady, —anunció Janet en un tono que no admitía discusión. —Sam y yo escoltaremos al señor Goodwell hasta su propio dormitorio. Milord está esperando a que se reúna con él abajo, es casi la hora de comer.

—¡Tan tarde! No me había dado cuenta. —Extendió las manos hacia Paul en un gesto de afecto. —Date prisa en irte a la cama, querido primo, pues es la forma más rápida de recuperarse, ya sabes.

Paul había recuperado su cortesía habitual. —Disfruta de tu almuerzo con Michael. Piensa en mí luchando con mi tazón de gachas.

Al final, Paul fue declarado apto para abandonar su cama al día siguiente. Inmediatamente anunció que necesitaba regresar a Greystones, su modesta finca heredada de su madre. Unos asuntos urgentes allí, dijo, llevaban más de dos semanas esperando su atención.

El doctor Small convino finalmente en que era mejor permitirle viajar y ocuparse de los asuntos que parecían preocuparle. Los pacientes que sufrían heridas leves en la cabeza debían estar libres de preocupaciones, declaró el médico, haciendo un “tac-tac” al ritmo del pulso de Paul. —Lástima que ya hayamos pasado los días de las sangrías, señor Goodwell. Unas cuantas sanguijuelas acabarían pronto con todo este correteo por el campo.

Paul soportó razonablemente bien semejante regaño paternal y se marchó de Ransbury prometiéndole a Margaret que volvería pronto. Ella se sorprendió de lo mucho que echaba de menos su presencia. Con Paul se sentía relajada, casi maternal, mientras que con lord Ransbury estaba invariablemente en vilo, desconfiando de sí misma al menos tanto como de él.

Fue casi un alivio despertarse una mañana luminosa y cálida y descubrir que era domingo

una vez más. Los días se deslizaban sin el menor atisbo de violencia. Dentro de poco, pensó Margaret, lord Ransbury tendría que admitir que había dejado que su imaginación huyera de su sentido común. Había sobrevivido a tres desafortunados accidentes, no a tres ataques asesinos.

Se preparó para el servicio matutino con una alegría que no habría creído posible tan sólo una semana antes. Concentrando su atención en el agradable tema de qué guantes elegir y qué bonete anudar sobre sus rizos castaños, consiguió evitar cualquier incómoda crisis de conciencia.

Janet se ocupó de ella, envolviéndole los hombros con chales innecesarios, y el mayordomo en persona la introdujo solícitamente en el carruaje. Era difícil recordar que aquel hombre sonriente, que la miraba con aprobación, era el mismo ogro desaprobador que la había saludado su llegada a Ransbury Hall. Los criados de lord Ransbury, pensó malhumorada, estaban sin duda ansiosos por verle reproducirse. Su sorprendente ascenso en el favor doméstico coincidió precisamente con el anuncio de su interesante posición como madre del futuro heredero de Ransbury.

Quedaba poca distancia hasta la iglesia y no quería estropear el placer de su paseo, pero no pudo evitar dar voz a sus preocupaciones. —¿Qué van a decir sus sirvientes, milord, cuando tenga que decirles que he muerto y que no va a haber heredero Ransbury?

Lord Ransbury guardó silencio. —Ya no considero que tu supuesta muerte sea una conclusión muy satisfactoria para este asunto, —dijo al fin. —Tal vez, después del servicio, deberíamos discutir nuestros planes para el futuro. No podemos seguir fingiendo que he recuperado parcialmente la vista mucho más tiempo. Pronto tendré que proclamarme curado. Debería irme de Ransbury la semana que viene a Londres porque allí hay proyectos que esperan mi atención.

—Entonces partamos juntos, —dijo ella con impaciencia. Quería marcharse de Ransbury antes de que su corazón se perdiera aún más irremediablemente. —Podemos llevarnos a Sam y a la señora Mayer, ya que son los dos únicos criados que conocen la verdad de nuestra situación.

Podríamos viajar los cuatro a Italia y finalmente vosotros tres podríais llegar de vuelta a Ransbury llevando la... la noticia de mi muerte. —Titubeó ligeramente antes de decir: —Si pudieras arreglártelas para escoltarme hasta Roma, te lo agradecería mucho. No confío del todo en mi juicio para encontrar un lugar donde vivir después del episodio con madame Duboin. Mi rescate podría no llegar tan oportunamente la próxima vez.

—¿Qué rescate? —preguntó. —Maldita sea, Margaret, yo no te he rescatado. ¿No te das cuenta de que estás arruinada y de que yo soy, al menos en parte, responsable?

El carruaje frenó frente al pórtico de la iglesia y ella se apartó de su mirada interrogante. Ciertamente estaba arruinada, pero no por ninguna de las razones que lord Ransbury imaginaba. La verdadera cuestión era cómo soportaría vivir el resto de sus días con el corazón roto.

Apenas tuvieron tiempo de bajar los escalones del carruaje, antes de que el señor Lytton se acercara a ellos. —Me alegro mucho de encontrarle, lord Ransbury, antes de que entrara en la iglesia. Ha ocurrido una cosa de lo más misteriosa y necesito su consejo, milord.

—Tal vez deberíamos hablar largo y tendido después del servicio. Hay varios asuntos…

La sugerencia de lord Ransbury no fue llevada más lejos. Su mirada, aún enmascarada por las gafas oscuras, quedó traspasada por la llegada de un recién llegado a la escena. Fue una suerte que ya no quisiera fingir ceguera, porque inspiró bruscamente y se volvió al instante hacia Margaret, colocando la mano con firmeza, casi con rudeza, bajo su codo.

Margaret no pudo moverse. Su mirada estaba clavada en el visitante que se acercaba. Quería apartarse, gritar, huir hacia el carruaje, pero tenía el cuerpo clavado en el suelo. Sólo podía contemplar la figura delgada y encorvada en un silencio hipnotizado.

—Eso es lo que quería decirle, Ransbury, —dijo el señor Adolphus Lytton. —Mi hermano fue convocado aquí por una carta urgente...

El señor Harold Lytton, que avanzaba con la majestuosa deliberación de un ejército

triunfante, se detuvo a escasos centímetros de Margaret. —¿Señorita Hartford? —exclamó. —¡Señorita Hartford! ¿Pueden estar engañándome mis ojos?

—Parece poco probable, —dijo su hermano con impaciencia. —¿Deduzco que ya conoces a lady Ransbury, eh Harold?

Harold Lytton ignoró la pregunta. —¡Ahí está la respuesta a nuestro misterio! —gritó exultante. —Fui convocado por el Señor para ser su instrumento de retribución. La venganza es mía, dice el Señor, y yo, Harold Lytton, voy a ser su robusta espada de la justicia.

—Todo eso está muy bien, —dijo Adolphus Lytton con tono de protesta. —¿Pero está usted sugiriendo seriamente que el Todopoderoso le convocó aquí por medio del Penny Post?

Una vez más, Harold no se dignó responder a su hermano, sino que miró piadosamente al cielo como si buscara alguna otra señal de la aprobación divina.

Margaret contempló la expresión de fanática santurronería de su antiguo prometido y trató por todos los medios de desmayarse. Sin embargo, su robusta constitución la traicionó y, aunque palideció, ningún bienvenido síncope la alcanzó para envolverla en la oscuridad.

—M-Michael... ? —consiguió pronunciar su nombre con una nota de temblorosa indagación. Él se volvió hacia ella, con una expresión aparentemente de simple solicitud.

—Mi amor, —dijo suavemente, reprendiéndola. —Debes recordar tu delicada condición. —Se inclinó sobre ella con una muestra de preocupación marital. —¡Finge desmayarte, maldita sea! Necesito tiempo para pensar.

Ella, complaciente, emitió un débil gemido antes de balancearse pintorescamente en el abrazo de lord Ransbury.

—¡Michael! —suspiró y se dejó derrumbar contra él con toda la fuerza de su peso. Esperaba parecer pálida como la muerte. Estaba lo bastante asustada como para parecer lo suficientemente enfermiza. ¿Qué diablos podía hacer lord Ransbury ahora? Incluso un personaje

tan influyente como él tendría problemas para superar el tipo de escándalo que Harold Lytton se disponía a preparar.

Permaneció flácida y lánguida en brazos de lord Ransbury mientras los criados se apresuraban a sacar las alfombras de viaje del carruaje. Extendieron las mantas sobre un montículo de hierba junto al porche y lord Ransbury la bajó con ternura sobre el lecho improvisado. Se preguntó si ya era hora de empezar a revivir -seguramente este desmayo había durado demasiado tiempo...- y abrió un tímido ojo. Lord Ransbury le devolvió el ceño y ella bajó apresuradamente el párpado ofendido. El señor Adolphus Lytton se abalanzó sobre ella, exclamando preocupado y culpándose por haber precipitado el ataque. Ella deseaba poder asegurarle que todo era un fingimiento. Era un hombre demasiado bueno para engañarle. Finalmente se escabulló ante la sugerencia de lord Ransbury de llegar tarde al servicio matutino, diciendo que enviaría a alguien de vuelta con un vaso de agua.

Harold Lytton, con el rostro retorcido en una máscara de asombrada incredulidad, observaba todas estas atenciones hacia la pecadora Margaret Hartford. Su cerebro estaba en un torbellino de justa ira, mezclada con la embriagadora anticipación de la venganza. Apenas podía dar crédito a la escena que tenía ante sus propios ojos. Nadie daba el menor indicio de darse cuenta de que estaba tratando con una mujer escarlata. Reflexionó amargamente que, con un pastor como Adolphus, no era de extrañar que los feligreses se dejaran seducir tan fácilmente por el pecado. Una mirada a la descarada vestimenta de Margaret y a su perverso peinado era sin duda suficiente para convencer a cualquier persona virtuosa de que ante él estaba -o más bien yacía- la personificación de la tentación satánica.

Nadie, se dio cuenta, se había molestado siquiera en cubrirle los tobillos. Se quedó mirando durante varios minutos las medias de seda blanca de Margaret y la enagua ribeteada de encaje que podía verse con toda claridad bajo el dobladillo de su miriñaque. ¡Qué repugnante que se le permitiera engalanarse con vestidos de color azul pálido y luego exhibirse ante los desprevenidos hombres de la parroquia!

Su mirada se deslizó hacia el rostro de Margaret y dio un respingo cuando lord Ransbury habló de repente.

—Está empezando a entrar en razón. —Pinchó a Margaret para asegurarse de que entendía lo que quería decir y ella, complaciente, agitó las pestañas y emitió un suspiro de dama. —Por favor, señor Lytton, tenga la bondad de prestar su brazo en señal de apoyo, —oyó decir a lord Ransbury. —Naturalmente debemos regresar a Ransbury Hall de inmediato.

Harold Lytton no había logrado reunir sus revueltos pensamientos en la denuncia coherente que buscaba.

—Pero ella es la señorita Hartford, —tartamudeó impotente. —Se escapó de la mansión Hartford.

Margaret aventuró otro débil suspiro y se maravilló de la fría nota de desdén que lord Ransbury consiguió inyectar en su voz.

—Su información sobre el pasado de mi esposa apenas supone una novedad para mí, señor. Le señalo, sin embargo, que ésta no es la señorita Hartford. Se trata de lady Ransbury, mi esposa.

Dejó unos instantes de silencio para que las palabras calaran, y luego habló cortésmente, como si la conversación anterior nunca hubiera existido: —Quizás, señor Lytton, ¿sería tan amable de ofrecerle su brazo a lady Ransbury? —El sutil énfasis en el supuesto título de Margaret, dio a entender que él no toleraría más comentarios sobre la señorita Hartford.

Ella se dejó ayudar de vuelta al carruaje, aunque tuvo cuidado de no apoyarse en Harold Lytton. Se acomodó en un rincón del carruaje y dijo con fingida disculpa: —Todo este desmayo, no puedo entenderlo, Michael. No es propio de mí.

Lord Ransbury le dio unas palmaditas en la mano. —Pero nunca antes habías estado en una condición tan delicada, mi amor. —Sonaba tan protector que Margaret se preguntó si era posible que hubiera olvidado que su matrimonio y el embarazo de ella eran totalmente falsos.

Antes de que Harold Lytton pudiera hacer algo más que jadear ante esta nueva noticia, lord Ransbury le había despedido con una cortante inclinación de cabeza.

—El servicio matutino está muy avanzado, señor, y estoy seguro de que no querrá perderse la oportunidad de atender a sus devociones. Por favor, venga a comer a Ransbury con mis amigos el señor y la señora Lytton. Sin duda tendrán noticias recientes sobre el bienestar de la familia de lady Ransbury.

Hizo una enérgica inclinación de cabeza a Sam quien, dándose cuenta de la urgencia tácita de la situación, subió rápidamente los peldaños del carruaje y saltó a su asiento de conductor. Lord Ransbury se inclinó cortésmente ante el varado señor Lytton, antes de reclinarse ocupando su puesto en el carruaje.

—¿Y cómo demonios vamos a salir de este lío? —preguntó.

Capítulo

12

-¿Seguro que tu capacidad para el engaño no te ha abandonado? —replicó Margaret con acritud. —Nunca antes habías adolecido de falta de poder de invención.

Bajó la mirada hacia sus manos enguantadas, que yacían apretadas en su regazo. —¡Oh Michael! ¿Qué vamos a hacer? No conoces a Harold Lytton. ¡No puedes ni empezar a adivinar las profundidades de venganza que yacen bajo la piadosa superficie! Si puede, hará todo lo posible por arruinarte, Michael.

Lord Ransbury la miró, con una curiosa luz brillando en el fondo de sus ojos. —¿Y qué hay de ti, Margaret? ¿No te importa si él también te arruina?

Ella intentó sonreír. —Bueno, en cuanto a eso, ya me ha dicho al menos cien veces que ya estoy arruinada. ¿Qué más puede hacer, excepto llevarme de vuelta a la mansión Hartford?

Lord Ransbury alargó la mano para calmar el inquieto punteo de sus manos. —No podría hacer eso si accedes a hacer de nuestro matrimonio un hecho legal en lugar de una ficción.

Su voz era cálida y suavemente acariciadora, haciendo que fuera demasiado fácil olvidar las realidades de su posición. Quería arrojarse a sus brazos, apoyar la cabeza en la fuerza reconfortante de sus hombros y dejar que la protegiera de Harold Lytton y de su padre. Sabía que

era imposible, por supuesto, por muy tierna que sonara su voz. Tenía que dejar de pensar en sus propios deseos e intentar mostrarle los peligros que la acechaban.

Debemos elaborar un plan sensato para tratar con Harold Lytton, y rápido. Creará un escándalo que sacudirá Saint Egburt's hasta sus cimientos. Usted quedará arruinado, pero él seguirá despreocupadamente su camino, seguro de que la voluntad del Señor ha triunfado.

—No estás pensando con claridad, mi amor. Si realmente estamos casados, no hay nada que él pueda hacer. Debemos ir a Londres y casarnos allí con una licencia especial. —Consiguió sonar como si casarse con Margaret fuera la cumbre de sus ambiciones. —Sam y la señora Mayer serán nuestros testigos y entonces nadie tendrá por qué enterarse de la fecha real de la ceremonia. —En su rostro se torció una sonrisa cínica. —Una vez que haya visitado a tu padre para informarle de los acuerdos financieros, dudo que tenga el menor interés en discutir cuándo se celebró el matrimonio. Soy, como ya le he dicho antes, un hombre muy rico.

Estuvo tentada de caer en su plan y permitirse saborear la perspectiva de felicidad que sus palabras abrían ante ella. Pero conservó el suficiente autocontrol para darse cuenta de que no era probable que un matrimonio basado en el oportunismo de ella y la generosidad de él condujera a una vida de felicidad conyugal. Retiró la mano de su agarre. Era más fácil ser sensata cuando los dedos de él no enviaban sensaciones estremecedoras a lo largo de las terminaciones nerviosas de su brazo.

—Eres generoso al ofrecerte a protegerme, —dijo ella. Su voz sonaba entrecortada y remilgada, pero no pudo evitarlo. —Por supuesto, no puedo aceptar tu oferta. Para empezar, Harold Lytton pronto se dará cuenta de que nunca podría haberte conocido a tiempo para contraer un matrimonio normal, sobre todo porque estamos fingiendo que ya estoy con un niño… Harold Lytton sabe que nunca nos conocimos antes de que yo huyera de la mansión Hartford.

—Creo que podemos utilizar sus propios prejuicios como arma contra él, —dijo lord

Ransbury. —No se parece en nada a su hermano, salvo por un asombroso parecido físico. El vicario de aquí siempre busca lo bueno en la gente, y a menudo encuentra virtud oculta bajo los exteriores más inverosímiles. Harold Lytton, sin embargo, siempre busca el mal. Si no hay pecado, él lo inventa. Él creería fácilmente que usted y yo tuvimos una aventura amorosa clandestina. No le costaría creer que usted huyó para que pudiéramos casarnos en secreto. Incluso aliviaría su propio orgullo, al tener una explicación de por qué rechazaste su oferta.

—Es cierto que al señor Lytton le gusta creer lo peor, —estuvo ella de acuerdo. —Pero usted no ha entendido cómo es la vida en Hartford Manor, Michael. Las reuniones clandestinas habrían sido absolutamente imposibles.

Sonrió ligeramente. —Piensas eso porque nunca intentaste organizar algo así. ¿Nunca saliste sola?

—Para visitar a un aldeano, tal vez, o para llevar un mensaje para papá. Pero mamá casi siempre estaba conmigo. Si no, me llevaba a una de las criadas.

—¿Y para montar a caballo? ¿Nunca montabas sola?

Margaret permaneció sentada en silencio durante un momento. —Sí, —dijo finalmente. —Sí, a veces cabalgaba sola.

—¡Entonces ahí está nuestra respuesta! —exclamó él. —Nos conocimos el verano pasado, antes de mi accidente, y enseguida estalló entre nosotros una violenta pasión. Antes de que pudiera pedir permiso para casarme contigo, intervino mi accidente y quedé confinado en cama. Podemos ser un poco vagos en cuanto a por qué nunca mencionaste mi nombre a tu padre. Harold Lytton, después de todo, no tiene autoridad sobre ninguno de los dos. No puede exigir pruebas, ni siquiera una explicación de nuestro comportamiento. Y te olvidas de la misteriosa carta que le trajo aquí, tendremos algunas preguntas propias que hacer al señor Harold Lytton.

—No puedes casarte conmigo simplemente porque Harold ponga dificultades, —dijo ella con impotencia. —No puedes querer casarte conmigo. —Ella anhelaba que él no estuviera de

acuerdo. Quería que la estrechara entre sus brazos y le dijera que la amaba. Miró sus rasgos duros, ahora familiares para ella, y sus ojos se empañaron de lágrimas. ¿Estaba loca por rechazar la oportunidad de casarse con este hombre? ¿Qué importaba si nunca podría amar a alguien que le había causado tantos problemas?

Él no cumplió su fantasía, por supuesto. No la estrechó contra sí ni pronunció palabras de devoción eterna. Se limitó a pulir sus gafas tintadas y a decir prosaicamente. —Esto debería servirme de lección. En el futuro no involucraré a gente inocente en mis enrevesados planes. Lamento que tenga que pagar un precio tan alto por mi locura, pero me esforzaré por ser un buen marido.

—¡No quiero un marido amable! —gritó ella, y dio gracias cuando él la interrumpió antes de que pudiera exponer el verdadero estado de sus sentimientos más allá.

—Hemos llegado a las puertas de Ransbury. Tendrás poco tiempo en tu habitación para refrescar tu aspecto antes de que lleguen nuestros invitados. Tienes pocos motivos para confiar en mi juicio, Margaret, pero te ruego que me sigas en la conversación durante el almuerzo. Pase lo que pase, al menos podré consolarme pensando que seré un marido más adecuado para ti que Harold Lytton.

—Debes saber, lord Ransbury, que eres un premio matrimonial excepcionalmente codiciado. Su esposa debe ser inevitablemente la envidia de la mayoría de las mujeres jóvenes del condado.

Ella miraba por la ventanilla del carruaje mientras hablaba para que él no pudiera leer las traicioneras emociones que inundaban su rostro, así que fue ella quien divisó al jinete solitario que les precedía en el camino de entrada. —¡Oh, mire, milord! Paul Goodwell ha regresado. ¡Cuánto me alegro de que no se haya hecho ningún daño grave con su caída!

La voz de lord Ransbury era más áspera de lo que ella la había oído nunca. —Soy muy consciente de que mi primo crea en usted todas las tiernas emociones que yo no consigo

despertar, —dijo secamente. —Pero como dentro de poco vas a convertirte en mi esposa, te agradecería que te esforzaras por contener tus sentimientos.

Ella le miró asombrada, pues su tono sugería el de un hombre atormentado por los celos. La puerta del carruaje se abrió en ese momento y ella se encontró tanto a Sam como a Paul Goodwell esperándola para ayudarla a bajar los escalones. Ella sonrió dándoles las gracias pero lord Ransbury habló antes de que pudiera preguntar cómo se encontraba Paul.

—Bienvenido de nuevo, Paul. Has tenido más suerte con tu accidente, por lo que veo, que yo con el mío.

Paul saludó a Margaret antes de responder a su primo. —El corte está casi curado, doy gracias por contarlo, aunque tengo dolores de cabeza ocasionales que me recuerdan que debo tener cuidado al bajar las escaleras.

—¿Todavía no recuerdas por qué utilizabas la escalera de los criados? —preguntó lord Ransbury.

—No. —Un ceño preocupado arrugó la frente de Paul. —No recuerdo por qué estaba allí. Tengo la sensación de que recibí un mensaje... Es una suerte que no llevara una vela o el ala de los criados podría haber ardido en llamas. Todo el episodio sigue siendo un misterio.

—Ciertamente lo es, —dijo lord Ransbury sonriendo afablemente. —Pero no deberíamos preocuparnos más por ello. —Margaret le miró, desconfiando del tono de su voz. Antes de que pudiera hablar, Paul irrumpió en el leve silencio con una alegría que antes le había faltado.

—Los mozos de cuadra ya me han dado buenas noticias sobre tus ojos, Michael. Antes de que pudiera bajar del caballo ya me estaban contando historias sobre tu mejoría en la vista. ¿Deduzco que tu visión sigue mejorando?

—Sí. Es alentador, ¿verdad? Creo que con buena luz podría distinguir rasgos con suficiente claridad como para reconocer a cualquier individuo. Me permito esperar una

recuperación completa.

—¿Cómo estás respondiendo a estos cambios tan emocionantes, Margaret? —preguntó Paul.

—Creo que deberíamos entrar, —dijo ella sin aliento, no queriendo extenderse en las mentiras de lord Ransbury. —Debo darme prisa y quitarme el gorro, —dijo, contenta por una vez de que la mente femenina no se supusiera capaz de elevarse por encima de tales trivialidades. —Michael, ¿te quedas con Paul? Os veré a los dos en la comida.

Se alejó a toda prisa antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más que aumentara su malestar. Por fin había caído en la cuenta de que lord Ransbury y Paul Goodwell se desagradaban cordialmente y sólo podía preguntarse cómo se le había negado esta percepción durante tantas semanas.

Estaba lista para comer y ya había despedido a la criada cuando oyó que llamaban a la puerta. —¿Michael? —preguntó mientras empezaba a abrirla.

Paul Goodwell estaba de pie en el umbral y le dedicó una sonrisa apenada. —Me temo que Michael no, pero al menos le traigo noticias suyas. Ha habido un cambio en nuestros planes para el almuerzo. El señor y la señora Lytton solicitaron urgentemente la presencia de Michael y éste ya se ha marchado a la Vicaría. No tuvo tiempo de explicarme con precisión lo que había ocurrido. No dijo por qué le necesitaban: algo relacionado con el señor Harold Lytton, creo. Almorzará como invitado de los Lytton.

—Ya veo, —dijo ella, su cerebro trabajando febrilmente. Se le ocurrían demasiadas razones por las que lord Ransbury podría haber sentido la necesidad de ir corriendo a la Vicaría.

—Pareces disgustada, prima, —dijo Paul cortésmente, con la voz teñida de preocupación.

No tenía intención de extenderse en sus preocupaciones sobre Harold Lytton. Paul, convencional y comedido como era su carácter, sería el último hombre en quien confiar. —

Estaba pensando en la cocinera, —mintió. —Debemos enviar un mensaje para decir que después de todo no vendrá nadie a comer. —Se acercó a la cuerda de la campana, dispuesta a llamar a una de las criadas, pero Paul la siguió rápidamente hasta la habitación y le impidió tirar de la cuerda.

—Ya he entregado el mensaje a la cocina, —dijo. —Supuse que su primer pensamiento sería por las molestias de los criados.

Ahora que era consciente de la animadversión que existía entre Michael y Paul Goodwell, no podía sentirse del todo tranquila en su compañía. Se apartó de la campana, incómoda por el contacto de su mano con la suya. De repente estaba ansiosa por volver a ver a Michael, aunque eso significara enfrentarse a toda la fuerza de la condena de Harold Lytton.

—Al menos hace un día agradable para dar otro paseo, —dijo. —Espere un momento mientras voy a por un sombrero y unos guantes.

—No traje mi carruaje esta mañana, —dijo. —Pero el poni-trap[4] ya no está esperando abajo.

Se hizo a un lado para que ella pudiera atravesar la puerta de su suite, con los laterales de su miriñaque rozando los postes de la puerta. Se apresuró a volver a su lado en cuanto estuvieron en el pasillo.

—Esta escalera será más rápida, Margaret. Mi criado llevó el pony-trap a una de las entradas laterales y estas escaleras conducen justo a ella.

Ella le siguió sin rechistar. Ransbury era tan grande que ella aún no había descubierto más de la mitad de sus numerosas entradas. Había un ala entera de la casa, que ya no utilizaba la familia, que lord Ransbury estaba empezando a restaurar. Afirmaba que deseaba exponer algunas de sus obras de arte de forma más ventajosa. Margaret sospechaba que sólo deseaba dar empleo a algunos de los jornaleros que se habían quedado sin trabajo por el cierre de la fábrica de paños de

Ransbury.

El poni-trap estaba atado a un poste en un pedazo de cálido sol. La promesa anterior de un hermoso día se había cumplido ahora y el sol brillaba desde un cielo azul sin nubes. Un viento suave, apenas más que una brisa, agitaba la larga hierba e impedía que el calor del sol se volviera agobiante.

Sonrió a Paul mientras la subía al pequeño carruaje. —Me alegro de que tengamos que conducir hasta la Vicaría, primo. Me encanta la campiña de los alrededores de Ransbury.

Paul azuzó al poni con una fuerza inesperada. —Y sin embargo Michael está expoliando la tierra con ramales ferroviarios innecesarios, —dijo. —La gente no tiene trabajo, la belleza de la tierra está destruida, sólo para que él y unos cuantos inversores gordos de Londres puedan añadir algo de oro a sus arcas.

Le sorprendió la amargura de su voz, aunque se había dado cuenta de que Paul y su primo no estaban de acuerdo en la administración de Ransbury.

—¡Oh no, Paul! —dijo ella. —Los ferrocarriles causan penurias al principio, pero mira los beneficios que traen al final, sobre todo a la gente más pobre que debe trabajar para ganarse la vida. Nuestra vieja cocinera me contó que la enviaron al servicio cuando tenía doce años y que después de eso sólo vio a su familia cuando fue a casa para el funeral de su madre. Pero ahora, con el ferrocarril, incluso nuestra pequeña sirvienta puede volver a visitar a su familia cuando quiera. Cinco chelines por un billete de ida y vuelta para recorrer una distancia de sesenta millas: ¡piénsalo, Paul! Ella puede pagar una visita a su familia con sólo dos meses de salario.

—Y mientras tanto, el padre de la criada se queda sin trabajo. Tu lógica falla, Margaret, lo cual es de esperar en una mujer... especialmente en una que es tan guapa como tú.

Margaret no supo apreciar el cumplido. Los setos en flor pasaron a su lado sin ser vistos. —¿Es por eso que usted y Michael no se llevan bien? —preguntó ella. —¿Porque no estáis de acuerdo sobre el uso de las tierras de Ransbury?

El agarre de Paul sobre las riendas del poni resbaló por un momento, pero se volvió hacia ella con una sonrisa asombrada. —Vaya, prima, seguro que te estás imaginando cosas. Siento el mayor respeto por Michael y ciertamente espero que ese respeto sea correspondido.

—Oh sí, sí, estoy segura de que lo es. No pretendía insinuar…

Paul rio ligeramente. —Vamos, vamos, Margaret. ¿Ves adónde nos ha llevado esta conversación tan poco apropiada? Volvamos a temas más gratificantes. ¿Cuándo os marcháis Michael y tú a Londres?

—Tan pronto como sea posible, —dijo ella. —De hecho, si los preparativos pueden completarse a tiempo, creo que Michael planea partir mañana. Planea ir en tren. —Se mordió el labio, arrepentida de haber vuelto a introducir una nota polémica.

—Ya veo, —dijo Paul, pasando por alto su referencia al tren. —¿Tan pronto? Entonces realmente no tengo elección. —Frunció el ceño enfadado por algún pensamiento no expresado antes de volverse hacia ella con una mirada de reproche. —Harriet Norbet me ama, —dijo él y ella pudo ver las lágrimas de frustración que empezaban a formarse en sus ojos. —Fue fácil hacer que me amara a mí en lugar de a él, y detuve ese matrimonio. ¿Por qué no pudo hacer lo mismo? No quiero deshacerme de ti.

—¿Deshacerte de mí? —repitió ella sin comprender. ¿Había descubierto Paul de algún modo que ella y lord Ransbury no estaban casados? —Es más difícil deshacerse de una esposa, —dijo ella tentativamente, poniendo a prueba sus conocimientos.

—Lo sé, —dijo él con tristeza. —Esperaba matar a Michael primero, entonces podríamos habernos casado. Pero ahora... con el bebé... es inútil. Tendré que deshacerme de ti primero y luego de Michael. Hoy mismo, antes de que te marches a Londres.

El frío horror atenazó el estómago de Margaret y apenas se dio cuenta de que él empezaba a acariciarle la cara con dedos tristes y temblorosos. —¿Por qué... por qué tienes que deshacerte de nosotros?

Él le sonrió dulcemente, sus dedos seguían trazando el contorno de sus mejillas. Se lo explicó pacientemente, como a alguien que no fuera muy listo. —Tengo que mataros ahora, —dijo, —o los dos os iréis a Londres, y cuando Michael se va a Londres, yo siempre me quedo a cuidar de Ransbury. Así que no tendré oportunidad de mataros a ninguno de los dos una vez que os vayáis de aquí.

Ella se apartó de sus dedos, luchando por liberarse de su agarre. —No seas tonto, Paul, —dijo ella aún sin poder aceptar la seriedad de sus amenazas. ¿Se podía mantener una conversación real sobre la muerte, la destrucción y el asesinato con una voz tan suave y uniforme? —Quiero que me lleves de vuelta a la mansión ahora mismo, o tendré que tomar yo las riendas.

—Te llevaría de vuelta a la mansión si pudiera, —dijo. —Pero me tomé la molestia de enviar un mensaje a los Lytton para que se quedaran en la Vicaría. Y luego tuve que pensar en algo para mantener a Michael fuera del camino. Eso requirió cierta planificación, se lo aseguro. No tengo mucha experiencia en prender fuego a edificios modernos. —Su cara se arrugó como la de un niño pequeño. —Quería que disfrutaras de tu último viaje conmigo, y lo has estropeado todo con tus preguntas. No pretendía decirte nada para que murieras feliz.

Tiró con rabia de las riendas y detuvo bruscamente al poni. Saltó al suelo y ató las riendas a un árbol joven antes de que Margaret pudiera agarrarlas.

—Éste es el lugar que he elegido, —dijo mientras deslizaba una bolsa de heno ante el hocico del poni. —El pueblo se encuentra justo detrás de la cresta de esa elevación. El bosque nos protege al este y la colina y el pueblo al norte. Pero Michael ha concedido un nuevo derecho de paso a lo largo de la línea divisoria aquí, que va desde el pueblo hasta la nueva estación de ferrocarril. Sería bastante lógico que algunos peones se encontraran justo en este punto. Tal vez incluso algunos cuerpos. Una violación que salió mal, tal vez... —Pareció perderse en sus pensamientos durante unos segundos.

Ella sintió los dedos helados del pánico trepar aún más por los huesos de su espina dorsal. —Me gustaría seguir conduciendo, Paul. El señor y la señora Lytton nos esperan.

Paul frunció el ceño enfadado por sus palabras. —Ya te he dicho que me inventé ese mensaje de los Lytton. No nos esperan en absoluto.

Ella ya no se preguntaba si había malinterpretado sus palabras. No tenía ninguna duda de que se enfrentaba a un hombre que se tambaleaba al límite de su cordura. Intentó arrastrarse por el asiento del carro, hasta una posición en la que pudiera agarrar las riendas atadas. Paul vio sus movimientos furtivos y se abalanzó sobre el carruaje, arrastrándola al suelo. Rápidamente sacó una pequeña petaca de su bolsillo, destapándola con una mano mientras con la otra la mantenía apretada contra el lateral del poni-trap.

—¡Toma! —dijo, sosteniendo la botella de forma que el sol se refractara en el líquido en una brillante lluvia de luz. —Después de que bebas esto estarás inconsciente en unos minutos.

Ella apartó su mano bruscamente, tirando el vaso al suelo. Estaba blanca y temblaba de furia. —¿Estás loco? —susurró. —¿Crees que estoy tan mal como tú como para ayudarte a matarme?

No quería soltarla, así que tanteó el suelo torpemente al agacharse para recoger el vaso roto. —Está todo derramado, —dijo y su voz se quebró al borde de las lágrimas. Sacudió la cabeza con desesperación. —Ahora ya no me queda más. —Se abalanzó sobre ella con súbita rabia, su mano se alargó para darle un fuerte y punzante golpe en la cabeza. —¿Por qué has hecho eso? —gritó. —¿Cómo voy a clavarte un cuchillo y golpearte la cabeza mientras estés despierta?

—Por supuesto que no vas a poder clavarme un cuchillo, —dijo ella tranquilizándose y tratando de que él no viera cómo la bilis subía a su garganta. —No hay necesidad de matarme, Paul. En realidad no voy a tener un bebé. Eso fue sólo una historia que nos inventamos Michael y yo. Tienes que creerme, Ransbury no va a tener un nuevo heredero.

—¡Mentirosa! —gritó, antes de volver a controlar su voz. —Vas a ser la madre del hijo de Michael, —dijo más tranquilamente. —Tiene que ser un niño, ya sabes. Todo siempre le sale bien a Michael, así que no será una niña.

—Por eso tienes que matarme, ¿verdad, Paul? ¿Porque el bebé heredaría Ransbury?

—Sí, —estuvo de acuerdo. —Ransbury será mío una vez que estéis todos muertos. Intenté salvarte, no puedes decir que no lo hice. Traje a Harold Lytton aquí porque pensé que podrías volver con él a Hartford Manor. Sabía que te escapaste de allí para casarte con Michael. Nunca creí esa historia de Liverpool, pero ahora me doy cuenta de que es inútil. Nunca te casarás conmigo, aunque mate primero a Michael. Por eso he decidido matarte, tú me obligaste a hacerlo, y esta noche envenenaré a Michael. Haré que parezca un suicidio y la gente lo creerá, porque todos pueden ver que está loco por ti.. loco... —Hizo rodar la palabra en su lengua, saboreando su sonido. —Sí, —dijo, satisfecho. —Michael está loco por ti, igual que yo estoy loco por Ransbury.

En otras circunstancias ella podría haber tenido tiempo para reflexionar sobre la ironía de ser asesinada por un loco a causa de un embarazo que no existía. Así las cosas, se volvió cautelosamente y trató una vez más de subir al carruaje, maldiciendo sus voluminosas faldas y enaguas que le impedían moverse libremente. Paul se abalanzó sobre ella, atrapándola con facilidad y empujándola brutalmente contra el suelo.

—No puedes entrar en el carruaje, —le dijo. —Voy a matarte allí, junto al camino.

—Paul, sé razonable. No puedes matarme y luego conducir de vuelta a Ransbury como si nada hubiera pasado.

La miró con desprecio. —Diré que vi a unos matones atacándote en la distancia. Fingiré que ya estabas muerta cuando llegué a ti. Tendré que fingir que también me atacaron a mí, para que no se espere que identifique a nadie.

Se llevó la mano a la cabeza e hizo un gesto de dolor recordado. —Acabo de recuperarme

de la última herida que me hice, y eso no convenció del todo a Michael de que otro fuera el enemigo, así que todo fue en vano. Aun así, no tendré que hacerme mucho daño. Siempre me desmayo a la vista de la sangre, así que estaré muy pálido cuando cabalgue de vuelta a la mansión. —Miró a Margaret con consideración. —Supongo que sangrarás bastante.

No creía que hubiera ninguna posibilidad de que su plan funcionara, sobre todo teniendo en cuenta que lord Ransbury ya sospechaba de su primo. Era un pequeño consuelo saber que el crimen de Paul sería castigado. Acababa de descubrir lo mucho que deseaba vivir, nunca le había dicho a Michael lo mucho que lo amaba y ahora que la muerte parecía cercana maldecía las inhibiciones que los habían mantenido separados. Si tan sólo pudiera liberar al poni, tal vez tendría una oportunidad de escapar.

Era una esperanza patética, por supuesto. Al primer movimiento de sus piernas, Paul la puso en pie de un tirón. —No quiero hablar más, —dijo. —No me gusta hablar contigo ahora que sé que amas a Michael. Me gustaba más al principio, cuando pensaba que te habías casado con él por su dinero.

Se metió la mano en el bolsillo, aunque su otro brazo seguía sujetando a Margaret cerca de su costado. Su aspecto delgado, se dio cuenta ella con una nueva oleada de desesperación, desmentía la enjuta fuerza de su cuerpo. Se dirigió a Margaret suplicante mientras le mostraba la navaja que había sacado de su bolsillo.

—No me obligues a hacerte daño, ¿quieres Margaret? Si te acercas al bosque, encontraré una rama y te noquearé para que no sientas nada. Te lo prometo. —Su voz se quebró en una nota de frenética turbulencia. —¿Por qué derramaste esa bebida para dormir? Lo habría hecho todo tan fácil.

Ella no podía cooperar en su propia destrucción. Era ajeno a cada partícula de su naturaleza, así que arremetió contra él con una ferocidad que los sobresaltó a ambos. El cuchillo cayó de su mano y rodaron por el suelo, Paul casi tan impedido por los pliegues de su miriñaque

como ella misma. Luchó con un poder que nunca había sabido que poseía, pero era una mujer y su fuerza no era rival para la de Paul. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que él acabara por someterla. Con las últimas fuerzas que le quedaban, luchó por zafarse de su cuerpo y mantenerse fuera del alcance del cuchillo.

Sintió que sus manos se cerraban en torno a su garganta y cerró los ojos mientras forcejeaba débilmente para quitárselas. Oleadas de niebla roja llenaron su visión tras sus párpados cerrados y pudo sentir cómo la consciencia se le escapaba. Sus manos cayeron sin fuerzas a los costados, la niebla roja se extendió desde su cabeza hasta la punta de sus dedos y supo que su poder de resistencia había desaparecido.

Oyó el crujido del hueso encontrándose con la carne en un golpe demoledor y esperó a que la última brizna de consciencia la abandonara. El dolor de su garganta se alivió de repente, pero la niebla roja seguía flotando frente a delante de sus ojos. No sintió dolor por el golpe que había oído tan claramente y se preguntó si ya estaría muerta. Intentó abrir los ojos, curiosa por ver adónde la había llevado la muerte.

Una luz cegadora llenó su visión, como si estuviera mirando directamente hacia el sol. En el centro de la aureola de luz pudo ver las severas facciones de Harold Lytton que entraban y salían de su visión. Un pequeño estallido de risa estalló en su cerebro. —Gracias, Señor, —susurró para sí misma, complacida, incluso en medio de su desesperación, al comprobar que el Todopoderoso poseía sentido del humor. Un ángel disfrazado del señor Harold Lytton era ciertamente una divertida introducción a los terrores del juicio final.

Las volutas de niebla roja que quedaban se disiparon en un destello de dolor abrasador, y el pánico la envolvió. ¿Y si ya había sido juzgada y esta imagen de Harold Lytton no había sido enviada por el Señor sino por el Diablo? Intentó formular una pregunta, pero lo único que pudo oír fue el sonido de alguien gimiendo. La visión del señor Harold Lytton comenzó a hablar.

—La paga del pecado es la muerte, —entonó. —Y la recompensa del pecado es la

condenación eterna.

El gemido cesó y ella hizo un mayor esfuerzo por enfocar la vista. Los gemidos, se dio cuenta, provenían de ella. Se dio la vuelta y, mediante el ejercicio de una considerable fuerza de voluntad, consiguió levantarse sobre un codo. El señor Lytton, decidió, no era una visión, sino una realidad física.

—¿Estoy viva? —graznó un tanto innecesariamente.

Harold Lytton la miró con desagrado, antes de darse la vuelta. —Físicamente, lady Ransbury, no hay duda. Pero muerta para toda esperanza de salvación. Completamente muerta.

No tenía energía para discutir sus posibilidades de felicidad eterna. Estaba demasiado contenta de saber que no corría peligro de ser enviada tan pronto a su recompensa, fuera cual fuera. —¿Paul? —preguntó con cautela. Le dolía demasiado la garganta para preguntas largas.

Harold Lytton señaló un pequeño bulto en la hierba, custodiado por la esbelta figura de su hermano. El señor Adolphus Lytton se puso en pie de un salto y un leve rubor de orgullo recorrió sus pómulos.

—Le he noqueado, —dijo, sonando casi tan asombrado como se sentía Margaret. —Solía tener un buen gancho de izquierda cuando era joven. —Evidentemente decidió que ése no era un logro del que un vicario debiera presumir, así que añadió con seriedad: —Confío en que no esté herida de gravedad, lady Ransbury.

—No demasiado, —dijo ella débilmente.

Harold Lytton ya había recuperado su habitual aire sepulcral y dijo afligido: —El Señor se mueve de maneras misteriosas.

—Sí, —dijo Margaret con fervor, encontrándose por una vez en absoluto acuerdo con el señor Lytton. —Por favor, ¿podría llevarme a casa ahora, antes de que venga el señor Goodwell?

Harold Lytton miró la forma postrada de Paul Goodwell y luego volvió a mirar a Margaret.

—El señor Goodwell es ciertamente un pecador, pero por otro lado usted también lo es. La Biblia nos anima a rehuir la compañía de los pecadores, ¿sabe? Además, usted ha perdido su bonete y su vestido está roto. ¿Qué diría la gente si te acompañara de vuelta a la mansión con este aspecto?

—Estoy bastante seguro de que todo el mundo diría simplemente gracias, —dijo el señor Adolphus Lytton con un ligero rastro de irritación. —Tome, lady Ransbury, permítame colocarle esta manta de viaje alrededor de los hombros.

Sacó un plaid de tartán del interior del pony-trap y Margaret se acurrucó de buena gana entre sus pliegues. Todo su cuerpo temblaba ahora a pesar del calor del día y se alegró de poder aferrar la manta a su alrededor. Adolphus Lytton desenganchó el poni y comprobó los enganches al carro, mientras ella subía al vehículo sobre unas extremidades casi demasiado temblorosas para sostenerla.

El señor Lytton entregó las riendas a su hermano. —Será mejor que lleves a lady Ransbury a la mansión, Harold, porque yo tengo que quedarme a vigilar al señor Goodwell. Y, por favor, envía a alguien para que me ayude lo antes posible.

Esperó a que Harold subiera al asiento del conductor y luego dio una fuerte palmada en la grupa del poni. El poni, que aún masticaba los restos de un copo de heno, parecía totalmente indiferente a las escenas de alto dramatismo recientemente representadas a sus pies, y se movió de mala gana.

Adolphus Lytton se acercó al carruaje justo antes de que el poni iniciara por fin su trote de vuelta hacia la mansión.

—Debemos dar gracias a Dios por que esté aquí sana y salva, lady Ransbury. Hoy es la primera vez que he elegido tomar este camino en mi paseo de los domingos por la tarde.

—Gracias a Dios de verdad, —dijo Margaret roncamente.

—lady Ransbury… —Pronunció su nombre como si las palabras le fueran arrancadas. —¿Realmente intentaba matarla el señor Goodwell?

—Sí, —dijo Margaret y se asombró a sí misma rompiendo a llorar. —Realmente intentaba matarme.

Capítulo

13

El señor Lytton se sintió probablemente tan aliviado como Margaret cuando los escalones de mármol rosa de Ransbury Hall aparecieron a la vista. Había agotado su almacén de citas bíblicas adecuadas para amonestar a las mujeres histéricas (después de todo, ¿cuántas había?) Margaret, por su parte, había renunciado a sus esfuerzos por dejar de llorar. Decidió, con el acompañamiento del anuncio del señor Lytton de que el Diablo se pasea como un león hambriento, buscando a quien devorar, que el intento de asesinato era causa suficiente para una muestra de sensibilidad femenina.

Las horrorizadas exclamaciones del mayordomo mientras ella caía del carruaje para ponis a los escalones del pórtico, habrían dado alguna indicación de su maltrecho aspecto si ella o el señor Lytton hubieran estado en condiciones de escuchar. Pero estaba demasiado cansada para asimilar lo que decía el mayordomo y desestimó sus preguntas con un vago gesto del brazo. —¡Lord Ransbury! —graznó, a través de una garganta inflamada casi más allá del punto en que el habla era posible. —Pídale que venga. —Se hundió acurrucada en los escalones de mármol.

—Se ha ido a la estación de tren, milady. —La angustia de Barnet era evidente mientras, con deferencia, volvía a poner a su señora en pie y enviaba a un lacayo corriendo a buscar a la señora Mayer o a Janet. La condujo al vestíbulo y le dijo: —Por favor, siéntese aquí, milady,

hasta que llegue su doncella. ¿Qué ha ocurrido, milady?

Ella ignoró los comentarios del mayordomo. Sólo tenía energía para seguir un único hilo de pensamiento. —¿Lord Ransbury se ha ido a la estación de tren? —Margaret era consciente de sentir un resentimiento irracional. Paul Goodwell había intentado asesinarla, ¡y se había largado a la estación de tren! Intentó decirse a sí misma que su irritación no tenía nada que ver con el hecho de que estaba deseando arrojarse a sus brazos y sollozar su historia contra la reconfortante calidez de sus fuertes hombros.

—Han incendiado la estación, milady. —El mayordomo la miró dubitativo, preguntándose cuántos detalles sangrientos era capaz de absorber en su estado actual. —Milord tuvo que irse, milady. Sabe que ha habido algunos problemas en el pueblo por el nuevo ferrocarril y los aldeanos se han limitado a dejar que ardieran los edificios. Lord Ransbury tuvo que organizar a la gente del pueblo para luchar contra el fuego, o no podría traer suministros para su nueva fábrica. Y la gente del pueblo necesita esa fábrica, aunque aún no se den cuenta.

—Supongo que Paul también provocó el incendio, —dijo ella con dulzura, demasiado consciente de su cuerpo magullado y de su garganta dolorida como para preocuparse por ejercer la discreción. —Provocó el incendio para quitarse de en medio a Michael.

Levantó la vista y vio a Janet y a la señora Mayer apresurándose por el largo pasillo. Nunca había pensado que sus bulliciosas figuras pudieran ser tan bienvenidas. Consiguió ponerse en pie con dificultad y se volvió hacia Harold Lytton, que había estado esperando, en un silencio poco habitual, junto a su silla. —Gracias, señor Lytton, —le dijo, ofreciéndole la mano. —Usted y su hermano me salvaron la vida, ¿sabe?

—Bienaventurados los pacificadores, —entonó él pontificalmente, preparándose para lanzar un breve sermón. Sin embargo, se le ocurrió algún pensamiento incómodo y se calló bruscamente. Quizá se dio cuenta, pensó Margaret, de que el uso de un fuerte gancho de izquierda en la barbilla de Paul Goodwell difícilmente podía considerarse la acción de un

pacificador.

Consiguió mantenerse en pie hasta que las dos criadas llegaron a su lado. Al sentir el musculoso brazo de la señora Mayer alrededor de su cintura, abandonó la batalla por permanecer consciente. Un último pensamiento la golpeó justo cuando los pliegues de la negrura de bienvenida ondulaban sobre ella.

—¡Paul! —graznó. —¡Todavía está en la colina!



Un rugido lejano atravesó la oscuridad de su olvido, acercándose velozmente y rasgando el velo protector de sus sueños. El diablo, pensó, recordando las palabras de Harold Lytton. Está buscando a quien devorar. Abrió los ojos rápidamente y descubrió para su alivio que estaba en su propia cama. Pudo ver a Janet y a la señora Mayer revoloteando nerviosas a la entrada de su dormitorio.

El rugido no había disminuido de volumen a pesar de que ella había abierto los ojos. Procedía, se dio cuenta, de lord Ransbury. Corría furioso por el pasillo reclamando a pleno pulmón por qué, en una casa llena de criados, su esposa había quedado desatendida y expuesta a ataques de asesinos. Un séquito de criados que le seguía no conseguía darle respuestas satisfactorias a sus preguntas. Janet y la señora Mayer temblaban visiblemente.

Margaret luchaba por incorporarse hasta quedar sentada. Estaba descubriendo nuevos dolores con cada movimiento que intentaba hacer. —¡Michael! —gritó roncamente. Le dolía insoportablemente la garganta, le ardía por dentro y estaba profundamente magullada por fuera, pero quería distraer su atención de los desventurados sirvientes.

Al oír su voz, él se acercó a su lado, aplastándola contra ante la presencia de varias criadas

y numerosos lacayos. —¡Oh, querida! —murmuró. —¿Cómo he podido ser tan tonto como para exponerte a semejante peligro?

Se alegró de que la presencia de público la obligara a mantener la cabeza fría. La tentación de derrumbarse en sus brazos en un montón de sollozos era muy fuerte. —Ese era todo el propósito de tu plan, Michael, —dijo ella en voz suficientemente baja para que no la oyeran los criados.

—¡No me recuerdes mi locura! —Su corazón latía tan deprisa que podría haber estado corriendo, y las manos que le acariciaban el pelo estaban lejos de ser firmes. Intentó ignorar la deliciosa sensación de calma que se deslizaba insidiosamente sobre ella.

—¡Los criados! —protestó, no porque realmente le importara sino como advertencia a sí misma para no perder la cabeza.

Él la miraba profundamente a los ojos y no se molestó en volver la cabeza. —Seguro que ya han tenido el tacto de retirarse, —dijo. Ella consiguió apartar la mirada y vio con un destello de pánico que la multitud que rodeaba su puerta se había desvanecido por completo. Ella y lord Ransbury estaban solos.

Él desató las cintas de su bata y apartó los pliegues de su camisón para poder examinar sus heridas más de cerca. Ella se estremeció cuando sus dedos trazaron el collar de hematomas alrededor de su cuello. Ya se estaban oscureciendo hasta volverse morados y la huella de los dedos de Paul era claramente visible a cada lado de su garganta. Se concentró en el dolor de los moratones para poder olvidar el placer de sus caricias.

Los brazos de Michael se apretaron convulsivamente a su alrededor. —¡Oh Dios! Cuando acababa de volver y me he enterado de lo que te ha pasado, creí que me volvería loco de autorreproche. —Su voz temblaba de emoción. —¿Es posible que me perdones?

Ella se permitió relajarse contra la fuerza de sus hombros durante un breve instante, luego se zafó suavemente de su abrazo.

—Hueles a humo, —dijo.

Él no se inmutó por su cambio de tema. —He estado luchando contra un incendio, —dijo con paciencia. —Adolphus Lytton bajó corriendo a la estación para decirme lo que te había pasado y volví directamente a Ransbury. —Le puso los dedos bajo la barbilla, volviéndole la cara para que no pudiera esconderse de su mirada escrutadora. —¿No hay perdón, Margaret?

—No hay nada que perdonar, —dijo ella, intentando sonar seria. —No puedes hacerte responsable de las acciones de un loco.

—No. Pero debería haberte contado mis sospechas, —dijo él. —No me atrevía a acusar a mi propio primo sin pruebas. No es fácil creer que un compañero de la infancia esté planeando asesinarte.

Ella apartó la mirada del atisbo de angustia que vio en sus ojos. —¿Dónde está Paul? —Hizo la pregunta con dolor. —¿Tendré que informar al magistrado?

—Paul está muerto, —respondió él. Su voz era llana pero ella le conocía lo suficiente como para reconocer el tormento tácito tras las bruscas palabras. —Harold Lytton envió a los criados para ayudar a Adolphus a traerlo de vuelta a Ransbury, pero ya estaba muerto.

—¿C-cómo murió — Ella tragó saliva sobre la dolorosa hinchazón de su garganta. —¿Dijiste, verdad, que Adolphus Lytton estaba ileso?

—El vicario no ha sufrido más que unos nudillos magullados, gracias a Dios. Sin embargo, se siente muy culpable porque Paul consiguió cortarse las muñecas con su navaja antes de que Adolphus se diera cuenta de que había recobrado el conocimiento.

Lord Ransbury acunó a Margaret en sus brazos mientras ella rompía a llorar. —¡Cállate, mi amor! Si Paul hubiera vivido lo habrían ahorcado o confinado como a un lunático. Recuerda que intentó usar ese cuchillo contigo, y no por otra razón que el hecho de que tú te interpusiste entre él y su loca ambición de poseer Ransbury.

Se echó a reír, al borde de la histeria. —¡Y todo para nada! —Sollozos y explosiones de risa con hipo sacudieron alternativamente su esbelto cuerpo. —¡Si tan sólo hubiera sabido que no había ningún heredero Ransbury, ni siquiera una lady Ransbury!

La agarró firmemente por los hombros. —Pronto habrá una lady Ransbury, —dijo. —Y en cuanto al heredero Ransbury, de eso también podemos ocuparnos.

Su arrebato histérico cesó bruscamente. —Me doy cuenta de que siente lástima por mí, lord Ransbury. Pero no tiene necesidad de exagerar su responsabilidad por mi situación. Es hora de que esta mascarada termine.

—Estoy de acuerdo. Ya es hora de que esta absurda situación llegue a su fin.

Sintió que sus mejillas palidecían, pero hizo lo posible por hablar con calma. —Tendremos que cambiar nuestros planes originales, milord. Harold Lytton les dirá sin duda a mis padres que estoy viviendo aquí. No podré simplemente desaparecer en el extranjero.

Se apartó de ella desconcertado. —¿De qué estás hablando? Creía que ya había librado esta batalla y la había ganado. Una licencia especial nos espera en Londres. Por lo que a mí respecta, nuestro matrimonio puede celebrarse el miércoles. —Su rostro era sombrío cuando añadió: —Hemos sacado algo positivo del ataque de Paul contra ti. Podemos afirmar que sus brutales acciones provocaron un aborto, así nos deshacemos del heredero mítico y podemos producir uno real cuando nos plazca.

—Pero no es sólo el bebé... No tienes que hacer gestos nobles porque sientas pena por mí.

—No me caso contigo porque sienta pena por ti. —Sus ojos grises se inundaron de repente con el calor de una risa oculta. —Me caso contigo porque Sam me ha amenazado con dejarme si no lo hago. No puedes condenarme a una vida sin Sam.

Ella deseó poder responderle con una sonrisa. —Entiendo que perder a Sam sería un golpe terrible, pero toda una vida atada a la mujer equivocada difícilmente es una receta para la

felicidad.

Sus ojos eran tan ilegibles como si llevara puestas sus gafas oscurecidas. —¿Qué te hace estar tan segura de que eres la mujer equivocada? Sabes lo bien que has encajado en la vida en Ransbury, aunque hayan cambiado tus sentimientos hacia mí después de todo.

Ella levantó la vista rápidamente ante la nota de vacilación en su voz. ¿Era posible que él no se diera cuenta del estado de sus emociones? ¿No sabía él que sus huesos se convertían en agua cada vez que él la tocaba, y que su corazón dejaba de latir cada vez que él la miraba con toda la fuerza de su penetrante mirada?

Ella estaba sin aliento por la timidez cuando le contestó. —No creo que mis sentimientos cambien, Michael. Se profundizarán, tal vez, pero no cambiarán.

—¿Margaret? —Esta vez no había duda de la dolorosa incertidumbre cuando él susurró su nombre. —¿Me estás diciendo que, a pesar de todo lo que he hecho, todavía me quieres un poquito?

—No, —dijo ella, luego cedió cuando vio el dolor recorrer su rostro. —No intento decirte que te quiero un poco. Te quiero mucho, más de lo que nunca imaginé que podría querer a ningún hombre.

Él no le respondió con palabras, sino que la estrechó entre sus brazos y la bañó en besos por la cara y los hombros. Extrañamente, ella no sentía dolor alguno por sus magulladuras.

Como reanimado por su abrazo, saltó de la cama, con su arrogancia normal de manera totalmente restablecida. —Debes darte prisa y recuperarte, —dijo, —tenemos que irnos a Londres mañana si queremos casarnos el miércoles.

—Sí, milord, —dijo ella mansamente.

—El jueves iremos a Hartford y haremos una visita a tus padres antes de partir hacia nuestra retrasada luna de miel. —Él vio su sobresalto de sorpresa y su rostro se suavizó en una

sonrisa. —Sé lo mucho que deseas ver a tu madre y, como difícilmente podemos invitarla a la boda, he pensado que esto sería lo mejor. Además, no puedo evitar pensar que soportará mejor a tu padre si tiene la seguridad de saber que estamos legalmente casados.

—Gracias, milord. —Esta vez no hubo burla en su respuesta. Se sintió conmovida por su consideración, aunque cuando estaba con lord Ransbury, hasta papá se desvanecía en la insignificancia.

—Y por último, hasta que te tenga bien atada a mí por los lazos del matrimonio, debes enviarme mensajes cada hora asegurándome que aún me amas.

—¿Mensajes cada hora, milord?

—Cada hora, —dijo inexorablemente. —Al menos durante las horas de luz.

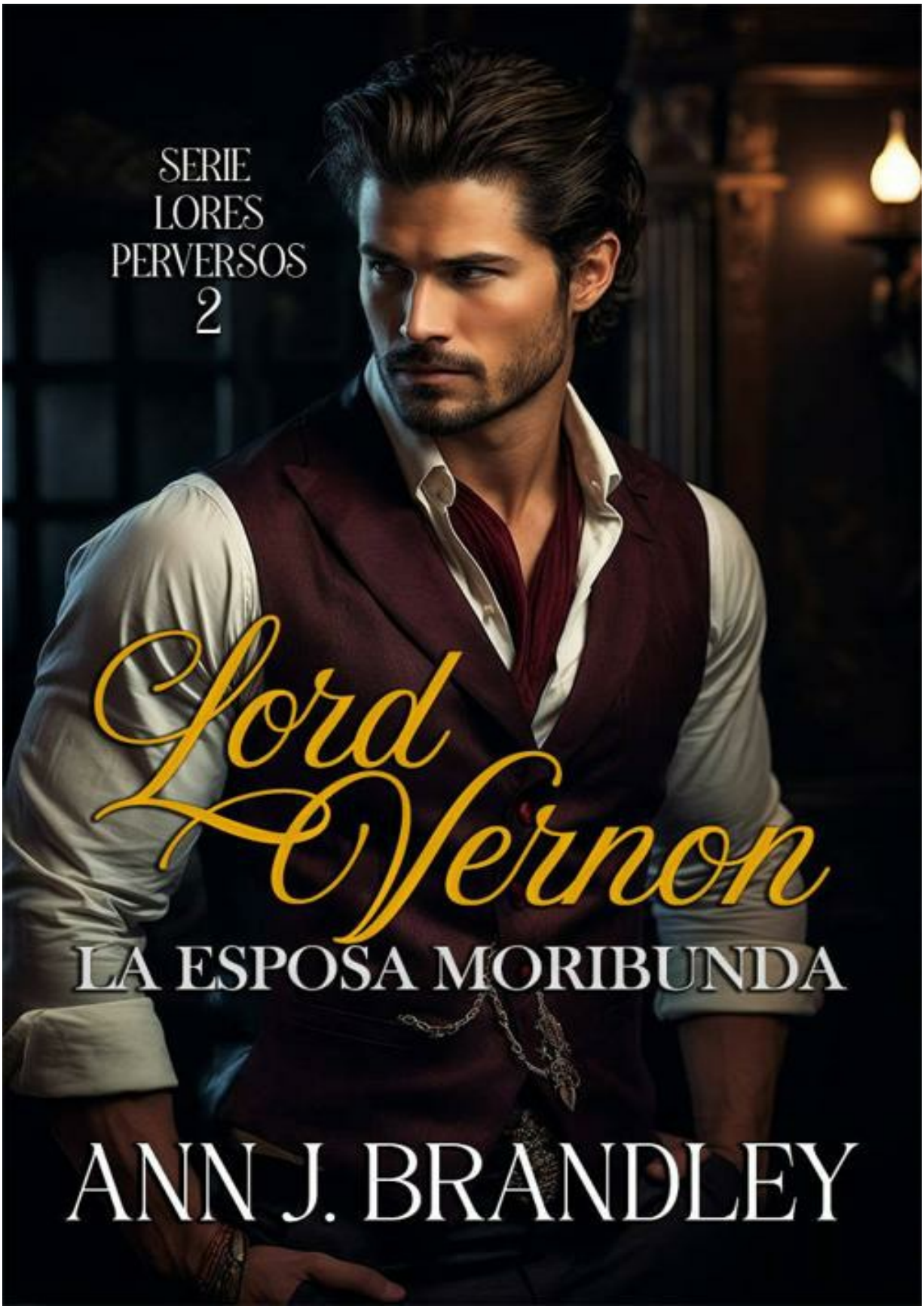
Ella no contestó, pero cerró los ojos y emitió un leve gemido de dolor. —Michael... Por favor... ven... aquí...

Él corrió a su lado. —¡Margaret, querida! ¿Qué ocurre?

Ella abrió los ojos y estiró la mano para tocarle la mejilla. —Sólo obedezco sus órdenes y soy complaciente, milord. —Ella deslizó sus brazos alrededor de su cuello y lo miró, sus ojos juguetones brillando de felicidad.

—Michael, —dijo ella suavemente. —Te quiero.

Siguiente libro de la serie


SERIE
LORES
PERVERSOS
2
Lord Vernon
LA ESPOSA MORIBUNDA
ANN J. BRANDLEY



El plan despiadado de un hombre desalmado...

Por culpa del testamento de su padre, **Lord Vernon** debe casarse en breve o lo perderá todo. El problema es que no desea una mujer que lo controle y lo aleje de su vida de libertinaje y escándalo.

La solución perfecta sería una esposa al borde de la muerte para quedar pronto viudo y, para conseguirla, busca a una moribunda en un hospicio de pobres.

De esa forma una completa desconocida se convertirá en su esposa, en una extraña ceremonia que deja a sus amigos horrorizados y a su amante enloquecida de furia.

Todo parecía salir según sus planes, hasta que su nueva esposa se recupera y Lord Vernon acaba casado con una completa desconocida, que guarda sus propios secretos.

¿Podrá la actual Lady Vernon, una mujer salida de un asilo de pobres, ganarse a su suegra y a la alta sociedad? Y lo que es menos probable, ¿Podrá conseguir el amor de su frío marido?

 Aunque esta novela pertenece a una serie, se puede leer de forma independiente.

Notas

[1] Coche de alquiler.

[2] Watier's Club era un club de caballeros establecido en 1807 y disuelto en 1819

[3] Cockney es un dialecto del idioma inglés, hablado principalmente en Londres y sus alrededores, y particularmente por londinenses con raíces de clase trabajadora y media baja. El término cockney también se utiliza como sinónimo de una persona del East End.

[4] Pony-trap es un carruaje ligero, a menudo deportivo, de dos ruedas o, a veces, de cuatro ruedas, tirado por caballos o ponis, que generalmente tiene capacidad para dos o cuatro personas en varias disposiciones de asientos, como cara a cara o espalda con espalda.